# INSPIRACIONES.

ANT
XIX
1317

R-66236

# INSPIRACIONES

POR

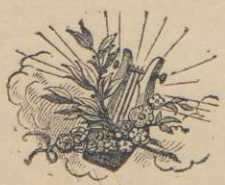
D. JOSÉ TARONJÍ,

PRESBÍTERO,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, CANÓNIGO DEL SACRO-MONTE DE GRANADA,

Y CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

EN EL COLEGIO-SEMINARIO DE SAN DIONISIO AREOPAGITA.



PALMA DE MALLORCA.

Establecimiento Tipográfico de Miguel Roca, Agua, 5.

1882

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

*Derechos reservados.*

# LICENCIA DEL ORDINARIO.

EXAMINADA *por especial encargo la presente coleccion de poesias liricas, Su Excelencia Ilma. ha tenido á bien conceder permiso y licencia para que pueda imprimirse y publicarse.*

*Palma 9 de Setiembre de 1882.*

Guillermo Puig,
CANÓNIGO SRIO.

# PRÓLOGO.

De algunos años á esta parte, se ha desarrollado en Mallorca la aficion á los escritos de amena literatura. Sea la causa de este feliz suceso el próspero estado de la isla, ó el mayor enlace con otras provincias españolas; ello es cierto que en la actualidad son posibles publicaciones que no lo eran ántes. Fundados en esta observacion, nos decidimos á dar á la estampa nuestros ensayos líricos.

Muchos de ellos han visto la luz pública en revistas de esta capital ó del continente; mas nos ha parecido oportuno coleccionarlos, y formar varios volúmenes, ordenados segun sus respectivos idiomas.

El un tomo comprende poesías castellanas, bajo el título de *Inspiraciones*. Otros tomos, con los nombres de *El Trovador mallorquin* y *Poemas místicos*, contendrán poesías escritas en catalan literario; acompañadas de version castellana, para los lectores que no estén familiarizados con el estudio del idioma provincial.

El público conoce ya nuestras ideas. En literatura somos entusiastas de la forma, pero preferimos el fondo; nos deleitan las frases castizas y las palabras sonoras, pero buscamos primero la sana moral y las ideas elevadas; el cuerpo nos cautiva, pero el espíritu de una obra nos atrae, nos absorbe preferentemente la atencion. Siquier ambos sean hermanos gemelos, anteponemos el criterio de lo verdadero al criterio de lo bello; lo contrario es un delito muy comun en la literatura contemporánea. Pero para algo supo decir Boileau:

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.

Tres ideas brotan á raudales de las presentes páginas; tres ideas, que desde la cuna han sido la luz de nuestra inteligencia y el amor de nuestro pecho; tres ideas que han sido nuestra constante aspiracion, el alma de nuestros sentimientos, la vida de nuestra palabra; tres ideas que quisiéramos entregar puras, santas, llenas de verdad y de atractivo, al alma de los lectores: LA RELIGION, LA LIBERTAD, Y LA BELLEZA.

La Religion, idea eterna, revelacion del Verbo divino, se nos presenta como fuente inagotable y abundosa de imperecedera poesía. Ella ilumina la

inteligencia; y haciéndole comprender las maravillas de lo creado, las grandezas ocultas de la Providencia, y el misterio de las armonías del espíritu con el supremo Sér, la levanta, la sublima, la endiosa; y le inspira, entre los éxtasis de la fantasía, en los vuelos embriagadores del entusiasmo, la concepcion más avanzada del ideal poético.

La Libertad; no esa bacante furiosa que se ha paseado por las calles de Paris y Cartagena, llevando la tea del incendio por guía de sus vacilantes pasos; no esa aturdida vocinglera que, al compás de grandes himnos y de halagadores acentos, ha puesto su mano inadvertida en altas instituciones, ó ha dado la infame piqueta á miserables sectarios, para destruir los venerandos monumentos, honor del Arte, recuerdos que nuestros padres entregaron á la Historia: sino la majestuosa matrona, que tiene su solio levantado por la justicia y la igualdad ante la ley; que no permite la opresion ni el privilegio de las clases; que llama á todos los ciudadanos al disfrute del derecho escrito, fundado en la justicia natural; que confía en las ideas y no en el sable; que invoca á Dios de palabra y de obra; que escribe en su conciencia las leyes del Evangelio, y pone en los códigos penal y político, civil é internacional el signo de la Cruz; esa Libertad, en fin, con la cual son incompatibles la esclavitud, la tiranía, la desigualdad, y las inicuas preocupaciones sociales.

Bien se nos alcanza que las corrientes del gusto moderno apénas favorecen á la Belleza ideal. Cuando

el naturalismo traspirenáico invade salones y academias, y exige carta de naturaleza en la patria de los Herreras y Leones; no parece de moda hablar de la Urania Vénus, adorando su inmaculada hermosura como destello del Altísimo. La Belleza ideal, la que no mancha sus nítidas alas en el fango de la materia; la que se desciñe de las envolturas terrenales, menospreciando los intereses de un día, ó las rastreras pasiones del vulgo corrompido; ésa es el ángel tutelar de la literatura cristiana. Como el águila descrita por Meléndez, cuyo ojo audaz combate

> Derecho al claro sol, lo mira atento,
> Y, en su heróico ardimiento,
> La vista vuelve, á contemplar se para
> La baja tierra, y, con acentos graves
> Su triunfo engrandeciendo, se declara
> Reina del vago viento y de las aves;

así la ideal Belleza fija su anhelante mirada en el eterno Sol de Justicia, supremo centro de verdad y de bien, hermosura siempre antigua y siempre nueva.

Esta teoría presintió el nunca como se debe alabado Virgilio, alma pura, digna ciertamente de los tiempos de la Gracia. Tambien se trasluce en las inmortales odas del correctísimo Horacio; el cual, sin duda aludiendo á la escuela materialista, exclamaba en arranques de indignacion:

> Odi profanum vulgus, et arceo.

El materialismo literario es error tan grosero como

el materialismo filosófico. Éste no aborrece la mentira; aquél no conoce el pudor. Contra su funesto influjo, toda literatura, toda filosofía de verdadero nombre abrazan el espiritualismo de la gran escuela que, desde Sócrates hasta Sanseverino, conserva la tradicion genuina de las ciencias, las letras y las artes. Algunos han querido oponer al naturalismo sin ideal, la doctrina de *el Arte por el Arte*. Fórmula vana. El Arte no es para el Arte. El Arte, sublime vestidura de las ideas, es para la razon y la realidad. El hombre digno de ser escuchado, ha dicho Fenelon, es el que no se sirve de la palabra sino para el pensamiento, ni del pensamiento sino para la verdad y la virtud.

¿Qué es el poeta? ¿Qué es la poesía? El primero no es ese ente ridículo que odia la sociedad, vive entre tumbas, se dispensa de los buenos modales, desconoce la cortesía y la higiene del cuerpo, entregándose á ciertas misantrópicas miserias morales, hijas del orgullo, madres de prematura muerte. El romanticismo español, en su primera época, lo puso en moda; y no pocos jóvenes sucumbieron á las tentaciones de una vanidad pueril. El ingenioso Mesonero Romanos, regocijo de la patria, segundo Cervántes, tanto en el manejo del idioma, como en el conocimiento de las pequeñas pasiones humanas, combatió con éxito aquella rareza, perjudicial á la salud pública. Ese tipo maniático suele aparecer en días de florecimiento literario, para formar contraste con los verdaderos hijos de las Musas; y ya el poeta

venusino lo sacó á la vergüenza en una inmortal epístola, con inimitables pinceladas.

Si el poeta no es el barbudo romántico, despeinado, cuidadosamente sucio; tampoco es ese barbilampiño moderno, que frecuenta á todas horas los cafés; que hace gala de impudicicia en las conversaciones entre amigos; que borronea sueltos políticos en la prensa diaria, despues de hojear el último libro venido de ultra-puertos; y, por remate y contera, no cree en Dios ni en la virtud de las mujeres.

Nosotros, recordando unas frases de Federico Schlegel, desearíamos en el poeta, más que en literato alguno, la erudicion del sabio, el entusiasmo serio del artista solitario, y la finura de modales que se adquiere en la conversacion y trato de personas bien educadas.

Y el poeta, por eso, y por vocacion singularísima de su alma, y por el destino social de la inspiracion que le anima, debe huir de la irreligiosidad y del escepticismo, de los Espronceda y los Revillas, de los Byron y Goethe; pudiendo siempre exclamar, en conciencia, con el aplaudido autor de *Las Nubes*:

> Venid, yo no hollaré con mis cantares
> Del pueblo en que he nacido la crëencia,
> Respetaré su ley y sus altares;
> Y, fiel ministro de la gaya ciencia,
> Levantaré mi voz consoladora...

«La inspiracion, ha escrito una ilustre dama, es un inagotable manantial, que vivifica desde la primera palabra hasta la última: amor, patria, creencia;

todo debe divinizarse en la oda; es la apoteósis del sentimiento. Es preciso, para llegar á la grandeza lírica, vagar, soñando, por las regiones etéreas; olvidar el ruido de la tierra al percibir la armonía de los cielos.»

El poeta, como el músico, como el pintor, como el escultor y el arquitecto, debe ser el artista consagrado al estudio y manifestacion de la belleza creada; haciendo pregustar á los hombres, en cuanto es dado á las siempre limitadas fuerzas del genio, las delicias inefables de la Belleza increada. Encaminar á los hombres, por medio del Arte, á la consecucion de su nobilísimo eterno fin: tal debe ser, tal es el objetivo trascendental de la poesía. Porque la poesía, hemos dicho en otra parte, no consiste en combinaciones de palabras y voces sonoras; sino que es la encarnacion, en formas bellas y armoniosísimas, de un ideal-verdad, perenne, sempiterno.

Fuente de amor hermoso, revelacion de la Belleza, orígen de cándidos placeres, apartamiento de mundanos gustos, expresion adecuada de eternas aspiraciones, lira de la naturaleza, ojo escrutador del sentimiento humano, fuego de los sencillos corazones, lágrima caída de los maternos párpados, palabra simbólica entre el vestíbulo y el altar, luz de la luna alumbrando la soledad de los sepulcros, recuerdo vivo de acciones heróicas, tradicion legendaria de generosos hechos, volcan hirviente de la pasion patriótica, mar inmenso de místicas recreaciones, por donde navegan en bajel guiado de los

ángeles las almas precursoras: tal debe ser, tal es la poesía.

Á ese ideal-verdad se han acercado, más ó ménos, algunos poetas del siglo XIX: Manzoni en los *Himnos sagrados;* Lamartine en las *Armonías,* de sus primeros tiempos.

En España serán siempre leídos Breton, por su gracia; Quintana, por su grandilocuencia; Gómez de Avellaneda, por su espiritualismo; Trueba, por su sencillez; Campoamor, por su ática frase filosófica. Sería enojoso enumerarlos á todos. La nacion ha saborcado sus conceptos.

Brillantes nombres registra la literatura castellana en Mallorca. El venerable Quadrado, con sus libros históricos y ascéticos; el malogrado Guillermo Forteza, con sus obritas críticas y literarias; y Antonio Frátes, con sus novelas; han probado que conocen el arte de la bien cortada prosa. Agrúpanse en torno de ellos, formando la que podría llamarse escuela mallorquina dentro de la literatura nacional, el predicador Juan Maura, el apologista P. Miguel Mir, el jurisconsulto filósofo Pou y Ordínas, el anticuario Campaner, el botánico Barceló y Cómbis, el polígrafo José Monlau, y algunos más, que cultivan la teología mística, la agricultura, la historia, las humanas disciplinas y bellas artes. Son dignos sucesores de los antiguos literatos, cuya ilustracion puso de relieve el infatigable Bover en su voluminoso *Diccionario de escritores baleares*. De los literatos catalanistas, que constituyen la gloriosa escuela mallorquina dentro de

la literatura catalana, nos reservamos emitir compendioso juicio en ocasion oportuna. Añadiremos ahora que ambas escuelas mallorquinas se distinguen, generalmente hablando, por su religiosidad, circunspeccion y decoro.

En las lucubraciones poéticas, Tomás Aguiló, con sus *Rimas varias;* Jerónimo Rosselló, con sus *Hojas y flores;* Palou y Coll, con sus dramas; han preparado el camino en nuestros días á los jóvenes que quieran cantar sus ideales en la armoniosa cuanto severa lengua de Castilla. Siguiendo el ejemplo de tan eminentes patricios, aunque no contando con sus probados méritos, escribimos este tomo de inspiraciones juveniles.

Tal vez más que estudio retórico, hay que buscar aquí ideas, calor, vida; más que las simétricas líneas de un jardin á la inglesa, la exuberante vegetacion de los terrenos vírgenes. No obstante, á ejemplo del insigne Horacio, hemos retocado cuanto nos ha sido posible la forma; á fin de concertar el entusiasmo con la elegancia, la idea con la expresion, la agradable variedad con la unidad característica del Arte. La forma vaciada en el molde heleno-latino, es la incontestable maestra del buen gusto. ¡Ojalá hubiésemos conseguido no desviarnos nunca de sus prescripciones!

El renombrado autor de la *Epístola de Arte poética,* consignó ya la más general division de los poemas líricos, al declarar que

Musa dedit fidibus divos puerosque deorum,
Et pugilem victorem, et equum certamine primum,
Et juvenum curas...

Dadas las circunstancias de nuestro carácter, profesion é inclinaciones, no podíamos adoptar en un todo tal division, tratándose de nuestras odas; pero, acercándonos decididamente á la norma horaciana, distribúyese en cuatro libros el conjunto de composiciones poéticas, segun son descriptivas, religiosas, morales, ó históricas. Una composicion llama á otra; y, con este enlace, se verifica la unidad de pensamiento en el libro.

Esperamos mejores tiempos para las letras, como los esperamos para la Religion y para la patria. Entre tanto, no dudaremos que la ilustrada crítica del país, sabrá dispensarnos las posibles desigualdades de esta publicacion.

# LIBRO PRIMERO.

## VOZ DE LA NATURALEZA.

# I

## LA ETERNA MUSA.

L'inspiration dans les arts est une source inépuisable, qui vivifie depuis la première parole jousqu'à la dernière: amour, patrie, croyance, tout doit être divinisé dans l'ode, c'est l'apothéose du sentiment: il faut, pour concevoir la vraie grandeur de la poésie lyrique, errer par la rêverie dans les regions éthérées, oublier le bruit de la terre en écoutant l'harmonie céleste.....

(Mad. de Staël—De l'Allemagne.)

Para acercarme á tu sagrada fuente,
Para ver tus más puros manantiales,
Y en ellos mitigar la sed ardiente
Que siento de bellezas inmortales;

Yo solitario la montaña habito;
De las ciudades y del hombre hui;
Sobre esta cumbre sin cesar medito,
Sobre estas rocas me aproximo á Ti.

Las altas cimas huello; la tierra se prolonga,
Los mares aparecen tendidos á mis piés;
En frente del espacio que inmenso nos rodea,
Oh Inspiracion divina,
Escucha los acentos de mi ardorosa fe.

Del mar las grandes líneas, la bóveda azulada,
Los mil cambiantes de oro de la esplendente luz,
Los rayos de la luna tras nube torneada,
La gloria de los orbes,
Capaz de comprenderlo ¿quién fuera si no Tú?

Virgen, tu rostro halagüeño,
Para adorar su belleza,
Para admirar su grandeza,
Yo anhelara descubrir....
Cuando la Causa primera
Los mundos armonizaba,
Allí contigo fijaba
Los ejes de oro y zafir.

Donde el soberano espíritu
Del Hombre estampó sus huellas,
Y sus vívidas centellas
El Ingenio despidió,
Allí te encuentras y vives,
Allí te muestras lozana,
Y la Poesía ufana
Allí tus gracias copió.

Tu ojo hiere las cuerdas del arpa sonorosa,
Conmueve lo profundo del corazon mortal,
Tus soplos arrebatan el vuelo del profeta,
Y anuncian tus relámpagos las iras de Jehovah.
Tu paso es como el ruido de corredoras aguas;
Cuanto de grande y bello creó la Humanidad
Impulsas con el fuego de tu mirada eléctrica,
Animas al retumbo de tu palabra audaz.

Yo te oigo en los bramidos de hirviente catarata
Que en los bravosos lagos despéñase veloz;
Yo te oigo cuando «¡vivas!» la libertad obtiene
De los variados grupos de un pueblo redentor.
La tempestad te sigue, los truenos te preceden,
Las chispas de tu carro relumbran más que el Sol,
Los bosques sacudidos revelan tu potencia,
Los recios vendabales revélanme tu voz.

Los huesos, en las tumbas que por la noche se abren,
Del vate á los conjuros recobran su poder,
Y, á tu encendida antorcha, los héroes que pasaron,
Las glorias olvidadas levántanse tambien.
Orillas del torrente que cruza las umbrías,
El campo del torneo construyen á tus piés;
De punta en blanco se arman los nobles caballeros,
Brillantes justadores alcanzan honra y prez....

Tú eres madre del Arte; las puras armonías
En los antiguos tiempos supiste despertar;
Yo te oigo en las rapsodias del épico de Acaya,
En los graciosos cuentos del árabe leal.

Tú acompañaste un día las huestes de Alejandro,
Y en las pagodas indias hallabas tu solaz;
Tú con el Cid guiabas á la española gente
Á recabar del moro la patria libertad.

El arco de Corinto tus formas lleva impresas,
De Ménfis los sepulcros señálante mansion;
Yo te oigo en las salmodias del cisne de Pesaro,
Te veo en las cien urnas del templo del Señor.

El arroyuelo
Que serpentea,
Cañas y guijas
Llevando en pos;
El airecillo
Que el huerto orea,
Frutos y flores
Meciendo al sol;

El frágil bote
Que gallardea,
Por leve impulso
Del pescador;
El incensario
Que, cuando humea,
Nube de preces
Eleva á Dios;

Todo lo bello
Que el hombre crea,
Ó es de natura
Preciada flor;

Todo recibe
De Ti la Idea,
Su orígen eres,
Oh Inspiracion.

Castísima vírgen, de amores emblema,
Tú sola comprendes del pecho la fe;
De amor los misterios, los santos martirios,
Tú sola supiste decir y entender.

—Oh bien de las almas,—la jóven decía,
Mirando á caballo partir el doncel.
—Oh luz de mi vida, oh iman de la gloria,
Decía el mancebo llorando á su vez....

En verde pradera, de fuentes cruzada,
Dos tiernos zagales se llaman—¡mi bien!—
Al pié de un almendro de ramas floridas,
Suspiros da ella, suspiros da él.

El poeta escucha; mas ¿qué escucharía
El poeta, finos amores al ver?
Tu voz, casta vírgen, de amores emblema,
Tu voz, que enardece del pecho la fe.

¿Quién darme hora podría la luz de tu hermosura;
Quién inflamar supiera mi jóven corazon;
Para cantar en versos de armónica estructura,
La dulce poesía
Que brota del espíritu, de Ti sublime dón?

Ahora que contemplo Natura estremecida,
Los mares, las montañas, la pompa vegetal,
Sé que Tú eres un rayo del Verbo de la Vida,
Destello de Dios-Hijo,
Que creas la armonía del arte universal.

¡Luz y calor divinos!... ¡INSPIRACION SAGRADA!
Baja, y mi pecho llena de juvenil ardor;
Dirija el canto mío la luz de tu mirada;
Belleza, Virtud, Gloria,
Celebraremos juntos... ¡Concédalo el Señor!

1870.

## II

## NATURALEZA.

Qué silencio tan triste si volviese
La Creacion al cáos primitivo;
Si en átomo infeliz se convirtiese
Por los negros espacios fugitivo!

No más luz, no más brisa, no más flores,
No más encantos de la luz serían;
Sólo el muerto silencio y los horrores
De la Nada infecunda reinarian.

La mente, al figurárselo, en tristeza
Cae sumergida, el pecho siente frio.
¡Extinguirse la gran NATURALEZA
Para siempre jamas en el vacío!...

Naturaleza es verdadera gloria,
Es obra singular del Increado.
¡Qué hermosa está! No es óptica ilusoria
La nube, el río, la montaña, el prado.

Si el Sol relumbra en la mitad del cielo
Llénase el mundo de calor y vida;
Si la noche despliega su ancho velo
La dulce calma á reposar convida.

Qué hermosa está, qué hermosa está Natura,
Cuando se abren las puertas de la aurora;
Y, rebosando aljófar y frescura,
Ésta luce su faz encantadora.

Ó allá, en Ocaso, al declinar la tarde,
Cuando las aves buscan la enramada,
Y, haciendo de sus trinos grato alarde,
Dan á los cielos su postrer mirada....

Pláceme ver las delicadas olas,
Los giros suaves del pequeño arroyo,
Que se desliza tímido y á solas,
Abandonando arenas de hoyo en hoyo.

Pláceme de los campos la sonrisa,
La extension de la selva floreciente;
Dejadme respirar la fresca brisa
Que murmura al oído mansamente....

Si en el misterio de la noche amena
Os internáis cual sombra en el ramaje,
Viene la luna, de dulzores llena,
Y os cubre con su nítido ropaje.

Las ordenadas cohortes de los astros
La acompañan con grave movimiento,
Y semejan bruñidos alabastros
Que adornan el jardin del firmamento.

Tal vez oiréis del viento los gemidos,
Al recorrer del bosque las encinas;
Si ruge el huracan, sus alaridos
Escucharéis so las endebles ruinas.

Pavoroso es el ímpetu del viento
Que los árboles troncha en la espesura,
Y desgaja los robles ciento á ciento
Como un atleta de feroz bravura.

Luégo al lucir el sol, en la mañana,
Rásganse presurosos los nublados,
Y al dulce influjo de la luz temprana
Trisca el cordero en los verdosos prados.

Pella es entónces la rociada tierra,
Bellísimos del Íris los colores,
Que desde el valle á la empinada sierra
Alegran techos, pájaros y flores....

Esas montañas contemplad; su cumbre
Surcada por las nieves y los rayos,
Del color ya tomada de la herrumbre,
Jamas sintió de muerte los desmayos.

Masas enormes que la tierra cruzan,
Que tienen la raíz en sus entrañas,
Y, hundiéndose en el mar, su fondo buzan,
Y otras cumbres cimentan y montañas.

¿No dicen nada esas potentes rocas?
Nada ve en ellas vuestra débil alma?
¡Ahí tenemos el mar! Ondinas locas
Juegan en él en apacible calma.

Hiende la nave con rumbosa quilla
La superficie azul, la blanca estela
Ciñe de espumas la fugaz barquilla,
Que voga á impulsos de la tenue vela.

Sucédele al marino desde popa
La grandeza admirar del Occeáno;
Allí los promontorios de la Europa,
Que ocultan en el mar su inmensa mano;

A lo léjos, veladas por la bruma,
De Iberia las campiñas y ciudades;
Y allá, tal vez el ojo ver presuma
El África, region de las maldades.

Y si de pronto crugen las cadenas,
Y los mástiles tumban, y furioso,
Resuella el vendaval en las antenas,
Y se levanta el mar tempestüoso:

¡Poder de Dios!; en los espacios brilla
El fúlgido relámpago; cogéos
De las jarcias del buque, que se humilla:
¡Ésta es NATURALEZA, estremecéos!...

Ésta es NATURALEZA; vestida de hermosura,
De gracias adornada, de inmensa variedad.
Sus cuadros sorprendentes, su mágica estructura
Excitan del espíritu la noble actividad.

¡Salve, fuerzas creadas, NATURALEZA hermosa,
Que guardas incorruptas las leyes de tu sér;
Perenne maravilla de gracia prodigiosa,
Yo tu existencia gozo con juvenil placer!

Oigo tu voz sonora; tu estrepitoso aliento
Repite en mis oídos un cántico de amor:
¡Eres sensible imágen del alto Pensamiento,
Y una brillante prueba de tu divino Autor!

Octubre de 1873.

## III

# EL ECLIPSE DE LUNA.

### ELEVACION.

Solo estaba; sentéme
En la colina amena,
Que de Palma los muros
Y anchos fosos del Oeste señorea.

Tranquila era la tarde,
La atmósfera serena;
Gozaba el alma mia,
Gozaba la quietud de las praderas.

Que el silencio campestre
Deslizase sobre ella,
Como el arroyo plácido
Sobre las flores del Abril risueñas.

El hermoso crepúsculo
Coloreaba las sierras;
La bóveda del cielo
Ya la adornaban tímidas estrellas.

Viene umbrosa la noche;
Los buhos revolean;
Los altos campanarios
Viste de suave luz la Luna llena.

Los grupos de zagales,
Que del campo regresan
De cansancio rendidos,
La saludan con voces placenteras.

Y sube, sube el astro
La recamada esfera,
Techos bañando y cúpulas,
Montes y valle en claridad serena.

Por el espacio avanza,
Cual majestuosa reina;
Diosa del firmamento,
Que en estas horas su beldad ostenta.

Pero, ¿qué mancha inicua
El albo disco afea,
Su espejo va empañando,
Y su fulgor clarísimo repliega?

El luciente hemisferio
De la Luna hora mengua.
¿Será que un paño fúnebre
Sobre él los malos ángeles extiendan?

¿Será que horrendo monstruo
Engendrado en las nieblas
Del infinito espacio,
En odio de la luz la Luna muerda?

¿O será que, invisibles,
Con misteriosas letras,
Los númenes de lo Alto,
El fin del hombre y sus destinos cuentan?

Tal cree la andrajosa
Supersticion, que llena
Hora techos y plazas,
Leyendo en *el eclipse* cien quimeras.

¡El eclipse!... No puedo
Sin que amarga tristeza
Al corazon acuda,
La plateada faz mirarla negra.

¡Qué oscuridad, entorno,
Sus alas caer deja!
Los horizontes huyen,
Vanas sombras recorren la arboleda.

Los cielos se conturban;
Embózase la Tierra;
Despareció el Satélite,
Ni un solo rayo de su luz destella....

. . . . . .

Mil dolientes imágenes
La fantasía cercan.
¡Ay! ¡Cómo desparecen
Las ilusiones del placer risueñas!

Tambien, como esa Luna,
Se eclipsan las bellezas,
Los cándidos amores,
Los sueños, que animaban la existencia.

Quien de esperanza alegre
Una alborada viera,
Pronto la turbia noche
Del desengaño y de la duda encuentra.

Deslúmbranos la gloria;
Aliéntanos la ciencia;
Volvémonos un punto,
Luégo su antorcha derribada humea.

Y el error tenebroso
Del alma se apodera,
Como esa sombra amplísima
Que desde acá sobre la Luna se echa.

¡Oh, por mi fe!, se eclipsan
Del hombre las grandezas;
Familias y naciones
Rayos ayer, su mezquindad hoy muestran.

¿Qué se hicieron las águilas
Señoras de la tierra:
Y del valor latino
La gloria ufana y sin igual nobleza?

¿Qué se hicieron las damas,
Del mundo en la edad media:
Las justas y torneos,
Las lides de la Cruz caballerescas?

¿Qué fué del poderío
Y la fortuna inmensa
De mi patria, que un dia
Engarzó en su corona la india tierra?

El panteon del tiempo
Esconde sus banderas;
Por siempre se eclipsaron;
¡Porque sólo de Dios la gloria es cierta!...

¡Sí!, Tú sólo, Dios grande,
Que la atraccion sustentas,
Tú sólo, no pereces
En el vaiven de las edades nuestras.

Tú sólo, Sér supremo,
Nunca tus rayos velas;
Tú del humano espíritu
Y de la Historia eres la luz eterna.

Tú siempre vivificas
Las órbitas etéreas;
Tú ves el globo, y riges
El perpetuo girar de las esferas.

El corazon del hombre
Recibe vida y fuerza
De Ti, y su luz recibe
De tu seno inmortal la inteligencia.

¿Cuándo será que mi alma,
Rompiendo las cadenas
Del cuerpo miserable,
Tu noble Sér contemple y tu Belleza?

Padre nuestro, que me oyes,
¿Cuándo será que pueda
Mi alma, de luz ansiosa,
Dejar del mundo la mortal tiniebla?

14 Julio 1870.

## IV

## EN LA BAHÍA DE PALMA.

CREPÚSCULO DE LA NOCHE.

EL trono de occidente
Sus fuegos desparrama,
Dorando las riberas,
El Astro sobre el mar;
Las aves de los bosques,
Meciéndose en la grama,
Su canto postrimero
Le envían al pasar.

Los cuervos de la playa
Sus últimos graznidos
Lanzan, aleteando
Del mástil en redor:

Están los calafates
Del hacha ya rendidos,
Indica la campana
Descanso salvador.

El timonel apréstase
Sobre la leve lancha,
Se espereza, avivando
La no dormida faz;
El pescador nocturno
La lona desengancha...,
La estela va creciendo
Del agua por el haz.

En medio la bahía
La red se balancea,
La fugitiva sombra
Se pierde del laud;
La imágen de la luna
Movible centellea,
La atmósfera se tiñe
De blanquecina luz.

Ya las brisas de tierra
Que el valle perfumara,
Nos traen, revolando,
Su aroma seductor;

Los atrevidos peces
Que el fresco reanimara.
Cual relucientes hebras
Asoman sin temor.

Espiran los acentos
De algun festivo cántico,
De alegres armonías,
Sumiéndose en el mar;
Tal vez, en los bajeles,
Las noches del Atlántico
Recuerden los marinos,
Ya libres de pesar.

Allá... donde las olas
Con blando movimiento,
Con perezoso giro
Se acercan á morir;
La blanca forma arrulla
De la ciudad, el viento,
Cien torres misteriosas
Podemos descubrir.

En nieblecilla envuélvense
Las cumbres de los montes,
Campiñas apartadas
Su faz no dejan ver;

Desde esta lancha, en medio
Del mar, los horizontes
Parecen tenues gasas
Que el viento hace mover.

Hermoso está ese cielo
Que entolda la isla entera,
Con el repliegue holgado
De su lujoso tul;
El cielo de la Italia
Jamas al hombre diera,
La paz, la fe, la dicha,
Que hora me da ese azul.

¡Hermosa está la noche!...
Quien en su pecho aliente
Un corazon que sepa
Lo Bello contemplar;
Quien tenga de los vates
La inspiracion ardiente,
¡Hora melifluos versos
Comience á suspirar!

1869.

V

# EN LA VEGA DE PALMA.

## CREPÚSCULO DE LA NOCHE.

EVES neblinas la montaña cubren,
Surgiendo de los valles escondidos;
Parduscos nubarrones se descubren,
En el fondo del valle sumergidos;
Las sombras de los árboles encubren
Tenues rayos de luz amortecidos:
Y en los confines de la mar lejana
Flotan celajes de encendida grana.

Suaves aromas por el aire vuelan,
Del ameno jardin, del bosque y prado:
Las aves de la noche se desvelan
Y graznan sobre el rústico tejado:

En los estanques próximos rielan
Las estrellas con brillo plateado;
El humo sube desde cien cabañas,
Y el aire juega en las silvestres cañas.

Se abre el establo; los pastores gritan,
Resuenan los rajados esquilones,
Ladran los perros y el ganado excitan;
Los alegres corderos retozones,
Ansiosos de folgar, se precipitan
Del barbecho á los ásperos terrones;
Y el zagal con la gaita placentera
Los conduce del monte á la ladera.

Graves sones del alto campanario,
Perdidos en los pliegues de la bruma,
Va repitiendo el eco solitario;
A su voz el trabajo que le abruma
Suspende el labrador octogenario,
De polvo lleno y de rojiza espuma;
Y al buen Dios que protege la semilla
Eleva una oracion su fe sencilla.

Paso tras paso tras pesada yunta
Camino de la granja va el labriego;
Muge el buey perezoso, que barrunta
Del pesebre la hartura y el sosiego;
Canta el gañan; un niño se le junta
Que lleva de la cuerda su borrego,
Y á la espalda hacecillos de retama
Para nutrir del pobre hogar la llama.

Y en el hogar su postrimer faena
Emprenden las mujeres presurosas;
Á la lumbre de ramas parca cena
Hierve, que son las madres cuidadosas;
Felicidad los corazones llena,
Y hablan los hombres de campestres cosas:
Agita su rosario el viejo padre,
Y el rezo empiezan á la Vírgen Madre.

Paz y silencio el mundo señorean,
Lijeras brisas mueven la espesura;
Bajo el parral los jóvenes puntean
La viola, que festejos les augura;
Vivas exhalaciones centellean,
Rasgando el velo de la noche oscura;
La reina de los astros se avecina,
Y el oriente y los valles ilumina....

¡Oh de la noche Espíritu supremo,
Ven á escuchar del campo la armonía;
Que so tus alas cándidas no temo
Se turbe el monte, la arboleda umbría;
Tú guardarás, del tálamo al extremo,
Los ensueños de amor, flores de un día;
Oh ven, y ante la Gloria soberana
Ménos desdichas contarán mañana!

1870.

## VI

# A LA ESTRELLA DEL ALBA.

ODA.

L'estrella més lluenta
Poruga ja guayta...
(M. Aguiló.)

Si mi campestre Musa
Del guerrero el valor enardeciera,
Ó si loar supiera
Al fuerte varon que usa
Roto sayal porque maldad rehusa.

Y mi lira parase
De la ola el sonoro movimiento,
Y, por oír, dejase
En el bosque su acento
So el encinar el rumoroso viento.

Áun yo no cantaría
Hora la alta virtud, los fieros males:
Áun yo descuidaría
Por ti de los mortales
Hora ensalzar las glorias principales.

Por ti la purpurina
Del Sol rosada faz desatendiera,
Oh Estrella matutina,
Centellar si hora viera
Junto al Sol tu hermosura placentera.

En la noche callada,
Al platear los mares de occidente
La luna marchitada,
Y rayar en oriente
Leve albor, tú ya brillas esplendente.

Cuando en aérea cumbre,
Pasados de la noche los horrores,
Percibe de tu lumbre
Los trémulos fulgores
El viajero, recobra sus ardores.

Tú al triste marinero
Que se aventura en nao destrozada,
El íris, mensajero
De dicha inesperada,
Eres, y de la calma suspirada.

Él te mira en la esfera
Ninfa de la esperanza y del contento,
Remembranza postrera
De paz, en el momento
De alzarse el oleaje turbulento.

Estrella, tú fulgente
Por la etérea region la Noche sigues.
Símbolo indeficiente
De la Luz, no mitigues
Tu brillo, tu aureola no desligues....

Diosa de los amores
En la apartada edad te proclamaron:
Y de cándidas flores
Tu frente coronaron:
Y los cisnes de Mantua la cantaron.

Y en la Acaya florida
Rendidos homenajes ofrecieron
A Vénus, tan querida;
Del Oriente vinieron,
Y en su marmóreo templo amor bebieron.

Á ella, amor humano,
Á ella, de placeres rauda fuente,
Homero soberano
Otorgara inconsciente
Del corazon ser númen prepotente.

Mas vino Nuevo Día,
Y la imágen fel'z del amor puro
En ti cifró á porfía
De Adan el nieto impuro,
Aspirando al AMOR en lo futuro.

Que hay en el alto Cielo
Una Vírgen, de lumbre rodeada,
María, honor del suelo,
Misteriosa lazada
Que nos une al AMOR inmaculada.

Tú la dulce memoria
De esa Vírgen ofreces en la Altura:
El lampo de su gloria,
Noche y noche fulgura
Por ti, ¡inmortal semblanza de ventura!...

Desde oriente la aurora
Tu luz no eclipsa, y en el ancho cielo
Eres dominadora;
Cúbrete blanco velo,
Lijera gasa que te envía el suelo.

Sola en el grande espacio
Vienes tan de mañana presurosa,
Y animas el palacio
De Natura gozosa,
A Dios obedeciendo temblorosa.

¡Ojalá desprendido
De la materia vil á ti llegara!
Viera lo que el sentido
Jamas vió; tal vez clara
La Inmensidad un ángel me mostrara.

¡Oh! ¡más allá corriera,
La armonía del Orbe contemplando!
¡Rodar los mundos viera,
Los cielos tachonando,
Himno al Eterno y glorias entonando!

Astro de los fulgores,
¿Será verdad que en el no sér un dia
La Muerte y sus horrores
Te disuelva?... Alegria
Del alba, ¿dó irás en tu agonía?

Perla de los cien brillos,
Dios recuerde, recuerde que surgían
Canoros pajarillos
Cuando tus rayos vían,
Y el Nombre suyo bendecir solían.

Por el otero verde,
Orilla el mar, en el jardin cercano....
¡Que el Señor lo recuerde,
Y en trono soberano
Cual luz del Cielo esmáltete su Mano!
Octubre de 1867.

# VII

## EL AMANECER.

Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres,
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente.

(MELÉNDEZ.)

L són de la campana
De cúpula cercana,
Salto del sencillo lecho,
Y á Dios elevo mi pecho
Con fervor.

Y luégo á la enramada
Bajo, de mi morada;
Recostado junto á un pino
Me da el aire matutino
Su frescor.

El matinal rocío
Del caloroso estío
Besa mi frente rosada,
Y acaricia perfumada
Bella flor.

En el azul del cielo
Que cubre blanco velo,
La estrella de la mañana
Irradia lumbre lejana
Con temblor.

Anuncia la venida
Del astro de la vida,
Se despide de natura,
Y el santo Nombre murmura
De su Autor.

De oriente el horizonte
Y el apartado monte,
Débilmente sonrosados,
Aparecen coronados
De fulgor.

En el bosque sombrío
Resuena el manso río
Con sonidos placenteros,
Y retozan los corderos
En redor.

La inmensa mar brumosa
Duerme aún, silenciosa;
Descansan los barquichuelos;
Y alto se cierne en los cielos
El azor.

Ante mí van pasando,
Grata paz expresando,
Grupos de alegres zagales,
Que cantan los fieros males
Del amor.

En el campo vecino
Emprenden su camino
Los bueyes, al yugo atados,
Y los sigue el sin cuidados
Labrador.

La montaña cercana
Su vestidura vana
Deja, un tinte purpurino
Toma; brilló el matutino
Claro albor.

Lijeros pajarillos,
Rosales y tomillos
Hacen ondear, volando,
Los verjeles exhalando
Suave olor.

Palpitante armonía
Saluda al nuevo día,
Por los árboles resuena,
Y valles y montes llena
De rumor.

Al fin en el oriente
Centella el Sol; fulgente,
Como un grandioso diamante,
Derrama á ríos brillante
Resplandor.

Planeta omnipotente,
Vida del orbe,
Foco puro esplendente
De luz.

Oh Sol, padre fecundo,
De la materia;
Del anchuroso mundo
Virtud.

Á reanimar natura
Contino vienes,
Oh del gran Rey figura
De paz.

Y enciendes en el suelo
Plácida flama,
Que eres del alto Cielo
Bondad.

Me levanto arrobado
Del césped rociado;
Leves céfiros orean
Los cañares, que recrean
Mi candor.

Y acércome halagüeño
Al árbol más risueño,
Y del naranjo pomposo
Tomo el fruto delicioso
Con ardor.

Setiembre de 1866.

## VIII

# MALLORCA.

*(Original catalan de D. Jomás Forteza.)*

CUANDO las altas montañas
Sus cimas cubren de nieve,
Cubre la flor del almendro
De las llanuras el césped;
Cae la flor sobre el tallo
Que so los árboles crece;
Pintada verde la tierra,
Cruzada de albos rïeles,
De pureza y de esperanza
Con el manto se envanece.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

Llega Mayo; las espigas
En oro el haza convierten;
Grato ruido hacen sus ondas
Cuando Favonio las mece.
Brilla la hoz; en las eras
Suben al cielo las mieses.
Trota la yegua en la paja,
Resuenan cantos alegres,
De polvo el aire se llena,
De trigo el granero llénase.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

Si el estío roba al soto
Su verdura y sus joyeles,
Los inclinados sarmientos
Racimo abundante ofrecen.
Unos por otros los cestos
Doncellas y mozos truécanse;
Aguardan aportaderas
Con bulla y danza inocente;
De mosto el lagar rebosa,
Vino en la bodega hierve.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

Tocan á muerto campanas,
En luto el campo se envuelve;
Cäe el fruto del olivo
Y los surcos ennegrece.

Presurosas aldeanas
Se afanan por recogerle.
Bulle el agua en la caldera,
Obrero enjuga la frente,
Pesada prensa rechina...,
Corre á la pila el aceite.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

Ríe el alba; abren sus hojas
Lirios, rosas y claveles;
Las abejas de su cáliz
Rumorosas la miel beben.
Surca la reja el barbecho,
La azada terreras hiende.
Nace la luna; allá suenan
Las esquilas en la fuente,
Hora del pastor la gaita,
Hora la guitarra alegre.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

En la cumbre crece el pino,
La oliva en las faldas crece;
La vega adorna de frutos
El agua que el risco vierte.
En los bosques las encinas,
En el llano almendros siempre,
En el valle, de naranjos
Largas hileras oréanse,

Y en los huertos la palmera
Al viento sus palmas yergue.
Bello país es Mallorca,
Mallorca verjel celeste.

¡Ay Mallorca!, mi alma hechizas.
Con tu cielo azul, ardiente,
Tus encantadoras playas
Que besa el céfiro leve;
Con tus pájaros y flores,
Tus praderas, tus torrentes,
Para mí del paraíso
Y del Cielo imágen eres.
¡Patria amada, si te dejo
Me arrebatará la muerte!
Bello país es Mallorca,
Mallorca, verjel celeste.

Julio 1869.

# IX

## EN LAS CUEVAS DE ARTÁ.

ELEVACION.

Aquí el agua, filtrando gota á gota, formó desde tiempos apartados de toda memoria humana los materiales, y gota á gota labró este hacinamiento de cavernas. ¿Cómo se cuenta esa duracion en las edades del mundo? ¿qué nombre es el suyo entre los limitados cómputos humanos? Y si ante ella nuestro sér se confunde y se anonada, ¿qué será si pensamos en la Eternidad de Dios, de la cual aquella duracion ni llega á ser comienzo?

(PIFERRER.—Mallorca.)

DEL fondo de este abismo, de tu poder morada,
Mi voz á Ti se eleva, oh Espíritu inmortal;
Tu santa voz escucho, te veo en las columnas,
Las regias maravillas que en torno mío están.
Espíritu del orbe, perdona mi vileza
Si pecador me acerco y entono mi cantar;
Aquí tu omnipotencia comprende el más impío,
Y vuela el pensamiento con religioso afan.

Cual hoy jamas los nobles arcanos de Natura
En mi alma despertaran tan viva sensacion;
Jamas sentí el impulso que hoy siento cabe el ara
Que rocas mallorquinas alzaron para Dios.
Yo nunca entrado había del globo en las entrañas,
Ni su silencio augusto mi sér estremeció;
Por eso balbuciente mi lengua temerosa,
Áun sin querer, pronuncia palabras de oracion.

Tiendo la vista, miro profundidad vacía;
En derredor contemplo bellas estatuas mil;
Al resplandor fantástico de las pintadas luces
El ojo inadvertido fantasmas ve surgir.
Sobre macizas rocas bordadas de arabescos,
Innumerable arcada levántase gentil;
Pilares hay formados de hermosos canastillos
Con gracia sobrepuestos en número sin fin.

El Genio de las artes en las antiguas eras
Tal vez aquí ensayara los tipos de su amor.
Las bóvedas ojivas que esbeltas se sostienen
Primer dechado gótico el Genio las formó.
Antes que apareciera el Númen al artista
Para ofrecerle un día fecunda inspiracion,
Tal vez en estas cámaras con su cincel sublime
Ideas eternales del Arte modeló.

Vosotros, extranjeros, que honráis Naturaleza,
Vosotros, que sus obras espléndidas amáis,
¿Existe en vuestra patria belleza parecida?
¿Poema tan divino sus montes cantarán?

¡Venid! Si vuestro pecho desea lo sublime;
Si en alas de entusiasmo á Dios queréis llegar;
Cruzad la mar undosa, venid á nuestras playas,
Entrad en las cavernas, y atentos escuchad.

Las gotas una á una de lo alto van cayendo,
Menuda y parca lluvia de acompasada voz;
Su polvo sobre el duro peñasco depositan,
Que á vuelta de los años será blando boton.
Á vuelta de los siglos quizá la estalagmita,
Columna cincelada será con tal primor,
Que cien generaciones al mundo venideras
Admiren con delicia su rara perfeccion.

Así, en lento trabajo, tus leyes poderosas,
Oh Creador, pudieron las naves adornar;
Caireles y follajes en ellas esculpieron,
Y cifras misteriosas de templos del Islam.
Así subió creciendo el bosque de columnas,
Así creció bajando la estalactita audaz;
Encajes y calados les dan soltura y gracia,
É inspiran sentimientos de amor del ideal.

Oh Sér que te revelas do la grandeza habita,
Yo en tu presencia creo, te adoro con temor;
En estas cavidades tu Eternidad vislumbro,
¿Qué valen grandes obras con tu obra en parangon?
Los hijos de los hombres se ufanan de su ciencia,
Y arrasa sus palacios el tiempo destructor;
La ciencia tuya sola levanta monumentos
Do yacen las edades que el tiempo amortajó.

¡Sí!; los recuerdos fúnebres perdidos por la Historia
Mansion aquí buscaron y digno pedestal...
La luna despuntaba; los druidas sacerdotes
El muérdago traían del pié del encinar...
Aquí las hordas fieras de Odin sacrificaban
Al triste legionario de Roma la imperial...
Tal vez de aquí saliendo la mora pitonisa
Calmaba en las tormentas las iras de Satan.

¡Quién sabe si los héroes de la islamita raza,
Al grito de victoria del rudo aragonés,
Vinieron, fugitivos del campo de la lucha,
Montando las sultanas el áspero corcel!
¡Quién sabe si escondidos en estas hondonadas,
Tenaces seguidores de la morisca ley,
El hambre encontrarían en lóbrego silencio,
Y piedra sus despojos tornáranse despues!

Mas pasan los recuerdos...; y elévase la mente
Del fondo de las cuevas al Trono divinal.
¡Señor!, el alma mía tu gloria reconoce,
Tu fuerza bienhechora, tu Nombre singular.
En estos senos, casi debajo de las aguas,
Tu gran poder enseñas al mísero mortal.
¡Señor!, yo te bendigo, mi corazon te adora;
¡Repitan mis acentos las olas de la mar!

Agosto de 1869.

X

# EL MEDITERRÁNEO.

## ENTRE MALLORCA Y MENORCA.

Suena lenta la voz de la campana,
«¡Partamos!» dice súbito el viajero,
Dando giros la hélice se afana,
Muévese el buque, canta el marinero.

Negro aliento despiden las calderas,
Que nos empujan con sonoro alarde...
¡Adios de Alcudia montes y praderas!
¡Auxilie Dios mi espíritu cobarde!

Se ensancha la bahía; de Menorca
La Punta queda hacia la izquierda mano,
Á la espalda los llanos de Mallorca,
Y el promontorio Pera en lo lejano.

Con denuedo avanzamos hacia el Este;
Vamos á ver la isla nuestra hermana;
Ántes que el Sol á descender se apreste
De la Mola veréis la barbacana.

Blancas nubes arrolla el fresco viento;
Se agita el mar, cortado por la quilla;
El *Menorca* en airoso movimiento
El oleaje con audacia trilla.

Extended las miradas por do quiera:
Estamos solos, léjos de los lares;
Huye la mallorquina cordillera
Á esconderse en el fondo de los mares.

Azul Mediterráneo, ¡te saludo!,
Calma tus ondas, mece nuestro barco;
Solo contigo estoy; sé tú mi escudo,
Hoy que tu historia y tu horizonte abarco.

¿De dó vendrán esas azules olas
Que espuman estrellándose en la quilla?
¿Besado habrán las costas españolas
Del Íbero ó del Bétis en la orilla?

Éste es el mar de los países cultos.
Esta brisa nos viene de la Italia;
Si ántes la encienden páramos incultos
Roza en cambio la fuente de Castalia.

Esas nubes que raen el horizonte
Por la parte del Sur, tal vez formadas
Hoy han sido del Átlas en el monte
Ó en la inmensa extension de sus cañadas.

Mas esas aves que hacia el Norte vuelan,
Quizas, el golfo de Leon pasando,
Visiten la Provenza, do se duelan
Hora sus aguiluchos mar mirando...

Del fondo de estas aguas veo alzarse
Los recuerdos perdidos por la Historia:
Veo armadías celtas, al cruzarse
Con la de Etruria balsa giratoria.

Los hijos de los mares, los Fenicios,
Aparecen en frente, hacia Levante;
Vienen de léjos, sin virtud ni vicios,
Á enaltecer la ley del comerciante.

Y las naves de Ródas, adornadas
De bellas estatuitas y pendones,
Siguen á los Fenicios, escoltadas
Por hileras de músicos tritones.

Las escuadras que asoman, de Cartago
La gloria llevan y los altos fines:
Hurras resuenan por el aire vago
Que aclaman á los fieros paladines.

«¡Amílcar é Himilcon!», dicen los ecos,
Retumbando del mar por las llanuras;
«¡Metelo y Escipion!», responden secos
Otros ecos subiendo á las alturas.

De Cartago y Fenicia sucesora,
De Grecia y de las Galias, se presenta,
Dueña del mar, la Loba triunfadora
Que el romano en sus flámulas ostenta.

Sus trirremes dominan desde Gádes
Al bósforo de Tracia; la riqueza
De aquella edad asombra á las edades;
No hay poder que trastorne su realeza.

Parténope, la reina de Sicilia,
Los orgullosos buques italianos,
Hallan aquí de Tárraco y Massilia,
De Barcino y Cirene á los romanos.

Aquí, por este estrecho, se encontraban
De Roma los rivales en potencia,
Y, tras rudos combates, aportaban
Á Magon ó á la ínclita Pol-lencia.

¡Cuántos recuerdos este mar suscita!
¡Cuánta historia refieren estas aguas!
Veo al salvaje godo y al escita
Dejar del Norte las inmensas fraguas.

Hienden el mar sus vengativas proras,
Se abalanzan, al golpe de los vientos,
No temen las borrascas bramadoras,
Y arrastran hacia aquí sus cargamentos.

Otros guerreros en ligeras quillas
De sus dominios á lanzarlos vienen;
Llegan del Sur, veloces como ardillas;
Medias lunas sus mástiles sostienen.

¡Ay del mundo que audaces señorean!
El mar recorren sus piratas barcos;
Mas ¡no hay temor!, contra ellos ya pelean
Los hijos de Aragon y de San Márcos.

¡Los hijos de Aragon! Sus galeotas
Reinan, reinan, señoras de los mares;
Huyen do quier las árabes marlotas;
Oigo las dulces voces bàleares...

Miéntras así la loca fantasía
Los recuerdos evoca del Pasado,
Se desparrama el luminar del día
Sobre las ondas de este mar calmado.

¡Cuán bellos panoramas se presentan!
De la mañana el vario firmamento
En rayas mil que su color ostentan
Se refleja en el líquido elemento.

Con denuedo avanzamos hacia el Este;
Vamos á ver Menorca, nuestra hermana:
Miéntras el cielo su favor nos preste
La hemos de ver en hora muy temprana.

¡Azul Mediterráneo, tú que ondeas
Con manso movimiento, nunca vayas
Á asaltar nuestras islas! ¡Nunca seas
Tú quien maltrate sus hermosas playas!

Día de Pascua: Abril de 1876.

# XI

## OTRA VEZ EN PALMA.

### NOCHES DE ESTÍO.

La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella.

(Fray Luis de Leon.)

SENTÉMONOS aquí, sobre el adarve
Del fuerte muro que circuye á Palma;
Todo reposa en la nocturna calma;
Todo en silencio en derredor está.
Pasan tal vez bullicïosos grupos
De enamoradas jóvenes parejas;
Ó de dulce guitarra blandas quejas
Rasgan el aire levemente ya.

En la region del infinito espacio
La luna mueve su argentado coche;
Manto azul las estrellas á la Noche
La bordan con angélico primor.

La luz baja del cielo majestuosa,
Se cierne en blancas nubes que resaltan,
Y sus rayos pacíficos esmaltan
Del cielo y de la tierra el esplendor.

El mar tendido á nuestros piés murmura,
Lamiendo jugueton la estrecha valla
De rocas, en que estriba la muralla,
Sobre la cual holgamos á placer.
Del astro de la noche la alba imágen
En los espejos de la mar se mece,
Y en faja inmensa de diamantes crece,
La espaciosa bahía al recorrer.

Fresca brisa, rizando las espumas
Del mar, se empapa en húmedos vapores,
Sopla con el aliento de las flores
Y refresca el ambiente abrasador.
Invisibles las alas de los vientos,
Apénas, al cruzarse lisonjeras,
Acarician las torres hechiceras
Que de Palma pregonan el valor.

Misterio y paz, colores y armonía,
Son ángeles de plácida belleza,
Que bajan hora á ver Naturaleza,
Y elevan el espíritu al Ideal.
Bajo la tienda azul del firmamento,
Al impalpable rayo de la luna,
La Almudaina destácase, moruna,
Párias rindiendo á la alma Catedral.

1881.

## XII

## EL RUISEÑOR DE LA ALHAMBRA.

Al pié de la alta torre
De viejos Picos,
Que la gigante Alhambra
Guardan altivos;
El arrecife
Me encontraba una tarde
Bajando triste.

En el cielo vibraban
Últimos rayos,
De la luz melancólica
Que muere amando.
El sol traspuesto
Coloreaba las sierras
Y el firmamento.

De los floridos cármenes
Que Dauro baña,
De tus moriscos patios,
Bella Granada;
La mansa brisa
Aromas y suspiros
Blanda subía.

Yo no sé si movido
Mi pensamiento,
Del aire por las notas,
Ó por recuerdos;
Allá volaba
Do se juntan amigas
Belleza y alma.

De las húmedas hojas
De erguido álamo.
Un ruiseñor lanzaba
Su postrer canto;
Canto nocturno,
Voz de amorosa cuita,
Cordial saludo.

Los trinos y gorjeos
¡Cuál resonaban!
Impulso de la vida,
Fuego del alma.
Torres vetustas
Erguian sus cabezas,
La faz desnuda.

Al canto misterioso,
La fantasía
Poblaba de fantasmas
Las grandes ruinas.
De antiguos tiempos
Salían del Alcázar
Bravos guerreros.

Los reyes nazaritas,
Las bellas moras.
Los cautivos cristianos
En sus mazmorras;
Todo lo rehace.
Al rayo de Diana,
La voz del ave...

Ruiseñor amoroso,
Que en yerto álamo,
Colgaste, de la Alhambra,
Tu nido amado;
Canta tus dichas,
Consolarás, si cabe,
Las penas mías.

1881.

## XIII

# DIA DE MAYO.

Á LA SEÑORITA ANTONIA TARONJÍ.

FRESCAS ondinas de la corriente
Del rico Dauro besan mi pié;
Del sol penetran los dulces rayos
La avellaneda que arranca de él.
El hondo cauce del manso río
Tajo profundo surcar se ve;
Floridas zarzas, higueras locas
Su linfa de oro van á beber.

Éste es el cármen, hermana mía,
Éste es el cármen, pequeño eden
Donde se pasan raudas las horas,
Tranquila el alma como un laurel.

En frente se alzan los áureos cerros
De Alhambra mora fuerte sosten.
Pasa el camino, mira en la altura
Del Monte Santo la casa fiel.

Graciosas ninfas, por la mañana.
Formando coros, salen á ver
Del padre Dauro bellos dominios,
Hasta que Apolo viene á su vez
Su aliento dejan embalsamado
Sobre las flores por gran merced,
Y éstas, irguiendo sus cabecitas,
Se congratulan de amanecer.

Cuando sus rayos de lumbre pura
Las estrellitas de noche den,
Cabe la fuente que allá murmura,
Cuyas orillas son un verjel;
Bajo la parra de ancho follaje,
Rosas cogiendo para tu sien,
Lindas canciones tararearemos,
Miéntras la luna mirando esté.

Cármen del Cipres—1881.

## XIV

# XOLAIR.

(LA SIERRA NEVADA.)

SONETO.

Del risueño Genil la verde orilla
En tersas ondas de luciente plata,
Con esmaltes espléndidos retrata
La inmensa cumbre, gloria de Castilla.
Desde los campos de la humilde Armilla,
Veo en íris de azul y de escarlata
Engastarse la pétrea catarata
De los nevados picos, do el sol brilla.
Tiende la vega su persiana alfombra
Á los piés de Granada, lisonjera
Ofreciéndole luz, frutos y flores;
Mas de tanta belleza no se asombra,
Pues Xolaïr del agua placentera
Manda las ninfas á bordar primores.

1881.

# XV

## Á DAIFÓNTES.

### DESPEDIDA DE LOS MISIÓNEROS DEL MONTE SANTO.

El pueblecillo de Daifóntes, situado á tres leguas al N. de Granada, perteneció entero, ántes de la desamortizacion, á la gloriosa abadía del Sacro Monte; los prebendados tan paternalmente lo administraban, que de ellos se conserva allí agradable recuerdo.

(***)

TIENE este pueblo precioso
Un hermosísimo cielo,
En cuyo azulado velo
Resplandece el sol gozoso.

Tiene este pueblo bendito
Deliciosa y fértil vega,
En cuyos campos entrega
Sus dones Dios infinito.

Tiene el pueblo de Daifóntes
Frescas y abundantes fuentes,
Y fluyen claras corrientes
De sus elevados montes.

El cristalino Cubillas
Brota de *los nacimientos,*
Y le dan vivos acentos
Los álamos y avecillas.

De los montes á los prados
Desciende la lumbre pura,
Y alegra más la verdura
De los alegres sembrados.

¡Cuánto risueño cultivo!...
La encina surge entre flores;
Cantan en viña y olivo
Los sencillos labradores.

Tienen las costumbres puras,
Que es su riqueza mejor;
Y cual fieles criaturas
Adoran al Creador.

Porque este pueblo áun conserva
Nobles costumbres cristianas;
Y la Fe áun le preserva
De vanidades mundanas.

Así en los antiguos años,
Del Monte buenos Señores
Siempre al egoísmo extraños,
Formaron los corazones.

Del Sacro Monte la historia
Se venera en las edades,
Y aman aquí la memoria
De canónigos y abades.

La Mision lo ha conocido,
Y en alta voz lo proclama.
¡Daifóntes reconocido
Avive de amor la llama!

Más que tus campos y montes,
Más que de tu sol las lumbres,
Son valiosas, oh Daifóntes,
Tus patriarcales costumbres.

Consérvalas siempre; impide
De su corrupcion la afrenta:
Esto encarga, y se despide
La Mision del año ochenta.

9 Abril 1880.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO SEGUNDO.

## NOTAS DEL SALTERIO.

# I

## UNUS ET TRINUS.

O luce eterna, che sola in te sidi,
Sola t'intendi, e da te intelletta
E intendente, te ami ed arridi!
(Il Paradiso; Canto XXXIII.

El céfiro en las flores juguetea,
El árbol suavemente se cimbrea
Con un manso ruïdo que llega al corazon;
Se desprenden aromas de las flores,
Gorjean los alegres ruiseñores,
Se desliza la fuente corriendo en blando són.

¡Qué bien está uno aquí! Las dulces horas,
Agitando sus alas voladoras,
Besan mi frente y pasan rozándome la faz.
La tarde en torno mío se repliega,
Rebaños aparecen en la vega,
Tramonta el sol sin nubes, el mundo queda en paz.

¡Oh! ¡cuánto de placer la mente embarga
En esta hora feliz! La historia amarga
De las penas se olvida, mitígase el dolor.
Con los risueños cuadros de la tarde
Se recobra el espíritu cobarde,
Y un momento contempla la faz del Creador.

¡Gran Sér, yo te descubro! La armonía
De este tu globo, al acabar el día,
Eleva de los hombres el pensamiento á Ti.
Tú conservas la vida, la frescura,
Los ocultos poderes de Natura,
Que sin tu beneplácito son fuerza baladí.

Todo tu Inteligencia omnipotente
Mueve y dirige; que, sin Ti, la mente
La armonía del orbe no alcanza á comprender.
Cada tenue latido de la vida,
Cada gran rotacion y sacudida,
De Ti impulso reciben, de Ti reciben ser.

Tú permanencia das á lo creado,
Pues lo creado es órden; y ordenado
No es concebible un acto sin ente ordenador.
Y como el conservar la criatura
Es crearla de nuevo, se me augura
Que nada de sí existe, que Tú eres creador...

Nada existia; Dios omnipotente
Vivía en su interior; eternamente
Dios era Dios; su espíritu sola substancia real.
Habla la omnipotencia; y á millares
Brotan los mundos, los inmensos mares,
La luz, los altos montes, el reino vegetal.

Y el hombre empieza á ser. La raza humana
Comienza sus trabajos soberana;
Se apodera del fuego, del hierro, del leon;
Se apropia de las plantas los tejidos,
Arranca al bosque troncos sacudidos,
Y á los mares se lanza con rudo corazon.

La Historia se despliega; los humanos,
Del Asia despidiéndose en los llanos,
El curso audaces siguen del círculo solar.
Unos visitan el extremo oriente,
Otros cruzan los mares de occidente,
Y, por do quier, del hombre levántase el hogar.

Fúndanse imperios, crecen las ciudades;
Veo á Salem, á la española Gádes,
Veo á la grande Ménfis, á la opulenta Ofir.
El arte los palacios hermosea,
La ciencia en los jardines se pasea;
No es posible del hombre los tronos abatir.

El mundo marcha; ¿marchará al acaso?
El mal se estrella, como frágil vaso
Que la mano de un niño con furia quebrantó.
Triunfa en la Historia el bien; ¿será fortuito?
Pero el mal queda siempre al fin proscrito;
Sólo el bien y el progreso vencer contemplo yo.

El mundo marcha; el bien se extiende y crece;
Más y más la tiniebla desparece;
¿Y esa ley puede, oh sabios, ser fruto del azar?
¡No, no! La Historia dice tu existencia,
La Historia te proclama, oh Providencia;
Donde hay bien y progreso por fuerza Tú has de estar.

Cristo aparece; oigo su voz amada;
Él tu Esencia señálame sagrada,
Tus atributos santos, tu vívido esplendor.
Ya sé tu Nombre, ¡oh Trinidad del Cielo!;
Ya seguros clamámoste en el suelo,
¡Oh Padre, Verbo, Espíritu! ¡Oh sempiterno Amor!

El Padre es la invisible Inteligencia
Que, eternamente en su infinita Esencia
Pensando, engendra al Verbo, la Idea universal;
El Verbo ama á su Padre, que le adora;
Y este Amor es Espíritu, que mora
Indivisible en ellos, cual ellos inmortal.

¡Hé ahí al UNO Y TRINO!... Voz humana,
Calla, por Dios. La gloria soberana
Respeta en tu silencio, que es lo mejor de ti.
Vé á la naturaleza, vé á los hombres;
Éstos te prestarán sus grandes nombres,
Mas del Eterno cesa de balbucear así.

Por la Revelacion y el Cristianismo
Conocemos la Esencia de Dios mismo;
Al UNO Y TRINO vemos cual le podemos ver.
Los antiguos su gloria conocían
Por los reflejos que en el orbe vían;
Nosotros por su Verbo podémosle entrever.

El Verbo en las montañas de Judea
Dejó á la Iglesia la eternal Idea;
La Religion eterna mostrónos el Señor.
Del mundo en las horribles tempestades
No la verán perderse las edades;
La Verdad en la Iglesia tendrá su salvador.

UNIDAD-TRINIDAD. Esta doctrina
La solucion más alta determina
De todos los misterios de ciencia y de moral.
Es la base del dogma; imcomprensible
Siendo ella, todo lo hace comprensible;
Luz de la Historia, clave del mundo celestial.

¡Es la Verdad! Yo miro sus reflejos
En el hombre, en el mundo, cerca y léjos;
En el tímido rayo de la naciente luz,
En la linfa de plácida fontana,
En la triple unidad del alma humana,
En el inmenso espacio de fúnebre capuz.

Todos los séres cantan á porfía
Las perfecciones tuyas, oh Armonía,
Oh Autor, oh Providencia, oh augusta Trinidad.
En Ti se halla la gran naturaleza
De la Verdad, el Bien y la Belleza;
De Ti fluyen los orbes, de Ti la humanidad.

Grande eres, infinito, inmensurable,
¡Oh Señor!; mas cuán bueno, cuán amable;
No desdeñas ahora mi solitaria fe.
Tú me animas, hablándome en el alma;
Que cuando el corazon reposa en calma
Tú entras en el hombre, y éste tu gloria ve....

En las horas postreras de la tarde,
Como en la llama el incïenso que arde,
Se consume el espíritu delante del Señor.
¡Oh Sér Supremo, Trinidad sagrada,
Recibe de mi ánima postrada
Los tiernos homenajes de su más firme amor!

Abril 1875.

## II

# EL CRISTO.

Speciosus forma
præ filiis hominum;
diffusa est gratia
in labiis tuis...

—Hermoso
más que los hijos de los hombres;
la gracia está derramada
en tus labios.

(Salmo XLIV.)

Era del año la estacion florida;
De la tarde la luz contorneaba
Las nubecillas con reflejos de oro;
Apacible era el sol; una encendida
Franja de terciopelo se asomaba
Hacia poniente; y el alado coro
Su lenguaje sonoro,
Su canto no aprendido,
Ensayaba en el nido.
Sobre la cima de un pequeño monte,
Jesus, el Hijo del Eterno, hablaba;
Su sermon ensanchaba el horizonte;
Y de su voz al plácido remonte
El pueblo un nuevo mundo acariciaba.

¿Le veis?—Más que los hijos de los hombres
Es hermoso, en el rostro, en la mirada,
En la expresion de sus divinos planes.
Con sólo verle los más santos nombres
Le daréis, porque de Él enamorada
Al punto el alma olvida los afanes.
Sus nobles ademanes
Revelan al divino
Sér que del Padre vino.
Para curar la humanidad doliente
Y redimir al hombre se encarnara;
Hora lo dice á la asombrada gente,
Miéntras el rayo de la luz poniente
Le besa con amor la dulce cara.

¡Cristo! Cuarenta siglos le esperaron;
Su venida del mundo las naciones
Por boca de los sabios predijeron;
Su reinado de paz profetizaron
De Judea los ínclitos varones,
Que sus glorias altísimas previeron.
Á par le enaltecieron
Jacob, que de su estrado
Señala al Deseado;
Moisés, que rompe el yugo indecoroso
Del pueblo, y pronostica al valeroso
Libertador; contémplale Isaías;
Y David le proclama victorioso;
Y por Él llora sangre Jeremías.

La voz del mundo antiguo era una sola:
En Oriente, en las Galias, en Etruria,
En Germania, en la China, por do quiera,
Voz de esperanza: «del Dragon la gola
Quebrantada será y su torpe furia,
Por el Señor, que hará la nueva Era.»
Ésa es la voz primera
Y el eco resonante,
Del Indo al mar de Atlante.
Los Magos de la Asiria soñadora
Ven al Cristo en las noches estrelladas;
La Sibila de Cúmas ya le adora;
Sócrates al morir su luz implora;
Virgilio ve sus formas encantadas.

Y aparece... Su voz en la Judea
Resuena como un arpa melodiosa,
Como la lluvia en el sediento estío.
¿Le oís?—Su voz la humanidad recrea;
Palabra del Señor, voz poderosa
Del mal á contener el ancho río.
Benéfico rocío,
Del ánima dulzura,
Que sus heridas cura.
«Bienhadados los pobres, los que lloran,
—Dice el Señor, con pasmo de las gentes,—
Bienhadados los mansos, y los que oran,
Los que al Padre en espíritu le adoran,
Los que guardan las manos inocentes.

«Dejad la gloria y el amor mundano,
El afan deponed de la riqueza,
Pensad que viene el reino de los cielos.
¿Por qué tanto cuidar de un mundo vano?
Mirad del lirio la sin par belleza,
Como le viste Dios de hermosos velos.
Ved como sin los celos,
Sin vuestras penas graves,
Deléitanse las aves...
Buscad primero el reino de la vida,
La Justicia de Dios y su reinado,
La fe del alma y la bondad perdida;
Que, cuando la tuviereis adquirida,
El reino material os será dado.

«Venid á mí, oh almas abastadas
De pesadumbre y de mortal quebranto,
Mi yugo es suave, y es mi ley ligera.
Por vosotras dejé las elevadas
Mansiones que del Padre son encanto,
De la Luz en la eterna primavera.
Yo soy la verdadera,
La única luz del mundo,
Principio sin segundo.
Y Yo el camino soy que á Dios conduce,
Yo la Verdad que anhelan vuestras almas,
Reino de Dios que en vuestra mente luce;
El que por mi camino el mundo cruce
Hallará al fin las venturosas palmas.

«Yo soy la Vida: el pan que vuestros padres
En el desierto de Siná comieron
Era el maná; no dió la vida eterna.
Yo la vida os daré más que las madres;
No moriréis cual los demas murieron,
Que es mi Sangre la alianza sempiterna.
En la horrible Caverna,
Por siempre encadenada
Será la muerte airada.
Satanás y el pecado juntamente
Arrojados serán á lo profundo;
Vino la hora de la lucha ardiente;
Por Cristo batallad heróicamente;
Nada temáis, que Yo he vencido al mundo.»

La multitud se inclina arrebatada
Al oír á Jesus, cual los manojos
De espigas que los céfiros orean.
Su voluntad inflámase, aprontada
Para hacer grandes cosas, y sus ojos
Sólo mirando á Cristo se recrean.
¡Ah! ¡Bendecidas sean
Las huellas de sus plantas
Y sus palabras santas!
¡Sigamos al Señor en las llanuras,
Comamos de su pan en los desiertos,
Ascendamos con él á las alturas;
Conviértanse las ánimas impuras;
¡Oh! ¡despertad, los corazones muertos!

Si los malos doctores se levantan
Y arman su pecho de furor insano,
Si los escribas del Sinedrio acechan
Las palabras de paz, éstas encantan
El simple corazon del aldeano,
Y otros escribas la maldad deshechan.
Si unos en brazos se echan
Del pecado homicida,
Cambian otros su vida.
La perdonada adúltera renace,
El publicano el vil metal devuelve,
El extranjero su ídolo deshace,
Y, lo que sumamente á Dios complace,
La Magdalena hacia el amor se vuelve.

En medio de una cala, en un recodo
Del lago de Tiberio, su barquilla
Avían unos tristes pescadores;
Hora son nada, mas seránlo todo;
Mañana serán árbol, hoy semilla;
Jesus les habla, sienten sus ardores:
«Ya no más cogedores
Sois de peces, les dice
Jesus, y los bendice;
Hombres vais á coger en vuestras redes,
Vais á formar la nueva Sinagoga;
Los que, Simon, bajo tu manto hospedes
Recibirán del cielo las mercedes;
Mi Voluntad los símbolos deroga.

«Una ley de verdad y de justicia
Hoy sucede á las fórmulas legales,
La Iglesia universal hoy se inaugura.
Tendrá fin el pecado, y la injusticia
Su reino perderá entre los mortales;
Hermanos sois; ninguna criatura
Es ante Dios impura;
De la Ley el sentido
Será por Mí cumplido.
Id, anunciad la paz á las naciones,
Bautizadlas en nombre de Dios Trino,
Derramad de la Fe los altos dones,
Y unificad del orbe las regiones
Porque el reinado del Señor ya vino.»

Así habla el Verbo, así la luz penetra,
Así la Fe y la Vida se establecen,
Así de amor el entusiasmo estalla.
Espíritu que brota de la letra,
Luz que las tempestades no oscurecen,
Corriente audaz que no conoce valla.
¡Oh Amor!, mi pecho te halla
En medio ese camino
Como un fuego divino.
¡Baja, baja á Salem, Hijo del Hombre;
La ambicion con sus hijos ya te espera;
Sube á la Cruz que es tu inmortal renombre;
Y, más que al cielo tu martirio asombre,
Consuma allí tu divinal carrera!

La Cruz en alto veo levantada;
Clavado en ella el Redentor espira;
Sangre le salta de su cuerpo todo.
Su ánima, hasta morir atribulada,
Oye blasfemias de nefanda ira,
Menguado insulto y sanguinario apodo.
Corazones de lodo
Los exhalan feroces
Con tabernarias voces.
Mas Él bendice al bárbaro que huella
La majestad del Cristo moribundo;
Ve á María allí, su sola estrella;
Nos la da luégo, y con la muerte sella
La Redencion del universo mundo.

¡Muere, y se rasgan de dolor las rocas;
Muere, y el sol su rayo entenebrece;
Muere, y el centurion la Fe confiesa!
Oh de los hombres esperanzas locas,
La Fe matar quisisteis, y ella crece,
Y de la muerte que hizo en ella presa
Sale cual nunca ilesa.
El Amor es más fuerte
Que el brazo de la muerte...
¡Ah, no muere el Señor! ¿Oscurecida
Podía ser su inmarcesible gloria?
¿Muerta habia de estar y envilecida
Para siempre la gloria de la vida?
¡No, no, Jesus, Tú has de cantar victoria!

Día del Sol, al clarear el alba,
Del sepulcro la piedra se derrumba,
Y surge el Cristo, de fulgor cercado.
El ave, el cielo, el campo le hacen salva;
Los ángeles acuden á la tumba:
«¡Gloria al Señor, al que ha resucitado,
«Vencedor del Pecado!
«¡Proclamemos su nombre,
«Que ha redimido al hombre!
«¡Coronemos de flores su cabeza;
«El rayo de su lumbre nos rodee;
«Al Cristo-Rey honores y grandeza;
«Que el pendon de su mística realeza
«De polo á polo señorial ondee!»

Y el Cristo mira con benignos ojos
La tierra toda de cadenas libre,
Del yugo de Satan emancipada.
Áun quedan de la vida los abrojos,
Áun puede ser que su guadaña vibre
La muerte sobre el alma libertada,
Mas la Gracia está dada.
¡De esa preciosa leche
Que el hombre se aproveche!
El hombre vive si en Jesus confía;
¿Dó está Jesus? En la mansion del Padre.
Mas si allí resplandece, eterno guía,
Nos dejó como Amor la Eucaristía
Y como Luz la Iglesia, nuestra Madre...

¡Oh Cristo Dios! Tú con nosotros eres,
Tú no te has ido del terrestre globo,
La católica Iglesia te conserva.
En Ti la vida, el órden de los séres;
En Ti el escudo contra el fiero Lobo,
Que grandes embestidas nos reserva.
Tu Iglesia nos preserva
Del loco desvarío
Del temporal impío.
¡Oh Cristo Dios! ¡Reüne á las naciones
Bajo de tu bandera salvadora;
Perezcan las mundanas ambiciones;
Aclámente do quier los corazones!
¡Tú nos salvaste, sálvanos ahora!!

Agosto 1875.

## III

# Á LA IGLESIA.

CANTO DE LIBERTAD.

—Sobre todo pedid la libertad de la Iglesia.

Pío IX.

Hay una vírgen de cabellos de oro,
De blanca tez y de serena frente,
De ojos azules, como el mar de oriente
Cuando pinta la aurora su ancha faz.
Y esta Vírgen es Madre, y tan fecunda
Que sus hijos invaden hemisferios;
Su raza el orbe de la tierra inunda,
Y es de poblarla y de regir capaz.

Apoya en una cruz la diestra mano,
En la otra lleva el libro de la vida,
Ciñe la tiara, y en su frente erguida
Del cielo se refleja el resplandor.
Unas llaves pendientes trae del pecho,
Para abrir y cerrar la Puerta Eterna;
Y á sus piés el Dragon pedazos hecho
Muerde tierra con tímido furor.

Esta Vírgen de cándida pureza,
De grave paso y maternal figura,
Para enseñar á toda criatura
La santa religion, nombrada fué.
El Hijo del Eterno vino al mundo
Y la escogió por su querida esposa,
La demostró un cariño sin segundo,
Y le encargó la cátedra de Fe.

Cuando subió el Esposo á las Alturas,
Empezó su mision la noble Esposa;
Y desde entónces habla y no reposa,
Siempre anunciando el bien y la verdad.
En vano la persigue el hondo abismo,
En vano agita el mal Dragon la cola;
Su virtud la proviene de Dios mismo,
Nunca faltó su eterna actividad.

Sentada como reina junto al Tibre,
Su luz esparce por la tierra toda;
No los caprichos de la varia moda
Pueden doblar su inquebrantable ley.
Habla de Dios, intima sus mandatos,
Predica fe y amor, paz y esperanza;
Y, más que pese á míseros ingratos,
Cáen á su presencia pueblo y rey.

Henchido el corazon de ardiente saña,
Sus torpes enemigos se dirigen
Contra Ella desalmados, y la afligen,
Y su seno querrían desgarrar.
La furia que los mueve, del abismo
Reconcentra las rojas llamaradas;
La dulce majestad del Cristianismo
Les hace hora su pérdida tramar.

Así la antigüedad vió enfurecerse
La crüel Sinagoga en Palestina,
Y unirse con la ciencia alejandrina
Para ofuscar la misteriosa Luz.
Así se levantaron del Imperio
Las águilas, armígeras cual Jove,
Y en nombre de Neron ó de Galerio
De occidente arrancábase la cruz.

Roma en gritos nefandos prorrumpía:
—«¡Los cristianos al circo!»—Despedaza
La fiera sus cadáveres, ó enlaza
Con vil garfio sus cuerpos el sayon.
Mas el Sinedrio, y la ciencia griega,
Y el poderío de la infame Roma,
Y Ario el terrible que de oriente llega,
Por la Iglesia y la Fe vencidos son.

Hordas inmensas que Aquilon empuja
Bajan del Norte en ímpetu violento;
Genserico y Atila el pavimento
De la Iglesia con sangre amasarán.
Otras hordas la Arabia en són de guerra
Lanza contra la Iglesia temblorosa;
Abú Béker y Muza por la tierra
Medias lunas invictos plantarán.

De unos y de otros bárbaros la Iglesia
Triunfa, la Cruz guiando las espadas;
Carlomagno preludia las cruzadas;
En Lepanto la Cruz domina al fin.
Los enemigos de la Cruz perecen,
El Infierno vencido se declara,
Las banderas de Cristo resplandecen
Desde el Tíber al último confín.

¡Ay, no!... Contra la Iglesia se levantan
Hora de ese Sajon la descendencia,
Y de ese Franco la mentida ciencia,
Que es vanidad y presuntuoso error.
«¡Muera la Iglesia!», gritan; y responden
Filósofos y reyes: «¡muera, muera!»
Y del patriarca de Ferney esconden
En su pecho los pueblos el rencor.

¿Qué quieren hora?—Tempestad deshecha
Mueven las enemigas potestades,
Y en el campo, en el mar, en las ciudades,
La ruina juran de la santa Cruz.
Se difunden las llamas de los vicios,
Aventadas por viles campeones;
Ármanse de furor los corazones,
Y odian de Cristo la tranquila luz.

¿Qué quieren hora?—Los malvados luchan
En el Norte, en el Sur, en toda tierra;
Reyes y pueblos en tenace guerra
Contra Cristo dilatan su poder.
El templo de las leyes, la tribuna,
La poderosa imprenta, los estrados,
De la Iglesia que vió su pobre cuna
Quieren la fe y la vida escarnecer.

Quieren ¡horror! esclavizar su Madre,
Desterrarla del Arte y de la Ciencia,
Y sola, y olvidada, su existencia
Que se arrastre en la Europa, sin honor.
Quieren que el Evangelio verdadero
Y el Sacerdote aniquilados sean,
Que el rayo parta el gótico crucero,
Que en cadenas espire NUESTRO AMOR.

¡No lo conseguirán! ¡La Iglesia es libre!
¡Dios la dotó de Libertad sagrada!...
Volverán los tiranos á la nada,
Y Ella su vida mostrará y su luz.
Cuantos la persiguieron han pasado,
Ella vive y florece todavía;
Cuantos la persiguieron han cegado,
Á una mirada del Señor Jesus.

La libertad del Bien llamo el Derecho,
Y la Iglesia es el Bien. Por Ella hoy día
Pelea con gloriosa bizarria
Pedro inmortal; se opone Satanas.
¡Viva la Iglesia libre! ¡El santo Nombre
De Dios repita con placer la boca!
¡Viva la Iglesia libre! ¡El débil hombre
Querer atar á Dios?—¡Jamas! ¡Jamas!

Noviembre 1875.

## IV

# Á LOS CRISTIANOS

### EN TIEMPO DE PRUEBA.

Mitte gladium tuum in vaginâ...
—Mete tu espada en la vaina.
(San Juan, cap. XVIII, vers. 11.)

Arrecia el temporal; de los infiernos
La desbordada ira
Pueblos abrasa, reyes y gobiernos;
La fértil nube de la audaz mentira
El cielo encapotó.
Arman su diestra cínicos tiranos;
La guerra se declara;
Contra la pura fe de los cristianos,
Contra el claustro, la cátedra y el ara
Su brazo desplegó.

Esto á la faz del *Siglo de las luces*...
No importa ¡vive el cielo!...
No es nuevo el odiar las santas cruces,
No lo es el encender malvado celo
Contra el cristiano altar.
Los hijos de Israël se levantaron
Y aplastarle quisieron;
Sabios de Grecia un tiempo se ligaron
De Roma con tribunos... ¿qué hicieron?
¿Pudiéronlo alcanzar?

¡Oh cristiano! ¡Tú tiemblas? La amenaza
De los fieros verdugos,
Férrea cuchilla, furibunda maza,
Lejana cárcel, sórdidos mendrugos,
¿Te arredrarán tal vez?
No, no; tú no te asustas, tú presentas,
Serena la mirada,
El pecho descubierto; mas ¿qué intentas?
Brilla la hoja siniestra de la espada;
La empuña tu altivez.

¡Deten, deten el brazo! No así calmas
La tempestad deshecha;
No así revivirán las muertas palmas
De la gloria cristiana, abriendo brecha
Al templo del amor.
La sangre que en los campos de batalla
En lucha fratricida
Corre á torrentes, el cañon que estalla
Vomitando los odios, no dan vida,
No dan virtud, ni honor.

De la impaciencia ó del feroz despecho
Los consejos no tomes,
Calma la ira en tu indignado pecho,
Que miéntras la pasion en ti no domes
La Cruz no vencerá.
Esa tormenta que los aires nubla,
Y con tristes alientos
El limpio espejo de la paz anubla,
No moverá de Cristo los cimientos,
Eterna no será.

¡Oh cristiano! Ante el Siglo diez y nueve
Tú no eres frágil caña,
No eres sueño fugaz, ó sombra leve,
Postrer delirio de la *vieja España;*
Tú eres el Bien, la Luz.
Tú desciendes de Dios, tú como Idea
Naciste en el Calvario;
Pariente de los mártires quien sea
Cual tú, que desafíe al mundo vario
Con sólo la alma Cruz.

¡Oh! ¡levanta ese signo de victoria,
Bandera del pasado
Que debe ser del porvenir la gloria!
Medita, opon virtudes del pecado
Al lúgubre furor.
Ora, pide, trabaja en bien del mundo,
Suaviza las costumbres,
Únete á Roma con amor profundo:
Que, tras la niebla, brillará en las cumbres
¡Eterno resplandor!

Mayo de 1875.

V

## PLEGARIA DE UN SACERDOTE.

Era la hora en que las sombras empiezan á luchar con la postrera luz de la tarde. La lámpara que ardía delante del altar del Sacramento, derramaba misteriosa claridad sobre las venerables estatuas de los santos. La soledad y apartamiento de la capilla, convidaban á la oracion. El jóven sacerdote, arrodillado en la grada, junto al basamento de una columna, lloraba silenciosamente; las lágrimas corrían á lo largo de su traje talar. Á la luz de la lámpara, se dibujaba en el muro su inclinada cabeza; y aparecian profundas en su rostro las huellas del dolor.

El ángel de la Esperanza, saliendo de la santa capilla, se puso á su lado; y con voz no conocida del comun de los mortales, le devolvía la calma celestial del espíritu. El jóven sacerdote recobró sus fuerzas, y, apartando de

su pensamiento las dolorosas imaginaciones que le entristecían, pidió, lleno de confianza en el Altísimo, el remedio de los males que afligen á la desgraciada generacion actual.

Y decía:

EÑOR, Señor, la Iglesia, nuestra Madre,
Goce de paz y de unidad sincera;
No haya rincon del mundo
Donde, más que al impío no le cuadre,
No enarbolen de Cristo la bandera.

El Anciano que rige sus destinos
Desde las ruinas de la vieja Roma,
Luz y atraccion del orbe,
Logrando enderezar nuestros caminos
Logre destruir del vicio la carcoma.

Los palacios do habita el Soberano
Vean entrar la alma Verdad gozosos,
Y salir para siempre
La enemiga lisonja, el fausto vano,
Y los del mal cortejos ominosos.

La santidad de la Justicia sea
De los estados la perenne guía;
De todos el derecho
Guardado por la Ley, al fin se vea
De príncipes y pueblos la armonía.

¡Paz, paz! ¡Lluvia de paz, Señor, descienda
Sobre los campos del marchito mundo!
¿Puede la guerra infame
Jamas hacer que, libre, el hombre entienda
Su alta mision y su deber profundo?

¡Paz, paz, oh Santo Dios! El pueblo gime
Bajo el yugo del mal, la guerra azota
Su desangrada espalda:
De Medicina tu bondad sublime
Envíenos siquier pequeña gota.

¡Paz, paz, oh Santo Dios! El Sacerdote
Sólo paz implorar hoy día sabe
Para su grey dispersa:
De las almas, Dios mío, salga á flote
La combatida y destrozada nave.

Surque esa nave las airadas ondas
Con libertad y de peligro ajena:
En medio los escollos,
¡Oh Dios!, tu cara por piedad no escondas,
No desdeñes del hombre la cruel pena.

Hay males en la vida que tu Verbo
Remediará con vigorosa mano;
Tu poder suave y fuerte
Sabrá trocar el lloro más acerbo
En rocío del mísero cristiano.

Yo lo espero, sí, sí; deja que abrigue
Mi corazon tan dulces esperanzas;
Veo tu Providencia
Que una Ley de bondad do quiera sigue;
Veo del mal el bien que siempre alcanzas.

Hay males en la vida que atesoran
Torrentes de amarguísima amargura;
Con cauces dilatados
El triste mundo de su hiel coloran,
Y el mortal nada en ellos sin ventura...

¡Señor, Señor! ¡Tu poderoso brazo
Nos levante y prevenga las caidas;
Manifiesta tu gracia;
Une á los hombres con estrecho lazo!
¡Sean las huestes de Luzbel vencidas!

1875.

# MARÍA.

Donna, se' tanto grande, e tanto váli,
Che qual vuol grazia, e a te non ricorre,
Sua disianza vuol volar senz' ali.
La tua benignità non pur soccorre
A chi dimanda, ma molte fiate
Liberamente al dimandar precorre.
In te misericordia, in te pietate,
In te magnificenza, in te s' aduna
Quantunque in creatura è di bontate.

(Il Paradiso.—Canto XXXIII.)

## VI

# ¡AMOR MÍO!

Mater pulchræ dilectionis,
Et agnitionis,
Et sanctæ spei.

—Madre del amor hermoso, y de la ciencia, y de la santa esperanza.

(Eclesiást. Cap. XXIV.)

lla sola es mi amor; desde la cuna
Mi cariño infantil la consagré,
Y á pesar de vaivenes y fortuna
Hasta el sepulcro en mí lo guardaré.

¡Sí!; que cuando las flores de la infancia
Brotaban de mi sér en derredor,
Sentí en el pecho la sin par fragancia,
La corriente purísima de amor.

Mi pobre sér sintióse conmovido,
Y amé con tal ardor, con tal virtud,
Que de amor santo el corazon henchido,
Á ella sus flores da mi juventud.

Por Ella gozo suaves emociones,
Por Ella tiene un luminar mi día,
Por Ella entona plácidas canciones
De religion y paz la musa mía.

Si la tristeza alguna vez los cielos
Cubre con su fatídico nublado,
Mi Amada invoco, y rásganse los velos,
Y serénase el aire conturbado:

La tempestad del corazon se acalla,
Y brilla el sol en los revueltos mares,
Y el alma que moría en la batalla
Respira en bosquecillos de azahares.

¡Sabéis cuánto la quiere el pecho mio!
Veo en Ella la luz, la ley, la gloria;
De haberla desamado por desvío
No me remuerde la crüel memoria.

Mi Amada en Sí todo lo bello aduna,
¡Oh! no hay belleza que á su Sér no cuadre;
Bella como los rayos de la luna,
Bella cual para el niño lo es la madre.

El alba dió á su rostro los colores,
Dió frescura á su tez la primavera,
En sus ojos anidan los amores,
La gaya luz formó su cabellera.

¡Mi Amada es Vírgen! El pincel valiente
Sus gracias no se atreve á bosquejar;
Es una nubecilla del oriente,
Copo de espuma de tranquilo mar.

En la presencia suya más me alegro
Que en el hogar felice de la aldea,
Más que no goza el corazon del negro
Cuando la libertad por él pelea.

La tierra y sus tesoros no bastaran
Para saciar mi corazon ardiente,
Y Ella sólo hablará, y sus voces paran
Mis violentos latidos de repente.

¡Cuánta delicia en su mirada cabe!
¡Cuánta dulzura su palabra encierra!
Ebrio de dicha el corazon lo sabe,
Ebria de amor os lo dirá la tierra.

Dios que creóla pura, inmaculada,
Se complace en llamarla: Madre mía.
¡Oh dulcísimo nombre de mi Amada,
Santa Vírgen de Dios, SANTA MARÍA!!

Abril 1872.

# VII

## Á LA INMACULADA CONCEPCION.

ODA.

Tuos simplices
Pueros congrega,
Ad sanctè laudandum,
Sinceré canendum,
Ore inoxio...
—Á tus amables niños
Santamente congrega,
Para entonar humildes
A la Bondad excelsa,
Las puras alabanzas
De la cancion sincera.
(CLEMENTE ALEJANDRINO.)

ESCUCHA, Vírgen santa,
Los ecos religiosos de mi lira;
Escucha cómo canta
Mi pecho, que suspira,
Plegaria tierna que el Amor inspira.

Yo siento estremecerse
De gozo mis entrañas al nombrarte;
Yo siento enardecerse
Mi amor al noble Arte,
Cuando en tu imágen vengo á contemplarte.

Me postro, gran Señora,
Cabe las gradas de tu altar sencillo;
La lumbre de la aurora
De azul y de amarillo
Orla esa frente que soñó Murillo.

Hermosa, hermosa y pura
Vision del Ideal; mis tristes ojos
Ansían tu hermosura,
Y ante el alba, de hinojos,
Te ofrezco de mis flores los manojos.

Fuiste privilegiada
Entre las maravillas de este suelo;
Por el Padre formada
Para encantar el Cielo,
Y endulzar de los miseros el duelo.

Sus vívidos fulgores
Los globos del espacio no lanzaban,
Los mares tembladores
La luz no reflejaban,
Ni las fuentes los valles fecundaban;

Y Tú, sublime hechura,
Estabas ya con Dios; ya el Pensamiento
De Dios en tu figura,
Más que en el firmamento,
Cifraba sus delicias y contento.

Por Reina te aclamaron
Los serafines con sus arpas de oro,
Y un himno te elevaron,
Como á único tesoro
Que mitigar habías nuestro lloro.

En sus maternos brazos
La gracia te sostuvo INMACULADA;
Y evitaste los lazos
Que la Soberbia hinchada
Tendió á la humanidad en su alborada.

¡Oh Misterio inefable!
¡Adoradle, oh espíritus del Cielo!
¡Cántico perdurable
Despréndase del suelo,
De las nubes traspase el claro velo;

Suba, suba armonioso
De la ciudad, del mar, de la espesura;
Y en ritmo cadencioso
Espire con dulzura
Al pié del trono de la Vírgen pura!...

Eres Hija, Señora,
Del Padre de los séres, la escogida;
Y en la sublime hora
Que fuiste concebida
Saltó la Tierra de placer henchida.

Viérante los Profetas
Calzado el pié con la brillante luna;
Tu frente los planetas
Orlaban, cual ninguna
Vencedora del mal y su fortuna.

Vencedora contino
De la infernal serpiente, que asechanza
Prepara en tu camino;
Tú frustras su esperanza,
Tú derribas su indómita pujanza.

Eclipsar tu Pureza,
Esa joya inmortal de lo creado,
Pretendió en su vileza
De afanes perturbado,
Satan, con sombra del primer pecado.

Prevalecer no pudo,
¡No!; que eres Tú la Virgen poderosa...
Oh Roma, fuerte escudo
De la Fe victoriosa,
Habla á mi fantasía fervorosa.

Tus muros solitarios,
Tus arcos y bellezas de otros dias,
Tus templos centenarios,
Tus sepulcrales vías,
Repitieron las grandes armonías:

La multitud ingente,
Los prelados del orbe, el venerable
Pontífice ferviente,
Con grito memorable
Á la Vírgen clamaban INTACHABLE.

¿Quién, quién el suave gozo
Del alma no recuerda, en aquel día?
¿Quién el justo alborozo
No demostró á porfía
De su sangre cristiana por María?

¡María!... Si tu Nombre,
Tu solo Nombre, oh Luz de los mortales,
Aleja ya del hombre
Los iracundos males,
Le enriquece de dones celestiales.

Genio del Cristianismo,
Fortaleces la Iglesia verdadera;
Del hórrido ateísmo
Detienes la carrera,
Y del Justo levantas la bandera.

¡Salud!, hermoso lirio
De los valles del Cielo, fuente clara;
¡Yo te amo; y con delirio
Siempre yo te cantara,
Siempre tus perfecciones publicara!

Por Ti mi pecho late,
Por Ti late tambien la patria mia,
Mas el dolor la abate;
¡Bendícenos, María;
Llévanos de la mano, dulce guía!

8 Diciembre 1871.

# VIII

## LAS ANGUSTIAS.

Non miremini, fratres, quod Maria martyr in anima fuisse dicatur... Fecit et hoc charitas, cui, post illam (charitatem Christi) similis altera non fuit.

—No os admiréis, hermanos, si decimos que María fué mártir en el alma... Estos martirios causó un amor tal, que nunca, á excepcion del de Jesucristo, ha existido otro semejante.

(San Bernardo.—Sermon de las Doce Estrellas.)

Ahora, hija de Sion, tu faz sonríe,
Y flores brotar hace en las alturas?
¡Imposible, mi bien! Cubrir áun deben
Esa frente el dolor, que nunca ríe,
Esos ojos las grandes amarguras,
Que no los siglos á borrar se atreven.
Infelices que beben,
Cual Tú, en el ancho mar del infortunio,
Jamas el gusto olvidan de las aguas
Impuras hechas por ardiente junio.
El sello, del pesar forjado en fraguas

Y en semblantes purísimos impreso,
Jamas se borra de la dicha al beso...

¿No recuerdas, Señora, aquel gran día
De la humana salud, cuando, mecido
Por el aura gimiente de la tarde,
El Redentor universal moría?
El cielo no alumbraba, entristecido;
Clamaba el valle; y el motin cobarde,
Haciendo rudo alarde
De su mal corazon, os insultaba.
La Cruz del Hombre-Dios sobre el Calvário
Como altar sacrosanto se elevaba,
De los pasados siglos cual sudario,
De los futuros siglos cual memoria,
Ara formando de expiacion y gloria.

Sentada entónces en la dura peña,
Las heces del sarcasmo recibiendo,
Madre de las angustias te llamaron
Los genios del Dolor; la berroqueña
Conmovióse, tal vez tu rostro viendo;
Los árboles del monte se inclinaron;
Y su ansiedad mostraron
Las insensibles nubes de los cielos,
Al acudir de los profundos valles
Tu tristeza á velar y desconsuelos.
Así el Profeta las derruidas calles
Y el templo de Sion enternecía,
Con endechas que el eco respondía.

¡Oh! Cruel, muy cruel el corazon del hombre
Contigo se portó; sus necias iras
Ensayó sobre Ti con fiero estrago.
Allí, en aquel peñasco sin renombre,
Romanas huestes y legiones siras
Del infierno refuerzan el amago;
Y en ponzoñoso lago
Embriagan de irrision el alma tuya.
Y allí los hijos del antiguo mundo,
Los que gritaron férvido aleluya,
Con movimiento de placer inmundo
Esa montaña armados corretean,
Y tabernario insulto á Ti vocean.

¡Oh! que mi lira voz del sentimiento,
Eco del infortunio y la desgracia,
Trasunto del dolor agora sea;
Del Cristianismo poderoso aliento,
Inspiracion de la divina gracia,
Del arpa real del vate que pasea
La tierra de Judea...
¡Cómo, Señora, los recuerdos santos
De otros mejores días y felices,
Suspiran cabe Ti dolientes cantos
Que en genios se trasforman infelices!
¡Cómo, ay, Señora, la Pasion de tu Hijo
Te oprime el pecho con afan prolijo!

Tú le viste, de turbas rodeado,
Subir de ese peñon el alta cuesta,

Sangre chorreando en las fangosas vías.
Entre espinosos áloes arrastrado,
Como gacela del desierto enhiesta
Que el negro cazador en las umbrías
Abate con porfías;
Como vasija rota Tú le viste,
Al dejar de Salem los ímpios techos,
Y mirada amarguísima le diste,
Miéntras los grandes, en furor deshechos,
Le atropellan al pié del monte Moria,
Y azuzan viles la plebeya escoria.

Y aquella noble Víctima, cordero
De santa expiacion, era TU HIJO,
Tú eras SU MADRE, celestial Señora.
Las ruinas de Belen, el gran lucero,
Los reyes del oriente, todo fijo
Presentóse á tu mente soñadora:
Y, con faz seductora,
De la gracia de Dios místico halago,
Mostrando de sus glorias la ufanía,
Eran recuerdo de placeres vago,
Dulces memorias de un alegre dia;
Como la luz de fugitiva estrella
Recuerda la del sol ardiente y bella.

Pasó la hora de tercia; viene oscura
La noche con sus pliegues y quebranto;
Viene la turbulencia de los mundos;
Se aterran los collados y llanura;

Heridos de pavor y frío espanto,
Rechinarán los antros más profundos
Con gritos iracundos...
Se apaga el Sol; la sangre se arrebola
De la Luna en la faz; el orbe gime...
Tú desmayada, sin color, y sola,
Ves de Natura la afliccion sublime.
Pero ¡ay! más que este globo ya deshecho
Tiembla tu corazon, pedazos hecho.

¡Ay! que en verdad lo dije, Madre nuestra:
¿Hora en el Cielo, á los vivientes rayos
De esos tus ojos, brota la alegría?
¡Imposible, mi bien! Áun la siniestra
Imágen de los lánguidos desmayos,
Y de Cristo espirante la agonía,
Hasta Ti se abren vía;
Áun del Dios-Hombre la postrer palabra
Suena en tu corazon conmovedora,
Y un paraíso de venturas labra
Para sí el hombre que contigo llora;
¡Áun resuena en tu pecho enternecido
Que hijos de tu dolor hemos nacido!...

Señora: ante tu imágen de la Angustia,
Cuentan que un día un español guerrero
Armas depuso y militar grandeza. (1)
Inclinábase España, entónces mustia;

(1) D. Juan de Austria, en Granada.

Y Tú, María, su valor primero
Tornaste, y á sus héroes la braveza;
Y hollaste la fiereza
De las rebeldes Alpujarras moras,
Dando á sentir á la española gente
Parte de los consuelos que atesoras,
Mitigando su acíbar juntamente:
Oh Madre, Madre, enjuga nuestro llanto
Ruégote al terminar mi triste canto.

Julio 1870.

# IX

## Á LA VÍRGEN DE LAS MERCEDES.

ORACION EN LA MONTAÑA.

*Premiada por la Academia bibliográfico-mariana de Lérida, en 1869.*

> Præsta, quæsumus, ut... à peccatis omnibus, et captivitate dæmonis liberemur.
>
> —Haz que nos veamos libres de los pecados, y de la cautividad del demonio.
>
> (La Iglesia.)

ÍRGEN mia, la reina de la mansion gloriosa,
Tú que al yermo das flores y al corazon ventura,
Tú que de los esclavos suavizas la amargura,
Vírgen del alma mia, escucha mi cantar.

Yo vengo á suplicarte perdon para la Europa,
Rendida bajo el yugo del infernal pecado;
Porque al pasar he visto sobre el pavés, laureado,
En brazos de los viles, al pérfido reinar.

De rodillas me postro; mírame, gran Señora,
Cabe tu altar fundado so rústica techumbre;
El agua del arroyo que lame esta alta cumbre
Inspirará á mi mente feliz contemplacion.
Solo estoy; tu ministro de saludarte acaba;
Y, envuelto en el perfume fugaz del incensario,
Mi canto hacia tu trono se eleva solitario;
Recibe, tierna Madre, piadosa mi oracion.

De la ciudad he huído, me aqueja su algazara,
Un manto de tristeza mi corazon rodea,
Hasta esquivé el bullicio de la mezquina aldea,
Y en esta pobre ermita hoy vengo á reposar.
Aquí descubro el valle y el prado en lontananza,
Tendiéndose á lo largo de los oscuros montes;
Aquí veré tan sólo, por límpios horizontes,
Las sierras azuladas, las sábanas del mar.

No hay miedo que sorprenda mi religioso oído
Aquí de los malvados la elocucion profana;
No hay miedo que, al enviarnos la luz de la mañana
El Creador benigno, se turbe mi oracion,
Oyendo de los labios del engañado pobre
Alzarse contra el cielo la maldicion impía;
No hay miedo que, al perderse por el ocaso el día,
Las farsas del incrédulo aturdan mi razon.

¡Oh, sí!; los moradores de la ciudad me abruman,
Con su falaz lenguaje hastíanme do quiera;
Del mal enarbolando la sórdida bandera,
Tu nombre sólo aciertan, María, á blasfemar.
¡Ah! ¿no lo ves, oh Vírgen?—Á veces cubre el suelo
La turba clamorosa por calles y por salas,
Y un orador soberbio, de la ambicion en alas,
Las creencias de sus padres emprende socavar.

¿No lo has visto, Señora?—El mar hendiendo, vino
De Albion y de Ginebra audaz el emisario,
Y prevenido trae el fúnebre sudario
Con que la fe de España se jacta de cubrir;
Y habla mal del anciano que mora, el bien haciendo,
Entre las catacumbas de la afligida Roma;
Habla mal del pontífice, en quien la paz asoma
Y su única esperanza ve el orbe sonreír.

En iracundas hojas la libertad vocean
Ser hija de los cismas, joyel del ateísmo;
En libros á millares, cual flor del despotismo
La pura fe cristiana pretenden retratar.
Y esa mentira infame, oprobio de la imprenta,
Ese aborto del crimen por la doblez cegado,
Á conmover se atreve las glorias del pasado,
Y se la ve triunfante los ámbitos cruzar.

Ahoga ese aire fétido de la ciudad impura,
De vil materialismo cogida entre las redes.
¡Oh! ¡cuánto de fatiga, laurel de las Mercedes,
Está presente á España! ¡Oh! ¡cuánto de dolor!
La esclavitud se acerca... libértanos, Señora;
¡Oh! ¡quién se viera salvo de sus inicuas manos!
¡Oh! ¡quién, bajo estas bóvedas, vivientes los lejanos
Históricos recuerdos volviera en tu lóor!

¿Recuerdas, Madre mía, los renombrados siglos?
¿Recuerdas, santa Madre, las glorias catalanas?
Al són de nuestras armas, las tribus más lejanas
Oyeron en sus tiendas tu santa invocacion.
Era tu culto grande, porque mi patria lo era;
Tu imágen las galeras guiaba á la victoria;
Veíate en sus sueños, y á tu divina gloria
Las suyas enlazaba Don Jaime el de Aragon.

Brillaban dos Raimundos. La tierra mallorquina,
Del bosque cual aromas, cual brisas de los mares,
Al Dios del Universo enviaba los cantares
De Lull, el noble asceta, del yermo viva luz.
En tierra catalana de Peñafort la antorcha
Ardía derramando su luz por las naciones.
Señora, como buenos asaz los dos varones
Tu nombre propagaban, la Religion, la Cruz.

¡Qué cambio! Aquellos héroes hoy ven á nuestro siglo
De la embriaguez atea de hinojos ante el ara...
Si en círculos mundanos tu nombre pronunciara,
Con torpe indiferencia reirianse de mí.
Que rían, oh Señora; enmudecer mis labios
No lograrán del mundo las burlas presuntuosas;
Ni de ambicion el lauro, ni del placer las rosas,
Ni la mentida ciencia me apartarán de Ti.

Para un cristiano pecho ¿qué son los atractivos,
Y encantos de la tierra, riquezas y blasones?
Progresos de la industria, políticas cuestiones,
¿Podéis á mi alma eterna de la otra vida hablar?
¿Qué sois para el espíritu? Viviente desengaño.
¿Qué oculta vuestro brillo? ¡Miseria y podredumbre!
No llegan, no, sus miasmas á esta enriscada cumbre;
Aquí de cerca puedo, María, á Ti clamar.

¡Ah! ¡cómo que me escuches! Un rayo de clemencia
Hacia mí ya despiden tus ojos divinales;
Halagan mis oídos palabras inmortales;
Una merced me ofreces lograr del Redentor.
¡Ah, no por mí, Señora, por todos te la pido!
¡La salvacion del mundo, la libertad de España!
¡Que reine en nuestra patria la Fe sin mezcla extraña!
¡Los pueblos enlazando, que reine el santo Amor!

Julio de 1869.

## COMENTARIO.

SCRIBÍ la anterior poesía al ver los desastres de la revolucion del 68. Entónces sus más fogosos propagandistas, se desataban en ardientes apóstrofes contra lo santo y sagrado. Las blasfemias, los dicterios que se prodigaban á los objetos más queridos del alma cristiana; las tumultuosas escenas en que se maldecía de Dios y de la Vírgen; los odios, que estallaban feroces contra el culto y sus ministros; las manifestaciones en que un pueblo universalmente cristiano, pero á la sazon seducido, pedía á grandes voces, sin necesidad alguna, la libertad de *todos* los cultos, igualando de este modo el error con la Verdad; las calamidades que llovían á torrentes sobre la patria, escarnecida en lo exterior, y en lo interior por facciones y partidos desgarrada; todo infundia pavor, moviendo al alma que no quería ser envuelta en aquel temporal de tinieblas, ni caer en lagos de cieno, á reconcentrarse en su conciencia, á huir del tumulto de las ciudades, y acudir á la que es dulce esperanza del corazon atribulado: MARÍA.

María, es la libertadora de los cautivos; es la que en las orillas del Ebro, en la ínclita Zaragoza, inició el movimiento del Cristianismo en España; la que en las orillas del Tajo, en la imperial Toledo, impulsó hacia el bien á los representantes de la raza goda; la que en Covadonga y en la Peña de Francia comenzó la restauracion de la Monarquía, defendiéndola de los alfanjes sarracenos; la que ha sostenido siempre á la nacion en sus desgracias,

y le ha dado remedio en sus quebrantos. La Santa Virgen es la que en Barcelona, con el rey Don Jaime, con San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, santificó la abolicion de la esclavitud; la que despues, en Monserrat, nos libertó de la invasion extranjera. María es la gloria, la esperanza y el honor de nuestro pueblo. ¡Séame dado ensalzarla y glorificarla infinitas veces, á Ella, constante redentora de los cautivos!

Noviembre 75.

# ÁNGELUS DÓMINI...

Ella decía: El ave que canta y el árbol que susurra dicen el nombre del Señor.—Ellas respondían: El incienso, el sacerdote y el órgano dicen tres veces el nombre de María.
(M. Milá.—Himno matinal.)

## I

AL ALBA.

Con la luz de la mañana
Saludemos al Señor;
Y á la Vírgen soberana
Recordemos nuestro amor.

El enviado celestial
Su mensaje dió á María;
Y en el Seno virginal
Se encarnó la Luz del Día.

Del Espíritu obra bella,
Portentosa Concepcion;
Dios del fiero mal, por Ella,
Guarde mi alma y corazon.

II

Á MEDIODÍA.

Al cénit el sol llegado
Rayos de calor envía;
Loemos al que lo ha dado;
Saludemos á María.

Al anuncio salvador,
Dijo la que el bien nos labra:
«Soy la esclava del Señor;
Cúmplase en mí su palabra.»

Maravilla de humildad,
Casta Vírgen, mi Señora,
Por tu excelsa dignidad
Salva al pobre que te implora.

III

AL CAER LA TARDE.

Del bronce la voz sagrada
Oigo otra vez resonar;
La luz se muere, á mi Amada
Quiero otra vez saludar.

En sus vírgenes entrañas
El Verbo carne tomó,
Y en palacios y en cabañas
Con los hombres conversó.

¡Gloria sempiterna al Padre,
Y al Hijo, y al Paracleto;
Por la oracion de su Madre
Dios nos dé triunfo completo!

1875.

# LA VIDA CATÓLICA.

Dichoso el corazon enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento;
Por Él renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento;
Áun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento:
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

(SANTA TERESA.—Poesías.)

## XI

# LAS TRES DONCELLAS.

Fides, Spes, Charitas, tria hæc; major autem horum est Charitas.

—La Fe, la Esperanza y la Caridad, tres excelentísimas virtudes: la mayor es la Caridad.

(San Pablo.—I ad Cor. cap. XIII.)

De la vida en la lóbrega senda
Errante va el hombre con rudo vaiven;
Tres doncellas bajando del cielo
Sus pasos dirigen, alientan su sér.

Es la una de rostro sublime,
De grave mirada, de rígido andar;
Alas lleva en la fulgida espalda,
Y antorcha en la mano de luz celestial.

Es la otra un espíritu puro,
Que siempre sonríe cual rayo de sol;
Juguetea delante del hombre,
Y el campo desbroza, cogiendo la flor.

La tercera una lágrima vierte,
Que cura las llagas del triste mortal;
Y le dicen la Fe y la Esperanza:
Salud, dulce hermana; salud, Caridad.

Noviembre 1881.

## XII

# EL RÍO DE LA GRACIA.

Fluminis impetus lætificat civitatem Dei.
—Rio impetuoso alegra la ciudad de Dios.

(Salmo XLV.)

I

JUNTO al trono del Señor
Que las gentes redimiera,
Brota caudaloso río,
Al impulso de su Diestra.
Del celestial Eden,
Cruzando verdes florestas,
Entre plateadas márgenes,
Desciende el río á la tierra.
Al contacto de sus ondas
Se regocija el planeta;
El río partido en siete
Los dos hemisferios riega.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

II

Á bañarse en el primero
Viene multitud inmensa,
Del oriente, de occidente,
De las hiperbóreas sierras.
Los ciegos vista reciben,
Los muertos hán vida nueva;
Todos los males del alma
Tras sí las aguas se llevan.
Los lavados, en sus frentes
Señal indeleble muestran;
Y abre para cobijarlos
Dios de su alcázar las puertas.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

III

En el alcázar divino
Los capitanes se sientan,
Que en nombre del Rey del Cielo
Los escuadrones ordenan.
Vístenles fuerte coraza,
Danles escudo de guerra,
Y mándanles que se laven
En la segunda ribera.
Para emprender de la vida
La crudísima pelea,
De las aguas los guerreros
Salen con más fortaleza.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

IV

Á la luz del sol naciente,
Miles penados se acercan
Al tercer arroyo, en donde
El santo ministro espera.
Soplan iracundas ráfagas
Que Luzbel desencadena,
Mas á la sacra piscina
Impulso de Dios los lleva.
El contacto de las aguas
Rompe grillos y cadenas;
Recobran los pobres presos
La libertad placentera.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

V

El sol alumbrando el mundo
Como diamante chispea;
Brilla el azul firmamenro
Como pabellon de seda.
Junto á la cuarta corriente
Suave música resuena;
Con las hojas de los sauces
Los céfiros juguetean.
Alto misterio las almas
Enamoradas celebran;
Jesus se les dió en convite,
Agua viva las alienta.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

VI

Baja de la Altura un ángel
Como flamígera estrella,
Que de claridad del cielo
El vasto desierto puebla.
Palma de combate vibra
En su esplendorosa diestra,
Y el sello de los electos
Sostiene en la mano izquierda.
Orillas del quinto río
Á los escogidos sella,
Y los nuevos sacerdotes
La palma gloriosa besan.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

VII

Con la bendicion del Padre
Moja el invierno la tierra,
Y las semillas naciendo
Llaman á la primavera.
Con la bendicion del Padre,
El amor planta su tienda
En este valle de lágrimas,
Para con todos verterlas.
Con la bendicion del Padre
La familia se acrecienta,
Beben las generaciones
De gracia en la fuente sexta.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

VIII

Y cuando de nuestra vida
Viene la hora postrimera,
Cerrando para los hombres
De la luz las áureas puertas;
Cuando anuncia la campana
De la Eternidad presencia,
Y la muerte se coloca
Del lecho á la cabecera;
El cristal del río séptimo
Vivifica al alma enferma;
Sonríele la esperanza,
Los ángeles la recrean.
¡Cuánto secreto de amor
Las rojas linfas encierran!

1881.

## XIII

# CAMINO DE PERFECCION.

¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro Enseñador, que nunca un punto se vió sin ellas!... Mas ¡qué desatino ponerme yo á loar mortificacion y humildad, y humildad ó mortificacion; estando tan loadas del Rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos!

(SANTA TERESA.—Camino de Perfeccion; cap. XV.)

ODA humana criatura
Reconozca por destino,
Seguir el cierto camino
Que la conduce á la Altura.
Si con reflexion madura
Elige, en debidos modos,
El más seguro entre todos;
Aunque mísero mortal,
Logra su fin principal
Y evita mundanos lodos.

Jesus la enseñanza diera;
«Yo soy, dijo, vuestra Vía;
Yo soy la Verdad que os guía;
Soy del mundo la lumbrera.
Yo levanto la bandera
De la humana perfeccion:
Renunciad de corazon
Al mundo de la mentira,
Y tomad mi Cruz, que inspira
La sed de la salvacion.»

Enciende santos anhelos
De Cristo la gran palabra,
Y en los corazones labra
La aspiracion de los cielos.
Se rasgan tupidos velos
Del alma á los claros ojos;
Y si lleno está de abrojos
El misterioso camino,
Dios con su aliento divino
Harálo correr de hinojos.

Ya la púdica doncella
Viene al templo presurosa,
La tez de color de rosa,
La frente como una estrella.
El relámpago destella
Del Amor en su mirada,
Amor de la desposada
Con el Hombre de la Cruz,
Amor envuelto en la luz
De la celeste morada.

La novia ciñe de flores
Sencillísima corona,
Cuyos perfumes abona
El ángel de los amores.
Los más finos amadores
De la celestial Sïon
Demuestran su admiracion
En armoniosos cantares,
Miéntras pone en los altares
Ella su místico dón.

Y ¿qué ofrece, Dios bendito?
Guardar la eterna pureza,
La virginal entereza,
El lirio nunca marchito.
Ni pensamiento precito,
Ni la ilusion del deseo,
Ni el mínimo devaneo
Del alma en silencio y sola,
Manchar deben la alba estola
Del consagrado himeneo.

De brillantes vestiduras
Y mundanal atavío,
Se despoja con desvío,
Despreciando sus venturas.
Como de nieblas impuras
Se desciñe la mañana,
Y se muestra limpia, ufana,
La faz del sol esplendente,
Así su mística frente
Se revela soberana.

«Adios quedad, los amores
Del mundo y sus alegrías,
Bulliciosas melodías
De soñados ruiseñores.
Adios quedad, resplandores
De la mundana belleza,
Corriente de la riqueza,
Fuegos de humana pasion,
Que sois todos ilusion
Y tristísima flaqueza.

«Conozco los precipicios
En que se derrumba el alma,
Engañada por la calma
Aparente de los vicios.
Muy pequeños sacrificios
De mí pretende el Esposo,
Para darme el amoroso
Beso de eternal victoria,
Tras la pena transitoria
De este mundo tenebroso.

«Suene la voz placentera
De la cuidosa campana;
Y la gótica ventana
Dé paso á la luz primera.
¡La penitencia severa,
La oracion no interrumpida,
La obediencia más rendida,
Serán efluvio constante
De este corazon amante,
Camino de eterna vida!»

Febrero 1882.

# XIV

## UNA MIRADA AL CIELO.

O fons amoris perpetui, quid dicam de Te? Quomodo potero tui oblivisci qui mei dignatus es recordari, etiam postquam contabui et perii?

—Oh fuente del eterno amor, ¿qué diré de Ti? ¿Cómo podré olvidarte si te dignaste no olvidarme, áun despues de mi consuncion y ruina?

(Imitacion de Cristo.—Lib. III: cap. 10.)

De santo eremita la larga oracion,
Con lágrimas muchas, al cielo subía;
La tarde era dulce, ligero movía
El viento en las hojas monótono són.
Pequeña corriente la pobre mansion
Rodea, saltando las ásperas lomas,
En cuyos esconces silvestres palomas
Arrullan murmurios de gloria y perdon.

Salió el ermitaño de barba canosa,
Y al pié recostóse de cruz bendecida;
Sus ojos llorosos, con pena crecida,
Se clavan en libro de ciencia abundosa.
Divina es la letra, de asaz portentosa
Palabra que al pecho devuelve la calma;
Y, en ella inspirada, consuélase el alma,
Previendo la dicha que espera gloriosa.

Del Verbo encarnado sentencias oíd:
«Felices los pobres, de espíritu puro;
Felices los mansos; para ellos seguro
Les guardo mi Reino, despues de la lid.
Del mundo engañoso por bélico ardid
Seréis perseguidos con saña implacable;
Feliz el que siente la sed insaciable
De lucha por Cristo, cual buen adalid...

«Vosotros, que penas lloráis sin consuelo,
Que andáis afanosos gimiendo en la tierra,
Venid, mi palabra los males destierra,
Mi bálsamo cura las llagas del suelo...
Venid, oprimidos; descórrase el velo
Que cubre la cara de triste amargura;
Mirad de la gloria la imágen más pura,
La calma serena del límpido cielo.»

Leyó el eremita; su rostro surcaron
Dos perlas ardientes, dos chispas de gloria;
Rodó por su mente la fe en la victoria,
Y brisas del cielo su faz orearon.
Del Verbo divino su pecho inflamaron
Promesas con sangre divina selladas;
Y, cual nubecillas del bosque exhaladas,
Al sol de la tarde sus ojos se alzaron.

Febrero 1882.

# XV

## CONFIANZA EN DIOS.

Confidite; ego vici mundum.
—Confiad; yo he vencido al mundo.
(San Juan. Cap. XVI.)

I

Cuando me vi de tigres asaltado,
Del desierto en la vasta soledad,
Exclamé, con el pecho lacerado:
¿Quién me libertará?

Parda niebla posóse en torno mío;
Una choza en el monte me ocultó;
Y, puesto en fuga el enemigo impío,
Grité: ¿quién como Dios?

II

Hervía el oleaje irresistible;
Azotaba mi barca el ronco mar;
Relumbraba el relámpago terrible:
¿Quién me socorrerá?

Frescas brisas calmaron las espumas.
Brilló tranquila meridiana luz;
Arco celeste apareció en las brumas:
¡Gracias, Señor Jesus!

Agosto 1882.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

# LIBRO TERCERO.

## PENSAMIENTOS MORALES.

# I

## LA JUVENTUD.

### SONETO.

Es la hija del vigor, bella y lozana,
Que en el campo del mundo se presenta,
Y gracias mil en su figura ostenta
De la vida en la célica mañana.
Destello de la Gloria soberana,
Todo á su luz vivísima se alienta;
Todo á su impulso cede y se violenta,
Rígido brazo de la fuerza humana.
Hierve la sangre en su sonoro pecho,
Como la savia en la arboleda umbría;
Le guarda el porvenir brillante suerte.
Mas ¡ay!, se acerca un nebuloso día;
Y esta vírgen, que hallaba el mundo estrecho,
¡Cabe en la estrecha fosa de la muerte!

1872.

## II

# EL ZAGAL.

### Letrilla.

Orillas del manso río
Que lame el cañaveral,
A la ninfa á quien amaba
Su amor primero expresaba
Un inocente zagal.

La pradera, el bosque umbrío
Por donde el agua corría,
Las cañas y la verdura
Le mostraba, y con ternura
Lleno de afan le decía:

«Quisiera que el sol divino
Que del monte se elevó,
Con su más ardiente rayo
Te ponderara mi amor.

«Quisiera que el aire leve
Que las flores animó,
Con su murmurar callado
Te ponderara mi amor.

«Quisiera que el jilguerillo
Que á los álamos voló,
Con su arpilla melodiosa
Te ponderara mi amor.

«Te dijeran que eres mia,
Que es mío tu corazon,
Que en tu fe mi fe reposa,
Que eres tú mi bien, mi amor.»

1867.

## III

## QUÉ ES AMOR.

ALEGRES pajarillos,
Posados en las ramas
Del árbol de la vega,
Que ardientes os besáis;
Y luégo por el valle,
De juncos y retamas,
Con el piquito breve,
La brizna concertáis;

Oh pájaros hermosos,
Que veo con la aurora
Volar cantando juntos,
Ajenos de dolor;

Decid, ¿en qué lenguaje
La arpilla vibradora
Saluda al compañero?
¿Decid, ¿qué es el Amor?

Pintadas florecillas,
Que en el jardin ameno,
Sobre el erguido tallo
Con gracia os inclináis;
Vosotras que el perfume
Del cáliz, siempre lleno
De misteriosa esencia,
Galantes derramáis;

Decidme, bellas flores
Que de la patria mía
Ornáis los anchos campos
De plácido color;
¿Qué os contáis al oído,
Si por la pradería
Viene volando el céfiro?
Decid, ¿qué es el Amor?

Ágiles corderillos,
Que en las estivas noches,
En el barbecho blando,
Tranquilos reposáis;
Paciendo yerbezuelas,
Rajando tiernos broches,
Orillas del arroyo,
Camino que cruzáis;

Decidme, corderillos,
Que la abundosa ubre
Chupáis, de las esquilas
Al rústico rumor;
¿Qué cosas inefables
Habláis con la que os cubre
Y os da su dulce néctar?
Decid, ¿qué es el Amor?

¿No es el estrecho lazo
Que á todos nos iguala,
Por fe del sacrificio,
Por dicha universal?
—Amor, tus bendiciones
Naturaleza exhala;
Eres de los mortales
Union con lo inmortal.

Agosto 1869.

## IV

# HIMNO DEL NIÑO AL DESPERTARSE.

ARMONÍA.

*(Original de Lamartine.)*

H Padre, á quien mi padre siempre adora!
Tú, á quien sólo de hinojos nombrar siento;
Tú, cuyo Nombre formidable y dulce
Inclinar hace de mi madre el pecho;

Dijeron que ese sol resplandeciente,
De tu poder es sólo débil juego;
Que bajo de tus piés se balancea,
Lámpara de granate pareciendo.

Dijeron que eres Tú quien de las aves
En los campos prepara el nacimiento;
Y, para que te alabe y te conozca,
Un alma das al niño pequeñuelo.

Que eres Tú quien produce las galanas
Flores de mi jardin tambien dijeron;
Y que, sin Ti, perpetuamente avaros,
Nunca fruto darían nuestros huertos.

Á probar esos dones que derrama
Tu bondad, invitaste al Universo;
Y en el festin alegre de Natura
Olvidado no queda un solo insecto.

El corderillo el sérpol ramonea,
Al citiso la cabra tiene apego,
La mosca chupa la sabrosa leche
Desde los bordes de mi vaso lleno;

La alondra tiene su granito amargo,
Que da el espigador al libre viento;
Sigue al ahechador el pajarillo;
Y el niño abraza de su madre el seno.

Para alcanzar los dones que perenne
Mandas aparecer, Señor, ¿qué haremos?
Por la tarde, la aurora, al mediodía,
Sólo pronunciar tu Nombre excelso.

¡Oh, Dios! ¡Tal Nombre, pavoroso al ángel,
Con balbuciente voz tartamudeo;
Pues ese Corazon que te enaltece
Hasta de un niño escucha los acentos!...

Que se complace en recibir los votos
Que la infancia presenta, me dijeron,
Por amor á la cándida inocencia
Que mostramos nosotros sin saberlo.

Cuentan que mis loores á su oído
Llegan, humildes como son, más presto;
Que somos de los ángeles retrato;
Que habitan esos ángeles el cielo.

¡Oh! si de tan lejano las plegarias
Que mi boca dirige, oye benévolo,
Yo quiero encomendarle los cuidados.
Pedirle sin cesar el bien ajeno.

¡Dios mio!, el agua á las sonoras fuentes,
Plumas al pajarillo da, te ruego;
Concede lana al tierno corderillo,
Sombra y rocío á los lejanos yermos.

Al mendigo da el pan por que suspira;
Da perfecta salud al triste enfermo;
Al huérfano que gime, una vivienda;
La ansiada libertad al prisionero.

Concede, oh Dios, una ejemplar familia
Al padre que venera en Ti á su Dueño;
Y á mí, para la dicha de mi madre,
Dame felicidad y juicio recto.

Bueno yo sea, como lo es el Niño
Que, en brazos de la Vírgen sonriendo,
En la Iglesia y al lado de mi cama,
Habla verdad, me dice, sé perfecto.

¡Que tu palabra el corazon madure,
Y sepa dócil, temeroso hacerlo;
Que se eleve mi voz á tus alturas,
Como las suaves nubes del incienso!

1867.

## COMENTARIO.

UCHAS poesías pudieran escribirse de este mismo género, indudablemente superiores á ésta. La poesía de la infancia no ha sido hallada aún. La Fontaine agría algo el espíritu de los niños; sus fábulas les inspiran más malicia que bondad, ningun afecto piadoso. El que hiciese el libro de cánticos de la infancia haría un libro bueno y bello. Los elementos de tal canto, sencillo sin afectacion é infantil sin puerilidad, se encuentran en Fenelon, en Bernardino de Saint Pierre, en Pluche, y en varios escritores ingleses. (En Castilla, Fernan Caballero, Trueba, Ventura Ruiz Aguilera; en Cataluña, Thos y Codina, y algun otro; en Mallorca, Guillermo Forteza.) Es preciso deletrear ante los niños las páginas de la Naturaleza, y cantarles en sencillas notas sus propias impresiones. Una mujer de genio debería intentar la composicion de ese libro.

V

# ABSALOM.

(HISTORIA HEBREA.)

Solo la virtud es gloria,
Solo la virtud diadema.
(***)

SALUD, sacrosanta orilla
Del Jordan, que serpenteas
Por antiguos olivares,
Por montecillos de arena.

Ruinas de siglos ya muertos,
Que el árabe señorea;
Donde el mísero judío
Su maldicion sobrelleva.

Salud, bíblicos paisajes,
En donde el alma recrean
Mil imágenes grandiosas,
Mil religiosas leyendas.

El viajero de occidente
Que entre vosotros se encuentra,
Desde espesos sicomoros,
Sobre la empinada sierra,

Contemplativo dirige
Su vista á la santa tierra,
Que ilustraron tantos héroes,
Que tantas glorias recuerda.

Moisés bajando del monte,
Josué parando la esfera,
Los solitarios del Líbano,
El arpa real del Profeta;

La voz poderosa y dulce
De Cristo en la Galilea,
La cuna del primer hombre,
La tumba de Dios excelsa;

Maravillas y recuerdos
De religion y belleza,
Que recorren los espacios
Ó de santidad los pueblan;

Y cual potente armonía
Los sentidos enagenan,
Al rumor de las corrientes
Que el mar de Tiberio ceban.

Salud, misteriosas grutas,
Que, en caractéres de piedra,
Áun guardáis de nuestros padres
La historia de las grandezas.

Salud, desiertos sagrados,
Emblemáticas palmeras,
Que del Cruzado valiente
Presenciasteis las proezas;

Áun del triste peregrino
Repetís la cantinela;
Áun mostráis de los infieles
La desastrosa violencia.

En alas del entusiasmo
Vagaré por vuestras selvas.
¡Coronen hojas de palma
Mi lira trovadoresca!

## I

### EL CONSEJO.

ESDE el muro de Salem,
Poderosa corte hebrea,
Al declinar una tarde
De la estacion de la siega,
Rumores de armas se oian,
De gentes de varia lengua,
De caballos y yeguadas
Que cubrian campos y eras.
Arqueros y tiradores
Con sus arcos y ballestas
Corrían calles y plazas,
Aprontados á la guerra.
La juventud diligente,
La pudorosa belleza,
La ancianidad pensadora,
La niñez de gozo llena,
Cual de un resorte impulsadas
Bulliciosas corretean,
Dando vivas al rey jóven,
Al rey viejo dando mueras.
La muchedumbre se apiña
Del real palacio á las puertas,
Edificio majestuoso
De arquitectura caldea,
Que al *rey* Absalom rebelde
Y á los Ancianos alberga;
Pues reunidos en Consejo
Los Ancianos de la tierra

Con los jeques de las tribus,
La rebelion acrecientan.
Allí estaba Achitophel,
El de la rara experiencia,
El de manejos bastardos,
El de política aviesa;
Que, para encumbrar su nombre,
De la lealtad á expensas,
Al servicio de los malos
Ponía su inteligencia.
Chusay de Arach allí estaba,
Rivalidad manifiesta
Con Achitophel de Gilo
Sosteniendo por prudencia.
Pues, oculto partidario
De David, tomaba en cuenta
Que el dictámen combatiendo
De Achitophel, si útil era,
Del rey por Dios instituido
Protegía las banderas.
Absalom, el rey hermoso,
De simpática presencia,
El de gallarda estatura
Y abundosa cabellera;
El príncipe más temido
Por su singular fiereza,
Cuyo nombre resonaba
Desde Dan á Bersabea;
El matador de su hermano
En venganza de su bella
Jóven hermana Thamar,
Ultrajada en su pureza;

Absalom, el ambicioso,
Que burlando la clemencia
De David, su augusto padre,
Alzaba en armas la tierra;
Hora en el Consejo, firme,
Los razonamientos pesa,
Fiado en aquellos jefes
Y en su militar braveza;
Mas no advierte que Dios mismo,
Protector de la inocencia
Y del derecho ultrajado,
Cegarle há por que no vea.
Achitophel, el mal sabio,
Decía de esta manera:
«Rey Absalom, si esta noche
Tu padre en la orilla izquierda
Del Jordan hace descanso,
Libre de nosotros fuera;
Pues bien, á cortarle el paso,
Ántes que allí se guarezca,
Saldré yo con mis valientes,
De diez mil á la cabeza.
Huirá sorprendido el pueblo
Que Joab capitanea,
Y herido será el mal padre
Y abandonado en la arena;
Y Judá como un solo hombre
Se postrará á tu presencia.»
Bien parece á los Ancianos
El plan; Absalom lo aprueba;
Chusay de Arach, sin embargo,
Se levanta con presteza,

Y rebate sus razones
Con impetuosa elocuencia.
«Ese plan, dice, oh Ancianos,
Es derrota manifiesta.
El hijo de Isay es noble,
Es valiente en la defensa;
Y una faja de amargura
Hoy su corazon rodea.
Si le acometéis, vendrá
Como embravecida fiera,
Y hará desmayar los nuestros,
Porque el dolor le dá fuerzas.
Oid el consejo mío:
Dejad que la otra ribera
Gane David esta noche;
Cuando la aurora amanezca,
Reünamos nuestra gente
Para las batallas diestra,
Muchedumbre innumerable
Como las libias arenas;
Tú, Príncipe, en medio de ellos
Serás su polar estrella;
Partiremos todos juntos,
Caeremos sobre sus tiendas,
Y al filo de nuestras armas
Resistir no habrá quien pueda.
Y si una ciudad le ampara,
La ceñiremos con cuerdas,
Y airados la arrastraremos
En masa á la torrentera.»
Esto oyendo, los Ancianos
Y Absalom: «Mejor sentencia

Es la de Chusay, dijeron;
Y la aplaudieron, siguiéndola.
Porque el Señor les quitaba
La luz de la inteligencia,
Para que el mal descendiese
Sobre la ingrata ralea.

## II

### EL PASO DEL JORDAN.

La noche su negro manto
Sobre los valles tendiera;
Bajo el rocío nocturno
Se inclinaban las violetas.
En el cendal de los cielos,
Como racimos de perlas,
Graciosos grupos formando,
Sonreían las estrellas.
Del Jordan hacia los vados
Caminaba el real Profeta,
Oprimido como nunca
Del dolor por las cadenas.
Seguíale su fiel pueblo,
Que había plegado tiendas,
Secretamente avisado
Por el levita Achiméyas
Del acuerdo que tomaran
Los jefes de la revuelta.
Abatidos, silenciosos,
Herida el alma de pena,
Sobre viejos dromedarios
El río á pasar empiezan.
Sólo Dios era su guía,
Sólo Dios su providencia.
El que da pasto á las águilas
Y á los cuervos en las selvas,
Les ha de tender su Brazo,
Protector de la inocencia.

La aurora con sus colores
El cielo teñía apénas,
Cuando acamparon los buenos
Del río en la orilla opuesta.
Marchas forzadas emprenden,
Y en Manaím se concentran,
Que es un campo atrincherado
Tras una llanura inmensa.
Luégo que llegado hubieron
De ellos el Señor se acuerda.
Vienen Sobí el Amonita,
Y Bercellay de Rogelia,
Y Machir, y generosos
Municiones les presentan.
Y aportáronles colchones,
Y de equipo muchas prendas,
Y harinas, trigo y cebada,
Vasijas de barro, y leña,
Y habas, y garbanzos fritos,
Miel, y terneros, y ovejas;
Y se lo dieron gustosos,
Que estaba la gente hambrienta.

BIBLIOTECA VIRGILIO DE ANDALUCÍA Granada

## III

### LA BATALLA.

L sol del siguiente día,
Al emprender su carrera,
Á librar campal batalla
Vió ambas huestes predispuestas.
Los de Israel, numerosos,
Al fin la márgen derecha
Del río pasado habían,
De Judá sobre las huellas.
Y de Galaad en los llanos
Plantando sus blancas tiendas,
Las señales aguardaban
De las bocinas guerreras.
El rey David, que refuerzos
De otras tribus recibiera,
Á ruegos del pueblo todo
Quedó en Naím de reserva.
Y, al partir los escuadrones,
De la ciudad en las puertas,
Con lágrimas les decía
Que la vida protegieran,
A todo trance, de su hijo,
Trayéndole á su presencia.
Buscábanse ambos ejércitos;
Y, avistadas las enseñas,
Trabóse mortal batalla,
Como de hermanos tremenda.
¡Oh encinares de Efraím,
Gelboé doliente y nueva,

¡amas fecundante lluvia
Sobre vosotros descienda!
¡Jamas rocío benéfico
Riegue esas cumbres maléficas!
¡Cómo cayeron los fuertes
Bañando en sangre las hierbas!
Ensanchóse la batalla;
Cubrieron el sol las flechas;
Cuanto á su brazo resiste
El pueblo fiel pisotea.
Y los barrancos del bosque,
Y del monte las laderas
Tragáronse los cadáveres,
Veinte mil que allí cayeran.
Huía, huía Absalom
Sobre un mulo, á duras penas,
Descorazonado, viendo
Rotas huír sus banderas.
Absalom, el más hermoso
Que había en la patria tierra;
El de la noble estatura;
De famosa cabellera,
Que en cada un año, al cortarla,
Á doscientos siclos llega;
Huía á todo correr,
Lastimada su conciencia,
Bosque á dentro, bosque á dentro,
Como africana gacela.
Mas la hora del castigo
De su crímen era aquella.
El mulo que le llevaba,
Asustadizo, se interna

So el gigantesco ramaje
De una encina corpulenta.
Y las ramas de la encina,
Como brazos de un atleta,
Por los cabellos al príncipe
Cogen, y colgante queda.
Esto vió un hombre, y corriendo
Á sus caudillos da cuenta,
Recordándoles ansioso
Del rey la súplica expresa.
«No será, dice Joab,
Como el rey David quisiera.»
Y tomando agudas lanzas,
Lleno de rabia proterva,
En el corazon las hinca
Del infeliz que allá cuelga.
Áun palpitaba; diez jóvenes
De la escolta delantera
De Joab fueron, y, á golpes
Acabaron su existencia;
Y con alborozo indigno,
Al sonar de las trompetas
Que el fin de la lid señalan,
Cavaron una gran huesa,
En donde, arrastrado el cuerpo
Cubrieron con viles piedras
Á aquel Absalom, que un día
Una columna erigiera
Para recordar su nombre
Á las gentes venideras.
¡Del justo Cielo castigo!
¡Oh desgarradora escena!

¿Y qué sentirá tu padre,
Jóven rebelde, las nuevas
¡Ay! al llegar de tu muerte
De Ma-Naím á las puertas?
¿Y qué dirán de Israel
Las naciones filisteas,
Las que su gloria cifraron
De Jacob en las afrentas?
¡No lo publiquéis, os ruego,
En las ciudades, no sea
Que goce el incircunciso
Y se alegren las doncellas
De Geth, por las ignominias
Que vuestro espíritu anegan!

Tal fué la suerte ominosa
De las rebeldes banderas;
Todos cayeron á impulso
De la vengadora Diestra.
¿Qué se hizo de Achitophel,
El de la orgullosa ciencia?
Ahorcándose, áun insepulto
Lo come la polvareda.
¿Qué se hizo del bravo Amasa,
Caudillo de prez y fuerza?
Perdióse en las espesuras,
Nadie su nombre recuerda.
Porque, Señor, Tú lo has dicho,
Del impío la existencia

Será cual tamo que el viento
Roba de la haz de la tierra.
SÓLO LA VIRTUD ES GLORIA,
SÓLO LA VIRTUD DIADEMA.

Diciembre 1870.

# VI

## TEMPLANZA Y DESPRENDIMIENTO.

Traduccion de la oda de Horacio que empieza: «*Nullus argento color est avaris...*»

Á CRISPO SALUSTIO.

RILLO no tiene la luciente plata
De la avarienta sepultada mina,
Crispo Salustio, si no luce en ella
Uso templado.

Vive en la historia Proculeyo, padre
De sus hermanos; su largueza le honra;
Nunca la fama su piedad sincera
Puso en olvido. (1)

(1) Proculeyo, caballero romano, cuñado de Mecénas, repartió los bienes entre sus hermanos, á quienes había dejado empobrecidos la guerra civil de César y Pompeyo.

Reina el que doma la ambicion innoble,
Más que si uniera la remota Gádes,
Ambas Cartagos y la vasta Libia,
Fúlgido cetro.

La hidropesía en ansiedad aumenta
Si satisfacen el deseo ardiente;
La sed no afloja si del triste cuerpo
No huye la causa.

Feliz no juzgues al crüel Fraátes,
Por más que el trono recobró de Persia;
Le alabe el vulgo; la virtud rechaza
Vítores falsos. (1)

Porque el reinado, y la segura gloria,
Y el lauro eterno sólo Dios concede
Al que ni áun mira los que ve delante,
Grandes tesoros.

1867.

(1) Fraátes fué restablecido por los Escitas en el trono de Ciro, de donde algunos años ántes había sido arrojado por sus maldades.

## VII

## A LA MEMORIA DE LAMARTINE.

† EN MARZO DE 1869.

Te vas?... La poesía
Huérfana llora en el terrestre suelo;
Contigo ella solía
De Europa suavizar el largo duelo.

Hora cantando el nido
De las aves del campo y los amores;
Hora, so el arco hendido,
La Religion, la patria, y los dolores.

Cantando las ternezas
Del corazon que muere solitario;
Los héroes, las grandezas
Que cubre de los tiempos el sudario...

¿No eras tú el que anhelaba
De la Francia arrancar la tiranía?
El fiero mal reinaba;
En abismos el bien se sumergía;

Mas el pueblo, atraído,
Escuchaba tu voz, y en la ribera
Del Sena, estremecido,
Del porvenir erguía la bandera.

Ya cuatro lustros fueron
Sobre tan alta gloria sepultados;
Los años esparcieron
De esta gloria los restos venerados.

¡Te vas! ¡Te vas!... ya subes
Á la patria inmortal de la hermosura;
Al Sér que, tras las nubes,
Anima de los mundos la estructura.

Y en la tierra francesa,
¿Quién guardará la libertad perdida?
¿Quién católica, ilesa,
Como el más puro amor de nuestra vida?

¡Ah! vuela...; el sentimiento
Sube á gozar de las felices almas,
Que, en plácido concento,
Te saludan, llevando verdes palmas.

¿No ves al de Florencia
Vate sublime en la radiante Altura?
Él la divina Esencia
Con el cisne de Mantua ver te augura.

La célica armonía
De los orbes penetra tu sentido;
Tu pecho se extasía,
Por las auras vivíficas henchido.

Ya te alumbra la aurora,
La alma luz que florece por el cielo
Y esos espacios dora...
Poeta, escucha mi ardoroso anhelo:

Yo soy un bardo oscuro
De la antigua Mallorca; mis acentos,
Plegarias que murmuro,
Los pierde el mar y sus veloces vientos;

Si en la noche callada,
Al rayo de la luna, demandare
Inspiracion sagrada;
Si al espacio mi voz, mi afan enviare;

Óyeme tú bondoso,
Genio de Lamartine; á la olvidada
Orilla do reposo,
Desciende, silenciosa á mi morada.

¡Y, juntos, hablaremos
De la eternal Belleza y Armonía;
Y á Dios preguntaremos
Si ha de venir de libertad el día!

1869.

## VIII

## A ZORRILLA.

*En la velada literaria que celebró el Ateneo Balear, en Noviembre de 1869, con motivo de la visita que le hacia el ilustre poeta.*

POBLE trovador, salud;
Habéis cruzado los mares,
Y traéis de los cantares
El gérmen y la virtud
Á los mallorquines lares.

Trovador, sed bien venido.
Cuentan que en país lejano, (1)
Del arpa vuestra el sonido
Ha el corazon conmovido,
Con su acento soberano.

(1) Méjico.

Cuentan que la patria historia
De la vieja edad narráis;
Y el laurel de nuestra gloria,
Con poética memoria,
Verde y lozano mostráis.

De los héroes de Castilla,
De los Sanchos é Isabelas,
Ensalzáis á maravilla,
Con sonoras cantinelas,
Las proezas sin mancilla.

¡Oh! si al gloriarse de vos
El renombre no se engaña,
Por cierto, habéis grata voz,
Sabéis hablarnos de España
Y elevarnos hasta Dios.

Alzar supisteis el velo
Que las historias cubría
Del Árabe, que este suelo
Con sus tiendas cubrió un día,
Sus Alhambras y su cielo.

Pintar supisteis la dicha
De las edades lejanas,
El amor é intrigas vanas,
Las cuitas y la desdicha
De las reinas y sultanas...

Trovador, si andáis errante
Ved de un jardin los linderos;
Frescura os brindan amante
Sus enramados oteros;
Formemos coro delante.

Es ésta una antigua tierra
Coronada de hermosura,
Que en sí tesoros encierra,
Por los llanos y la sierra,
De belleza y de cultura.

No os dejaremos pasar
De estos parques, advertid,
Si un ardoroso cantar
No nos queréis regalar,
Cisne de Valladolid.

Ved las tierras baleares;
Escuchad las armonías
Que se exhalan de sus mares,
De sus quebrados ramblares,
De sus torrentes y umbrías.

Yo sé que os place amorosas
Castellanas encontrar
Entre laureles y rosas;
Juro que las hay hermosas,
De ojos garzos como el mar.

Por las llanuras, al són
Del caramillo, en el prado,
Sorprenden el corazon
Los fantasmas del pasado,
Los recuerdos de Aragon.

En el áspera montaña
Surgen pobres los raudales,
Mas cada pico y cabaña
Revela tradicionales
Memorias y hechos de España.

Y ahí, so el arco abatido
De una iglesia casi en ruina,
Yace un cuerpo bendecido,
Que fué el honor más querido
De la patria lemosina. (1)

Formemos coro, pardiez,
Tomad el arpa preciosa;
Que os acompaña esta vez,
Bajo la alameda umbrosa,
Mallorquina sencillez.

Bardo, que cruzáis los mares,
Y venís á nuestros lares,
Para sembrar la virtud
Y el gérmen de los cantares
Noble trovador, ¡salud!

(1) Raimundo Lulio.

## IX

## LA LOCOMOTORA.

*(En la inauguracion del ferro-carril de Palma á Inca.)*

In viam pacis...
—Por el camino de la paz...
(San Lúcas.—Cap. II.)

Cubre la gente el suelo, la alegría
Rebosa hasta en los viejos corazones,
Huye del jóven pecho la apatía...
Los ásperos terrones,
Que fecundó el arado,
Se aplanan; desparece
El surco bienamado;
Truécase en hierro la sensible planta...;
Mas do crecieran reducidas mieses
La elegante Estacion hoy se levanta.

¡Gloria al trabajo! ¡Inmarcesible gloria
Al Genio creador! ¡Sobre Natura
Y sus fuerzas cantemos la victoria!
La débil criatura,
Del mundo los arcanos
Á conocer empieza;
Inventos soberanos
De Papin y de Watt corren los mares;
Y ya cruzan los campos de Mallorca,
Ya conmueven las tierras baleares...

Mirad; sobre las líneas va rodando
La máquina veloz, hasta lo sumo;
Suena el silbido, escápase silbando
Despavorido el humo;
Forma nubes, que dora
La luz del sol, y mecen
La audaz Locomotora.
El viento á disiparlas no se atreve;
Van á buscar á Dios, y le presentan
El incienso del siglo diez y nueve.

Ése es el monstruo de potente garra,
De agigantado cuerpo y larga cola;
Barco que rompe súbito la amarra;
Dragon de horrible gola.
La sangre que caldea
Sus arterias de hierro,
Del corazon chorrea
A grandes borbotones, que circulan
Activos é incansables, y la vida
Y el movimiento y la pasion regulan.

Suelta la crin, al paso de los vientos
El hipogrifo marcha; sus bufidos
Hacen temblar los duros pavimentos.
Pasa vastos ejidos,
Salta los anchos cauces,
Devora las llanuras,
Y con sus férreas fauces
Montes taladra, burla las montañas;
Y resuena su seco resoplido
Del valle más remoto en las cabañas.

El bello amor, el pensamiento humano,
El noble esfuerzo do la ciencia brilla,
Lleva en sí ese monstruo sobrehumano,
Del mundo maravilla,
La audaz Locomotora.
Para el mortal que sigue
Su fuerza voladora,
De la provincia una ciudad se hace,
Una provincia la nacion se torna,
Y una nacion del mundo todo nace.

¡Dejad, dejad que marche! ¡que retumbe
Desde Ulisipo hasta el nevado polo!
¡Dejad, dejad que su bramido zumbe
Desde el Neva al Pactolo!...
Si libre veis su paso,
El aceite bendito
De la patria del Taso
Las sienes ungirá del Turco fiero,
Y el vino de Jerez, en las pagodas,
Servirá al sacrificio verdadero.

¡Bondad de Dios!... Ella suprime mares,
Borra de los imperios las fronteras,
Del odio y la ignorancia seculares
Rechaza las barreras.
Del ocaso al oriente
Forma ya de los varios
Un solo continente;
Y del error y la barbarie insana
Destruye los compactos escuadrones,
Mostrándoles la luz, la Fe cristiana.

Mallorca, la region no conocida,
La más oscura de la patria ibera,
Hoy recibe, de gozo estremecida,
La visita primera,
Los primeros amores
De esa fuerza del siglo,
Los risueños albores
De un astro de benéfica esperanza;
Hoy se inaugura en la dorada Isla
Un porvenir de paz y bienandanza.

Se acerca ese gran bien; Dios nos auxilia,
El siglo nos impulsa, oh mallorquines.
Voz del cielo: olvidemos de familia
Las discordias ruines,
Los vicios engendrados
Por bastardas pasiones
De tiempos atrasados...
¡Desde el faro de Sóller hasta Randa,
De Andratx á Formentor seamos unos:
El progreso lo exige, Dios lo manda!

25 Febrero 1875.

# LAS ALMAS NOBLES.

## Á LOS ESCÉPTICOS.

Ni la Verdad, ni la Virtud han desaparecido de la tierra; buscadlas y las hallaréis.

(***)

### I

### LA MADRE.

Entremos en un cuartito
De esa vivienda malsana;
Y acompañadme, vosotros,
Los Diógenes de las almas;

Los que incrédulos negáis
De la virtud la constancia;
Que del sentimiento puro
Creéis la flor deshojada.

¿Veis esa mujer que hila
Pequeños copos de lana?
¿Conocéisla? Es una madre.
Triste está la pobre anciana.

Tiene un hijo, ¡ay infeliz!,
Que en el manicomio se halla;
Pero ella es madre, y ni un día
Deja de ver al que ama.

No quiere que el hijo suyo
Coma el pan de ajena casa;
Y trabaja, y suda, y vela,
Por ganarle una pitanza.

Madres, las que tenéis hijos,
Ved esa madre, imitadla;
El fuego de las virtudes
Le enardece las entrañas.

II

EL HERMANO.

A la vera del camino
Una choza se levanta;
Algunos olmos orean
Su viejo techo de paja.

De un labrador es refugio,
Que en ella las noches pasa,
Descansando á duras penas
Del rigor de la jornada.

Cuando la aurora ilumina
Las cimas de las montañas,
Él en el campo vecino
Ya blande la dura azada.

Con su constante trabajo
Del hogar la dicha labra,
Sostiene á su padre ciego
Y una jovencita hermana.

Con perseverante ahorro,
De la suerte de las armas
Se redimirá su hermano,
Que con él tambien trabaja.

Trabajadores, ejemplo
Tomad de esa digna casa.
¡La virtud áun se conserva
Bajo los techos de paja!

## III

### EL AMANTE.

DON Gonzalo, el caballero
Más noble de la comarca,
Así requiere de amores
Á Elisa, bella aldeana:

—Desde que te vi, encendido
Quedé de amor en las llamas.
—No habléis tal, mi señor conde.
—Lo que digo siente el alma.

—Corresponder no podría
Mi fe á la vuestra demanda.
—¿Por qué, paraíso mío?
—Vos soy conde, yo... soy nada.

¿Creéis que vuestra familia
Consintiera *tal infamia?*—
Don Gonzalo no responde,
Don Gonzalo se marchaba.

Mas una noche, triunfante,
Aunque destierros le valga,
Entrega la mano á Elisa,
Y con ella toda el alma.

El amor si es verdadero
Con imposibles batalla.
¡Áun la virtud se guarece
Del corazon en la estancia!

## IV

### EL MILITAR.

DIOS, amigos queridos,
Adios, mi madre adorada;
Voy á sostener incólume
El honor de nuestra causa.

Ya suena la voz de ¡marchen!,
Adios, el clarin nos llama;
Cuidad de la esposa mía;
Mi esposa de hoy es la patria.

El extranjero orgulloso
Su pabellon ultrajaba;
¡Adios! No aguardéis mi vuelta
Si libre no queda España.—

Y parte el noble soldado,
Desembainando la espada;
Y acaudilla valeroso
Su hueste en defensa brava.

Un proyectil le derriba;
Y cae, y la vida exhala;
Mas su sangre generosa
La independencia consagra.

¡Bien por el honrado jefe!
¡No lo olvidará la patria!
¡Áun la virtud no abandona
Á los hijos de la España!

## V

### EL MISIONERO.

UIÉN cruza el sombrío bosque
De esa tierra inexplorada?
¿Quién la recorre á deshora
Cuando el sol troncos abrasa?

Es un venerable anciano,
De cabellos como plata,
De traje de San Francisco,
De extensa y tupida barba.

Bajo del brazo un breviario,
En la mano una cruz alta,
Y un largo baston de viaje
En que su izquierda descansa.

Ese hombre dejó su nombre,
Dejó su madre y su patria,
Y voló, en nombre de Cristo,
Á desconocidas playas.

Se acerca al indio; le anuncia
La alteza del alma humana;
Y el salvaje estremecido
Besa la cruz, y se salva.

Oh glorias inmarcesibles
De la caridad cristiana.
¡Áun la virtud es la reina
De la terrestre morada!

## VI

LÉNESE el pecho de gozo;
La fe perdida renazca;
No se ría el vil escéptico
De nuestra edad desgraciada.

Caractéres hay viriles;
Áun hay, áun hay nobles almas;
No se pierda del progreso
La luminosa esperanza.

En las humildes guardillas,
En las chozas solitarias,
En los altivos palacios,
En las campestres cabañas;

En los esforzados tercios
De las legiones hispanas,
En los ángeles que anima
La Religion sacrosanta;

Áun hay almas vigorosas
Del Ideal enamoradas;
Dios no ha dejado este siglo;
¡Áun hay, áun hay NOBLES ALMAS!

Enero 1876.

## XI

## EL CETRO DEL ESPÍRITU.

SUCEDE al despertar, por la mañana,
Que, ántes que el sol las altas cumbres dore,
Se dilata el espíritu cual onda
Y forja mundos y entrevé visiones.

Hora recuerda los dorados sueños
Que le alegraron, la pasada noche;
Hora castillos mil alza en el aire,
Vanos fantasmas de soberbia mole.

El ayer y el mañana, revestidos
De vistosos ropajes de colores,
Le proclaman su dueño, y se le ofrecen
En brioso corcel tendido al trote.

Vienen y van, en rauda marejada,
Ideas en tropel, formas sin órden;
Y el alma se conmueve, á la presencia
De ignotas nunca vistas creaciones.

¿Qué son esas imágenes? ¿Qué quieren?
De la tierra y del cielo son vapores,
Que el espíritu, vuelto de la nada,
Por las mañanas con afan absorbe.

Con un hilo de luz ata los haces
De ideas el espíritu del hombre;
Y, dejando los sueños, con más alma
Vuelve á tomar la direccion del orbe.

Marzo 1878.

## XII

## ¿SUEÑO DE SUEÑOS?

Cuando las rojas nubes de occidente
Roban los rayos de la luz solar,
Y el día desparece lentamente,
Chispas lanzando en el tranquilo mar;
Sobre una roca, en la desierta playa,
Sentándome, al extremo del pinar,
La hermosura contemplo de la raya
Que dibuja la luz al espirar.

Melancólica y triste el alma mía
Pasa las horas últimas del día.

En el vacío sin color, que nada
Ni aun las estrellas vienen á cubrir,
Fija por largo tiempo la mirada,
Deseo el rastro de la luz seguir.

Me lanzo arriba, con osado vuelo,
Al espacio inmortal, sin luz, ni fin;
Recorro el mar, la tierra, el aire, el cielo,
Y abarco lo pasado y porvenir.

En deseos sin nombre el alma mía
Ve las tinieblas envolver al día.

Los entusiastas sueños de la gloria
Vienen mi corazon á perturbar;
Los recuerdos exaltan mi memoria,
Como la brisa que conmueve el mar.
Cuando desciendo de la noble altura,
Y me siento, cansado de vagar,
Veo romperse con la peña dura
Y en la penumbra el agua blanquear.

Entónces se pregunta el alma mía
Si todo muere como muere el día;
Si del mundo moral en lontananza
No asomará la eterna bienandanza;
Si acaso de la vida los ensueños
Sólo penumbra son, sueño de sueños.

—No puede ser.—¡La luz de la esperanza,
Que alumbra el triste suelo,
De Dios nos muestra el infalible cielo!

Marzo 1878.

## XIII

# LA ORACION.

*(Imitacion de Becquer.)*

Las caladas ojivas se estremecen;
Tiembla la luz en los pintados vidrios;
Nube de incienso el aire señorea:
La campana resuena por el valle,
Juntando al pié de Cristo á los labriegos;
Del seno de las rocas, matizadas
De profundo verdor, de entre las ruinas,
Cubiertas de lentiscos seculares,
Se levanta una voz de afecto llena,
Suäve brisa del humano espíritu,
Eco de tierno amor y de esperanza.
Mi corazon se alegra.—¿Qué sucede?
—Es la oracion, que sube.

Marzo 1878.

## XIV

## RECOMPENSA.

El aura de la noche, que penetra
En la alcoba del niño moribundo,
Recoge de la madre las ardientes
Lágrimas de dolor, y silva, y gime:

En escondido cuarto, la doncella
Palabras de virtud envía al cielo;
Y las recoge el aura de la noche,
Como el incienso de campestre iglesia:

En el hogar, bajo su humilde techo,
Trabaja aún el padre de familias;
Y el aura de la noche cariñosa
Como un pañuelo su sudor recoge:

¿Á dó van los suspiros y las lágrimas?
¿Á dó van las plegarias silenciosas?
¿Á dó van los sudores y quebrantos?
¿El aura acaso impía los disipe?
¡No; que los deja en manos del Eterno!

Marzo 1878.

## XV

# ¡MÁS ALLÁ!

Buscárale cuidoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los séres demandando
Por su Hacedor glorioso.
(MELÉNDEZ.—Á las estrellas.)

ERA una tarde, en el risueño Mayo;
Cerca mugía el rápido torrente;
El sol lanzaba su vibrante rayo
Sobre el campo, las flores y el parral.
Las rocas de granito destrozaban
En brillantes pedazos la corriente;
Y, al rumor de la linfa, se elevaban
Mis pensamientos al supremo ideal.

### LO QUE DICEN LAS FLORES.

«Poeta, nuestro lenguaje
No es extraño á tus oídos,
Tú conoces los gemidos
De la flor que muere ya.
Pero levanta la frente,
Pues si mustias hoy caemos,
El perfume desprendemos
Que se eleva *más allá*.»

### LO QUE DICEN LOS PÁJAROS.

«En los pintados almendros,
En los techos derruídos,
Fabricamos nuestros nidos,
Nuestro amor velando está.
Pero con el ala indómita
Al emprender raudo vuelo,
Entrevemos grande el cielo,
Y avanzamos *más allá*.»

### LO QUE DICEN LAS AGUAS.

«Al despeñarnos con ansia
De las rocas de la altura,
El cascajo en la llanura
Despedazándonos va.
Pero á medida que avanza
La corriente cristalina,
Al Occéano camina,
Se une con él *más allá*.»

¡El *más allá!* La eternidad, sin duda,
La inmensidad del Sér, la omnipotencia,
La caridad universal, la ciencia,
Que adora mi alma temblorosa y muda.
¡Ay! Lo creado gime
Por ir á su morada,
Con anhelo sublime,
Con ansia no saciada.
Existe. ¿No es verdad? Yo lo presiento;
Lo murmuran las aguas y las flores,
Lo cuenta el azulado firmamento,
Lo cantan los arpados ruiseñores;
Lo simboliza cuanto en torno miro,
Lo adivina lo intenso del deseo...
¡Verdad de un *más allá*, por ti suspiro!
¡Verdad de un *más allá*, siempre en ti creo!

La Vileta.—Marzo de 1878.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

# LIBRO CUARTO.

## VOZ DE LA HISTORIA.

# I

## LA CAÍDA DE LOS IMPERIOS.

MEDITACION.

Justitia elevat gentem; miseros autem facit populos peccatum.

—La justicia engrandece á las naciones; el pecado las hace miserables.
(PROVERBIOS.—Cap. XIV; vers. 34.)

COMO los ríos en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.»

Así pensaba yo, de afan turbado,
Una tarde de otoño nebulosa,
Orillas de un arroyo desbordado.

Con el poeta que cantó la rosa
Y las ruinas de Itálica, subía
Del tiempo á contemplar la faz dudosa.

El agua, que guijarros removía,
Huyendo entre las rocas bravamente,
Exaltaba mi jóven fantasía.

Desnudo tronco de álamo potente,
Mísera ruina de una pompa vana,
Arrebataba el líquido inclemente.

¿Es así, dije, la existencia humana;
Es así de los hombres la carrera,
Desde la cuna hasta la tumba insana?

De la Historia la voz oigo severa,
Sus palabras pesando una por una,
En la balanza justa y verdadera:

«Esta invasion de males importuna,
—Respondióme la Historia,—nos aguarda,
Desde el primer sollozo de la cuna.»

En la vida del hombre, nunca tarda
El horizonte á oscurecer ameno,
Présaga de tormenta, nube parda.

Ya de gran rey en el augusto seno,
Ya del mendigo en la mezquina choza,
Albérgase el dolor, de dudas lleno.

Tal de la ciencia los laureles goza;
Tal en riquezas ó en delicias nada...;
Cuchillo de dolor su pecho roza.

Porque es ley de la vida, por Dios dada,
Combatir sin descanso, y algun día
Ser en gloria inmortal recompensada.

Tambien los pueblos en el ancha vía
De la Historia, realizan su destino
Bajo esa ley de hidalga bizarría.

Contempla el variadísimo camino,
Que, del pasado en la intrincada selva,
Sigue la humanidad; ¡curso divino!

La luz de Dios tu oscuridad resuelva:
Dios y el hombre porfían en la Historia,
Hasta que el mundo á su Principio vuelva.

De los antiguos pueblos la memoria,
La marcha de los hombres y naciones,
Son de aquesta verdad ejecutoria.

Libre es el hombre; altísimas acciones
Salen de su cerebro concebidas,
Y funestas mortíferas pasiones.

Fuerzas despliega el alma desmedidas;
Y, juntas, al servicio de la idea,
Obedecen su voz despavoridas.

Desde York á la bárbara Guinea
El hombre vence los revueltos mares,
Los desiertos asiáticos rodea.

Armado cual Minerva, los azares
De la varia fortuna desafía;
Espolean su ardor negros pesares.

Y en la lucha titánica, bravía,
Que traba con los hijos de Natura,
El hombre marcha; el Hacedor le guía. (1)

La Providencia á toda criatura
El centro mismo de su fin señala,
Propio á su condicion y á su estructura.

El leon ruge, la ovejuela bala,
Da tumbos formidables la ballena,
El águila ante el sol su grito exhala.

Cual anillos de próvida cadena,
Que sostiene la Mano omnipotente,
Viven los séres en la vida llena.

Mas el hombre levanta audaz la frente,
Porque la luz de la razon le inunda,
Y centro tiene y fin más excelente.

Si en la justicia sus acciones funda,
Ejerce el mando, ciñe la diadema,
Vencedor de la humana barahunda.

Caminar en justicia; éste es el lema
Que ostentar deben los mortales pechos;
Esclavo ser quien tal olvide, tema.

(1) Fenelon.

¡Oh! ¡cómo pasan los más grandes hechos.
Los decantados héroes y naciones;
En furibunda mar buques deshechos!

Y pasan cien y cien generaciones;
Y la ley de justicia, soberana,
Tremola entre los siglos sus pendones.

Á la orilla del Éufrates lejana,
Cual las olas de arena en el desierto,
De imperios viene sucesion ufana.

Fosforescente gloria, goce incierto,
Dióles á todos la serpiente impura...;
Hoy encontramos su cadáver yerto.

De la fuente Castalia el onda pura
Bebió luégo á placer la sabia Grecia,
Y del arte moró la noble altura.

Coronada de mirto, no desprecia
Lecho de flores, seductor aroma;
Y cae del trono, más que flaca, necia.

Y tú, reina del mundo, invicta Roma,
Cuyas legiones ven el universo,
Y cuya ley el universo toma.

Tu severo principio, cuán diverso
De tu impúdico fin; ¡por malhadada
Triste tendencia del mortal perverso!

En tu postrer edad, desatentada
Corre la turba de ambiciosos viles,
Cual de lobos famélica manada.

Se desmayan tus bríos juveniles,
Y, á la luz de un ocaso mortecina,
Revientan de maldad hondos cauchiles.

De las playas que el sol nunca domina
Avanzan contra ti los osos blancos...
Ni áun quedara memoria de tu ruina,
Si no amansa la Cruz godos y francos.

Octubre 1881.

## II

## LAS RUINAS FEUDALES.

Olas del Rhin que cabalgais serenas
En potros chispeantes como plata,
Vosotras visteis su espantoso estrago:
Oíd del himno funeral la estrofa,
Y el manto recoged.

(***).

Sólo se oye el rumor de la arboleda;
La noche sus tinieblas apercibe.
Órden de Dios para venir recibe
Y en sus pliegues el monte encapotar.
El murciélago sale de las ruinas:
Van á las grietas pájaros cansados:
Y, á lo léjos, sus fuegos apagados
Desparrama la tarde sobre èl mar.

Alma mía, estas torres derribadas,
Entre el musgo perdidos los sillares,
Estos arcos de sólidos pilares
Que la verde alcaparra entretegió;
Fueron un tiempo la morada altiva
Del señor del país; aquí reinaban
Fieros hombres que el valle dominaban,
Godos ó francos que Germania dió.

En este yermo, léjos de la vida,
Su pendon arbolaba el Homenaje;
Cien aldeas, cien pueblos vasallaje
Con humildad debíanle rendir.
Así voraz leon en el desierto
Domina las llanuras y montañas;
Así aterra las árabes cabañas
El pabellon sangriento del Emir.

Favorita mansion de la barbarie
Por el empuje de Aquilon traída,
¡Cuántas veces de ti salió impelida
La soldadesca por deseo cruel;
Á saquear al mísero buhonero,
Ú, ocultos en las rocas de la playa,
Miéntras atado el náufrago desmaya,
Apresar los despojos del bajel.

Cuando su faz airada la tormenta
Dejaba ver sobre el dormido mundo,
Oyéndose en estrépito profundo
La voz de los torrentes resonar;
El terrible señor se incorporaba,
Girar hacia el gruñidor rastrillo,
Volaba desde el puente del castillo,
Como un lobo los campos á cruzar.

Hombres de armas le siguen apiñados,
Penetra en una choza engalanada,
Arrebata á la bella desposada,
Que del triste villano gloria es.
Los ancianos, los niños se lamentan;
El conde ríe del atroz martirio;
Lucha el novio, clamando con delirio;
Y le arrastran cadáver á sus piés.

¡Cuántas veces espléndidos fulgores
Esa ventana gótica esparcía,
Y las salas inmensas recorría
La brillante algazara del poder!
Sobre la vasta mesa, al suelo fija,
Humean jabalíes y carneros;
De vino y de hidromiel enormes cueros
Los siervos suministran al placer.

En la gran chimenea arde una encina:
Y avivando el calor las saturnales,
Embriaga á los impuros comensales;
Y carcajadas suenan sin cesar.
—Son cobardes los condes mis vecinos;
Mañana su castillo incendiaremos.—
Y del salon retumba en los extremos
Estruendo de salvaje lupanar.

Cuántas veces la luz de la alborada
La barbacana enrojecía apénas,
Y por fosos zumbaba y por almenas
De los cuernos de caza el ronco són.
—Á cazar, á cazar,—repiten todos,
—Ya ladran furibundas las traíllas;
Nuestros caballos, ágiles ardillas,
Alcanzarán del ciervo la mansion.—

Parten. Como furioso torbellino
Bajan el monte, cruzan los pinares,
Se esparcen por hundidos valladares,
Rambla adelante galopando van.
Los cercados fructíferos inundan.
El labrador detiéneles osado,
Piedad implora para el verde prado,
Mas... los buitres sepulcro le darán.

Aquí tal vez hispano mensajero,
En nombre de los jueces de Castilla,
Rogaba que blandiesen la cuchilla,
Que enastasen la Cruz contra el infiel.
Temblaba el atambor, la plaza de armas
Crujía so los férreos adalides;
Y los feudales en tremendas lides
Las huestes destrozaban de Ismael.

¡Cuántas veces el aura de la noche,
Susurrando cual música lejana,
Acarició á la hermosa castellana,
Que al cielo dirigía su dolor!
Desde el bello ajimez, mirando el valle,
Consideraba su fatal fortuna,
Miéntras mecen los rayos de la luna
Vivos recuerdos de un primer amor.

Reina el silencio; las calladas horas
Volando guían la cerúlea esfera;
Ni un solo pliegue la feudal bandera
Logra en el aire con viveza henchir.
Yacen al pié del bosque las cabañas,
De álamos viejos despreciable ruina.
Pero ¿el rumor no oís que se avecina?
¿No veis reflejos hacia aquí subir?

Horrísono fragor el campo atruena:
Los siervos del terruño rebelados,
Los guerreros de próximos condados
La empalizada intentan asaltar.
Los guardas de las torres forcejean:
En los adarves hierve la batalla:
—¡Fuego!,—grita el villano; el fuego estalla;
Llamas y sangre forman rojo mar.....

Muertas memorias de pasiones fieras,
La mano de los siglos os combate:
Recuerdos calcinados de otras eras,
Vuestro dominio para siempre huyó.
De vuestro tiempo fuisteis el azote,
La Edad de hierro de la culta Europa:
Del primer feudalismo la agria copa
Por largos años la infeliz bebió.

Estos muros á veces contemplaban
Insepultos los huesos de un cristiano...
De Dios al fin la compasiva mano
Quiso sus fundamentos arrancar.
¿Y hora?—Crecen los pinos en las ruinas:
Viste el césped almenas destrozadas:
Y sólo algunas águilas cansadas
Vienen, áun con temor, á descansar.

Junio 1869.

## COMENTARIO.

La Edad media ha sido objeto de las más exaltadas discusiones. Unos la consideran como época de barbarie y tiranía; otros la presentan como el modelo de la civilizacion, y elogian sus instituciones y costumbres. Nosotros creemos que hay exageracion en ambas opiniones, y que en general se comete el error de no distinguir bien los dos períodos de aquella Edad: uno de barbarie, consiguiente á la invasion de los bárbaros del Norte y anterior á las Cruzadas; otro de galantería, de cultura, de sacrificio, posterior á aquellas gigantescas luchas. La fundacion de universidades, el establecimiento del régimen municipal, y el poder que tomó la Iglesia, motivaron el gran movimiento de avance que emprendió la sociedad despues del regreso de los guerreros de Palestina. Este segundo período de la Edad media es la época de la caballería, de las cortes de amor, de las cartas-pueblas y privilegios forales, de los conventos y catedrales góticas, y de toda esa brillante civilizacion que ha enardecido el pecho de tantos ilustres escritores. En *Las ruinas feudales* hemos procurado describir el período bárbaro, que duró hasta la toma de Jerusalen. Horrorosos hechos consigna la historia de aquella Edad, singularmente despues de la disolucion del imperio de Carlomagno. En la siguiente poesía *Amor y gentileza*, tratamos de describir el segundo período, que duró hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ésta es la Edad más poética de la Historia, la Edad en que todo marcha de frente, y en

que grandes hombres, como Inocencio III, Santo Tomás, Raimundo Lulio, Jaime de Aragon, Dante, Francisco de Asis, Domingo de Guzman, y muchos otros, fecundizan los gérmenes de nuestra civilizacion cristiana, suavizan las costumbres del primer período y preparan la ciencia y las costumbres modernas.

## III

# AMOR Y GENTILEZA.

### I

EL CASTILLO.

ELLO era el campo; suaves montecillos
Cubiertos de algarrobos y olivares,
Á trechos por la vid enaltecidos,
Abrazaban las cercas de rosales.

Majestuoso era el río; cien cascadas
Fluían en los rápidos torrentes,
Que en sus claros remansos dibujaban
Las tintas varias de la audaz pendiente.

El rumor sonoroso de la linfa,
Respondiendo al rumor de las olmedas,
Vacas sedientas á beber traía,
Cabras alegres por allí dispersas.

Era en los meses del feraz estío;
Con tostados almendros se enlazaban,
Medio segados ya los rubios trigos,
Grandes higueras de lechosas ramas.

El verde oscuro de la umbrosa selva,
Y el verde claro del risueño valle,
Del sol de Junio á la primer carrera
Resaltaban con vívidos cambiantes.

De un torrente las plácidas orillas
Murmuradores álamos bordaban;
Desde ellos la antiquísima abadía,
Sus rojos torreones elevaba.

Altos montes tendían á lo léjos
Sus brazos hasta el mar; soberbios pinos,
Sobre encinas sus copas descubriendo,
Guardaban de las águilas los nidos.

Un airoso castillo en la ancha cumbre,
Sobre fondo de rocas, sus almenas
Erguía, entre castaños y abedules,
Flotando encima la condal bandera.

II

EL CABALLERO.

cuanto se abarcaba desde el monte,
Cuanto mis ojos recrear podía;
El valle ameno, la montaña, el bosque,
Cuanto doraba allí la luz divina:

Todo era mío: de mi padre anciano,
Solo heredero de la hacienda vasta,
Señor iba yo á ser de aquel condado,
Solar antiguo de mi noble casa.

Mi padre nació allí; de la morisma
Defendido lo había con denuedo;
Cien veces por la patria dado habían
Su sangre en él mis ínclitos abuelos.

Allí pasó mi candorosa infancia,
En el hogar oyendo las proezas,
Que los andantes caballeros narran
Al regresar de las lejanas tierras.

Yo estaba allí: festivos trovadores
Alababan mi brío en los torneos;
Los pajes guarnecían los bridones;
Las armas bendecían los romeros.

III

LA CACERÍA.

De pronto resonar oigo los gritos
De mis monteros, que á cazar nos llaman:
—¡Hola, á cazar!,—alegremente digo;
—Ya los mastines á la selva marchan.

Á caballo, señores; en la sierra
Aguarda el jabalí nuestros venablos:
Al dar la hora de vísperas la iglesia
Volvámonos á ver; venga el caballo.—

Y de un noble corcel que apacentaran
Las riberas de Tajo oprimo el lomo;
Los caballeros mis amigos marchan
Tras mí galopan, más veloz yo solo.

Al ronco són de atronadores cuernos,
Los campos devorábamos y aldeas;
Bello era ver los árboles huyendo,
Bello gozar de la movible escena.

Llevado de mi rápida porfía
La selva atravesé, crucé ramblares;
Sólo me hallaba ya; con plena dicha
Mi halcon lanzaba á los azules aires.

## IV

### JULIETA.

¡Brillante Edad! Amor y gentileza
Al bajar á la tierra se encontraron:
Amor y gentileza se abrazaron,
Y Dios quiso su gloria bendecir.
Pasaron ¡ay! sus venerandas ruinas,
Pasaron sus recuerdos y su nombre:
Sólo queda el espíritu del hombre,
Que denodado marcha al porvenir.

(***)

L declinar la luz hacia el ocaso,
Volvía triste á mi feudal morada,
Cuando á lo léjos descubrí en un prado
Tendida á trote una hacanea blanca.

Dama gentil del freno la regía,
Gallarda jóven de sin par presencia;
Brillaban de repente sus pupilas
Cuando hundía en el bruto las espuelas.

Al acercarme contemplé á la hermosa.
Era una hurí del paraíso árabe;
Más ligera que Diana cazadora,
Más blanca que la nieve de los Alpes.

Yo la amaba de antiguo; en las sombrías
Noches de invierno su mansion rondaba;
Y un amor de los ángeles mi cítara
En ardientes estrofas la expresara.

Ella tambien un corazon sensible
Tenía para mí. Fuego encendido
Mi casto amor, por ella en imposibles
Soñaba y en fantásticos designios.

Orillas de un arroyo, entre zarzales,
Mi potro encontró al suyo; espesa sombra
Producían los viejos encinares;
Enviaba el sol miradas temblorosas.

Silencio y paz en derredor guardaban
Nuestros pasos, ansiosos de misterio;
De las gárrulas fuentes la palabra
Venía en alas del calmoso viento.

—Señora, el ángel santo que en la tierra
Protege los purísimos amores,
Habrá tal vez guiado la hacanea
Para bien de dos tiernos corazones.

—Cansada estoy; su rayo nos envía
Lánguido el sol que tras los montes huye;
Parémonos aquí; las frescas brisas
Den aviso á mi padre que nos busque.

—Os habéis extraviado, bien del alma.
—El parque paseaba con descuido,
Y asustadiza se ha escapado el haca.
—Las veredas mirad de mi castillo.—

## V

### LOS ERMITAÑOS.

RILLABA el cielo; pámpanos y flores
Entrelazaban la difícil senda;
Miéntras amorosísimas razones
Predecían de amor dulce querella.

La luz riente de la casta luna
Nuestras movibles sombras adunaba;
Desperezando su cansada pluma,
Los cautos ruiseñores saludaban.

En la vereda, fúnebres cipreses
Una pequeña ermita circuían;
Allí, huyendo del mundo los vaivenes,
La penitencia meditar se vía.

Rosas de amor, lauríferas celadas
De ceñir ya no habían sus cabellos;
Suena pronto la voz de la campana,
Y al castillo nos guía un santo viejo.

Abril 1870.

## IV

# EL REY DON JAIME.

*(Para el VI centenario de su muerte, celebrado en Julio de 1876.)*

Après avoir vaincu les Maures sur nos bords,
Renversé leurs desseins, repoussé leurs efforts,
A ce seul nom... ils tomberont d'efroi.

(CORNEILLE.—Le Cid: acto V.)

LE veis? Tiene la altura de la encina;
Ancha la frente, rubios los cabellos;
Sus negros ojos de la luz divina
Lanzan al mundo vívidos destellos.

¿Le veis? ¿Le veis? Corceles de batalla
Relinchan al mirarle, estremecidos;
El rayo de la guerra cuando estalla
Se embota en sus arneses aguerridos.

Monta á caballo, empuña la tizona;
Los ricos-hombres revoltosos luchan
Contra la cruz de su rëal corona;
Jaime los vence; su palabra escuchan.

Únense pueblo y rey, noble y pechero;
La casa que en Muret quedó eclipsada
Con él recobra su esplendor primero,
Su voluntad viril nunca domada.

Y el rey, sentado en la escarpada orilla,
Concibe el impetuoso pensamiento
De atravesar, en vencedora quilla,
El iracundo líquido elemento.

Allá se ostenta con audaz pujanza
El moro, de las islas soberano;
Pronto verán los mares cuánto alcanza
La de Aragon armipotente mano.

La flota leva el áncora. Se acercan
Á los peñascos de Mallorca, osados,
Los fieros almogávares, y cercan
De la ciudad los muros almenados.

Resisten los muslimes. Caballeros
Mueren sin cuento en la feroz pelea;
Al frente de los bravos mesnaderos
El alazan del rey caracolea.

Los Moncadas fenecen. ¡Adelante!
Tierra sagrada encima, y á la lucha;
Premio es la Isla de su afan constante;
Grande es el premio si la sangre mucha.

¡Mallorca libertada! Redimida
La hermosa perla, del tirano moro.
¡Gloria al que, prodigándole su vida,
Supo volverla al español tesoro!

Roto Abu-Yaye, ¿acaso venceria
Aben-Zeyán al ínclito caudillo?
¡Ah! ¡por el cielo santo! ¿abatiria
El estandarte rojo y amarillo?

¡No, no, por Dios! Apréstase el cristiano;
Entran las huestes de Pomar en lucha;
Aben-Zeyán responde, mas en vano;
¡Valencia es de Aragon!, do quier se escucha.

Y la sultana ardiente, que inspiraba
Sueños de dicha y de placer al moro,
En la vírgen augusta se trocaba
Que eleva á Cristo el incensario de oro.

Los bellos campos de Valencia entónces
Vieron la Cruz erguirse redentora,
Y alabar al Señor los sacros bronces,
Al caer la tarde y al venir la aurora.

Porque tal era de Aragon el númen:
Todo el oriente cristianar de España;
Tal de su historia el máximo resúmen:
Desarraigar del moro la zizaña.

La luz del Cristianismo, la ventura
De la Fe derramar en todas partes,
Y endulzar de los pueblos la amargura;
Tal pretendieron sus divinos Martes.

Tal pretendia el rey. En cien batallas
Siempre por Cristo peleó; no pudo
Nunca saltar las enemigas vallas,
Sin armarse de Fe con el escudo.

Esta Fe le dió vida y grande imperio;
Le dió favor contra el muslim impío;
Y, en esta Fe abrasado, el cautiverio
De su pueblo rompió con albedrío.

Despues, cual otro portentoso Numa,
Leyes dictó, la libertad creando.
De la Historia aparece entre la bruma,
La nacion catalana iluminando.

Genio inmortal, oh rey, que libertaste
La hispana tierra de feroce yugo;
Oh padre de los pueblos, que formaste
Nuestra nacion cual á tu ciencia plugo;

La patria te venera. En este día
Recibe de su amor el homenaje.
¡Santo recuerdo de la patria mía,
Quiera el Cielo que el mundo no te aje!

1876.

V

# GLORIAS CRISTIANAS.

La Fe ortodoxa, acompañada de la santidad de costumbres, dirige los caminos de la ciencia, impulsa los hechos heróicos de las naciones, y eleva la inspiracion poética de los ingenios.

(***)

## I

### PUREZA DEL ÁNGEL DE AQUINO.

Oh tú, de eterna gloria coronado,
Genio sin par de la cristiana ciencia,
Decoro de la humana inteligencia,
Lucero á la del ángel comparado.
Vivo rayo de amor del Increado,
Viniste, por altísima clemencia,
Á iluminar la faz de la conciencia,
Para encender el corazon helado.
Déjame que mi amor tu luz pondere,
Que de tu alma publique la grandeza,
Que mi entusiasmo en todos reverbere;
Porque si del saber luces la alteza,
Mayor elogio la virtud espere,
Áun brilla más tu angelical pureza.

## II

### LA TOMA DE GRANADA.

*(2 de Enero de 1492.)*

Levántanse los reyes asturianos,
Y, al resonar del nombre de María,
Detienen con gallarda bizarría
El torrente de infieles africanos.
Portugal y Aragon, tambien hispanos,
Acuden fieros á la lid bravía;
Siglos ocho embistió la tiranía,
Muerta al fin por los reyes castellanos.
Mirad hora los campos de la Vega:
Se juntan las milicias españolas;
Todos al pié de la ciudad sagrada.
Boabdil las llaves á Fernando entrega;
Tienden el Dauro y el Genil las olas;
Brilla la Cruz... ¡ya se tomó Granada!

## III

## Á CALDERON,

### EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.

*(25 de Mayo de 1881.)*

IERTO que á tu alma dió naturaleza
Virtud para crear y poderío,
Pues de las gracias el fecundo río
De tu pecho brotaba con riqueza.
Cierto que fué de sin igual belleza,
Vivido sol en fulgurante estío
Que enciende en resplandores el vacío,
De tu númen la insólita grandeza.
Bate hoy palmas de júbilo y victoria
Con ardoroso afan la patria hispana,
Al recordar tu inmarcesible gloria;
Pero no tanto la cïencia humana
Yo aplaudo en ti por digna de memoria,
Como admiro tu fe SIEMPRE CRISTIANA.

# VI

## LAS CABEZAS DEL SERRALLO.

*(Original de Victor Hugo.—1826.)*

Esta oda fué escrita en la época del desastre de Missolonghi. Los diarios europeos anunciaron entónces la muerte del marino Cánaris, el gran patriota griego. Hoy que los Turcos, implacables enemigos de la independencia griega, mojan sus bayonetas en la sangre de los Eslavos, bueno será reproducir en lengua castellana aquel canto de tristeza y libertad.

### I

La negra bóveda de la noche, sembrada de innumerables estrellas, se miraba en la superficie de un mar resplandeciente y sombrío. La risueña Estambul, con la frente velada de sombras, reclinada á la extremidad del golfo que la baña, entre las luces del cielo y los reflejos de las olas, parecia dormir dentro de un globo de cristal.

Al ver sus grandes haremes, morada de los prolongados fastidios; sus azules cúpulas, semejantes al cielo que las colora; y sus mil cuadrantes, vislumbre de la luna creciente; hubiéraisla tomado por la fantástica mansion, cuyo taciturno palacio fabrican en el aire los espíritus de la noche.

El ojo distinguía los ángulos de las torres, las casas, de techo bajo, las flechas de las mezquitas, los moriscos balcones de recortados tréboles, las vidrieras ocultas detras de discretísimas rejas, los palacios dorados, delante de los cuales se agrupan en forma de penachos las palmeras.

Allí blancos minaretes, cuya aguja se eleva en el espacio, como mástiles de marfil con punta de hierro de lanza; allá pintados kioskos; acullá giratorios fanales; y sobre el viejo Serrallo, escondidas por sus altos muros, cien cupulillas de estaño que chispean en la sombra como cascos de gigantes.

## II

O horrible! O horrible! Most horrible!
SHAKSPEARE.—Hamlet.

L Serrallo!... Esta noche saltaba de gozo. Las sultanas danzaban al amparo de sus sagrados artesones, al són de alegres tamboriles, sobre tapices de seda. ¡Y soberbio, cual un rey vestído con sus mejores joyas, mostrábase á los alegres muslimes adornado con seis mil cabezas humanas!

Puestas en fila sobre las almenas, estas cabezas lívidas, de ojos extintos, de negra cabellera desordenada y caída, coronaban los terrados de rosas y floridos jazmines. Triste como un amigo, consoladora como él, la luna, astro de los muertos, derramaba su dulce palidez sobre aquella palidez sangrienta.

Tres de ellas, colocadas á notable altura, señalaban la ojiva oriental de la fatídica puerta del Serrallo. El cuervo las azotaba con las alas. Parecía que habían recibido el golpe mortal, una en los combates, otra en la oracion, otra en la tumba.

Diz que entónces, miéntras inmóviles como ellas velaban los estúpidos guardas, las tres cabezas hablaron. Sus palabras se asemejaban á cánticos oídos en un dulce sueño, al confuso ruido de la ola que se duerme sobre las arenas, ó á los murmullos del viento que dormita en los bosques.

## III

PRIMERA VOZ.

ÓNDE estoy?... ¡mi brulote! ¡á la vela! ¡al remo!... Hermanos, Missolonghi humeante nos llama; los Turcos han embestido las generosas murallas. Enviemos sus barcos á sus lueñes ciudades. Marinos, mi tea será un faro para vosotros, un rayo para ellos.

»¡Partamos!... ¡Adios, Corinto, la del alto promontorio; mares que leváis en cada roca un nombre de victoria; escollos del Archipiélago, sembrados en todas las aguas; bellas islas, amadas del cielo y de la primavera, que por el día parecéis canastillos de flores, y por la noche perfumosos vasos!...

»¡Adios, altiva patria; oh Hydra, nueva Esparta! ¡Tu jóven libertad se revela en tus cantares; los mástiles velan tus murallas, ciudad de marineros!... ¡Adios; yo amo tu isla, fundamento de nuestra esperanza; yo amo tus céspedes acariciados por el mar, tus peñascos batidos por el rayo, devorados por las olas!

»¡Hermanos, si despues de salvar á Missolonghi vuelvo, levantad una iglesia á Cristo; si muero, si caigo en la eterna noche, si derramo la sangre que me resta, llevad mis cenizas á una tierra libre, y cavad mi tumba al sol!

»¡Missolonghi!—¡Los Turcos!—Camaradas, arrojemos la artillería de sus fuertes; de sus puertos las flotas. Que-

memos al capitan debajo de sus tres hileras de cañones. ¡Vamos!; la ardiente uña de los brulotes se prepara. Al apoderarme de su barco, escribiré en él mi nombre en letras de fuego.

»¡Victoria, amigos!!... ¡Cielos! una bomba rompe el puente de mi ligero esquife. Estalla el mísero, da vueltas, se abre á las saladas ondas. Mi boca grita en vano, cubierta de agua. ¡Adios! ¡Voy á encontrar mi sudario de algas verdes, mi lecho de arena en el fondo de los mares!...

»¡Mas no! ¡Despierto al fin!... ¿Qué misterio es ése? Espantosa pesadilla... ¡mi brazo falta á mi cimitarra! ¿Qué sombrío espantajo es ése que tengo cerca de mí? ¿Qué oigo á lo léjos?... Coros... ¿Son voces de mujeres? ¿Cánticos murmurados por las almas?... ¡Esos conciertos!... ¿Estoy acaso en el cielo?—Sangre... ¡es el Serrallo!»

## IV

### SEGUNDA VOZ.

Sí, Cánaris, tú ves el Serrallo, y ves mi cabeza arrancada del ataúd para adorno de esta fiesta. Los Turcos me han perseguido hasta en mi helada tumba. ¡Mira; estos huesos ateridos son su ópimo botin: hé ahí lo que de Bótzaris ha dejado el gusano del sepulcro para el gran Sultan!

»Escucha: yo dormía en el fondo de mi tumba, cuando un grito me despertó: *¡Missolonghi sucumbe!* Me incorporo á medias, en la noche de la muerte: oigo sordos cañonazos, atronadoras andanadas, clamores mezclados con clamores, frecuentes choques de hierro, apresurado ruido de pasos.

»El combate se empeñaba en la ciudad. Oigo voces que gritan: ¡Sombra de Bótzaris, defiende de las hordas serviles á tus infortunados Griegos!—Y yo, por escaparme, luchando en la oscuridad, acabé de destrozar sobre los mármoles funerarios mi descarnada osamenta.

»De improviso el suelo se inflama y rezonga... Todo calla... Mi ojo abierto para el otro mundo, ve lo que ningun viviente hubiera podido ver: de la tierra, del profundo seno de los incendios, salian torbellinos de almas, que volaban á los Cielos ó caian en los Abismos.

»Los Musulmanes vencedores escarbaron mi tumba; mezclaron mi cabeza con las vuestras, mancilladas por

ellos. Tiráronlas indistintamente al saco de un tártaro. Mi cuerpo decapitado saltó de alegría. Amigo, parecíame que moría segunda vez por la Cruz y por la Grecia.

»Hoy acaba nuestro destino sobre la tierra. Estambul, la vil esclava, se agita desde el Fánaro hasta las Siete Torres, para contemplar esta mies de la cuchilla: nuestras cabezas, entregadas á los sarcasmos del público, expuestas en el impuro Serrallo, aunque conviden á los buitres, devuelven la seguridad al Sultan.

»¡Ved todos nuestros héroes! Cóstas, el palicaro; Christo, del monte Olimpo; Héllas, de los mares de Icaria; Kítzos, amado de Byron, el inmortal poeta; y aquel hijo de las montañas, amigo nuestro, émulo nuestro, Mayer, que trajo la flecha de Guillermo Tell á los descendientes de Trasíbulo.

»Pero esos muertos desconocidos, que en nuestras estóicas filas confunden sus viles frentes con frentes heróicas, ésos, son hijos malditos de Eblis y Satan, son Turcos, miserable rebaño, muchedumbre sujeta al sable, esclava, cuya vida corta el Sultan cuando á su cuenta falta una vida.

»Semejante al Minotauro que imaginaron nuestros padres, solamente un hombre vive en estas horribles guaridas, que enseñan nuestros despojos á los pueblos arrodillados: los otros testigos de tan hediondas fiestas, los impuros eunucos, esos homicidas mudos, oh amigo, tan muertos están como nosotros

»¿Qué gritos escucho?...—La hora de sus infames placeres ha sonado. Llaman á nuestras hermanas, á nuestras hijas, á nuestras esposas. Estas flores se marchitarán á su inhumano soplo. ¡El tigre imperial, rugiendo en su gozo mismo, cuenta una tras otra las presas: nuestras vírgenes esta noche; nuestras cabezas mañana!»

## V

### TERCERA VOZ.

H hermanos míos, el obispo Joseph os saluda! ¡Missolonghi no existe! Resuelta su muerte, ha huído del hambre y del roedor veneno. Víctima formidable, con sus propias manos ha encendido la vengadora llama de la hoguera, envolviendo á los Turcos en su dolor supremo.

»Al cabo de veinte días, viendo á nuestra ciudad muerta de hambre, he dicho á grandes voces con mi postrer aliento:—¡Venid todos, pueblo y ejército; ya es hora; vamos al Santo Sacrificio á darnos el último adios! ¡Vamos á la Mesa celestial! ¡Recibid de mis manos el único Alimento que nos queda; el Pan que nutre el alma y la trasforma en divinidad!—

»¡Qué comunion!! Moribundos inmóviles buscaban la Hostia ofrecida á sus débiles labios; soldados desfallecientes pero temibles todavía, mujeres, ancianos, desconsoladas doncellas, y madres mutiladas, que llevaban sobre su marchito seno criaturas amamantadas con sangre.

»Vino la noche; partieron. Los Turcos, protegidos por las sombras, sitiaron muertos y escombros. Mi iglesia se abrió á sus inquietos pasos. Sobre un pedazo de altar, última conquista suya, un sable hizo rodar mi cabeza... Ignoro qué mano me ha herido; yo estaba orando.

»Hermanos, apiadáos de Mahmud, Nacido en una ley

de barbarie, su poder le separa de Dios y de los hombres. Su ciega mirada no se dirige al Cielo. Su corona fatal, siempre vacilante, lleva en cada floron una cabeza ensangrentada. ¡Pero quizá no es cruel!

»El desgraciado, presa de implacables terrores, pierde para la Eternidad sus contados días. Ningun objeto le indica las mañanas ó las noches. ¡Siempre el fastidio! Semejante á los dorados ídolos, sus esclavos le adoran de léjos, y el látigo de un espay mueve sus incensarios.

»Mas para vosotros todo es regocijo, y honor, y fiesta, y triunfo. Vencidos en la tierra, venceréis en la historia. Hermanos, Dios os bendice al veros clavados sobre las puertas del Serrallo, que exhala perfumes. La muerte no matará vuestras glorias; vuestras insepultas cabezas vienen á ser trofeos de nacionalidad; vuestros restos mortales son un monumento.

»¡Que el apóstata nos envidie! ¡Anatema al cristiano que manchó el agua santa del bautismo! En vano se le apuntó en el libro de la vida; ningun ángel le aguarda en el Cielo en que nos encontramos. ¡Su nombre, execrado de los hombres, será rechazado de todas las bocas como un veneno!

»Y tú, cristiana Europa, escucha nuestros lastimeros gemidos. En otro tiempo, San Luis ya hubiera convocado á sus caballeros en nuestras playas, para salvarnos. ¡Elige al fin, ántes que se levante tu Dios, elige entre Jesus y Omar, entre la Cruz y la cuchilla, entre la aureola y el turbante!»

VI

Sí!, Bótzaris, Joseph, Cánaris, sombras augustas; ella escuchará vuestras voces, ahogadas por la muerte; ella verá el signo de la Cruz en vuestra frente gravado. Y las dos Grecias, apoyadas en el arpa y en el laúd, llevando su respectiva gloria á vuestras sangrientas reliquias, suspirarán á la vez un cántico expiatorio; y dirán:

«¡Ay! sois santos y sois sublimes, confesores, semidioses, víctimas de la Fraternidad; os habéis distinguido mucho tiempo en los combates. Muertos, fuisteis tres veces manchados por manos viles; hé ahí el Calvario despues de las Termópilas; vuestra sangre ha corrido en todos los hechos generosos.

»¡Ah! Si la enlutada Europa, reprendida por sangre tan pura, no sigue hasta llegar al Serrallo el camino que ella le señala, el Señor le reserva amargos arrepentimientos.—Marino, sacerdote, soldado, nuestros altares os llaman; porque el Olimpo y el Cielo os esperan á la vez. ¡Oh pléyada de héroes! ¡Oh trinidad de mártires!»

1876.

## VII

# Á MÉNDEZ NÚÑEZ

CONTRA-ALMIRANTE DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

*(Muerto en 21 de Agosto de 1869.)*

DUERME en paz, sobre el seno conmovido
De la patria infeliz, postrer hispano;
Hoy que su gloria es humo y polvo vano
Saludaré tu nombre exclarecido.
Tú el ibero pabellon erguido
Sostuviste ante el pueblo americano,
Tú el confin remoto del Oceano
De la ciencia á la luz has recorrido.
Lauro moderno de la antigua España,
La lealtad formóte ejecutoria
Que no aja el tiempo ni la muerte empaña.
Descansa en paz; que tu inmortal memoria,
Por los recuerdos del honor que entraña,
¡Incólume la guarda nuestra historia!

Setiembre de 1874.

## COMENTARIO.

ÉNDEZ Núñez es la figura más caballeresca de la España contemporánea. Delante del Callao, donde castigó la insolencia de los ingratos chilenos, pronunció la frase: *Prefiero honra sin barcos á barcos sin honra*. Nunca tomó parte en nuestras discordias civiles. Era un caballero, y un sabio. *La Numancia*, gobernada por él, dió la vuelta al mundo en 1867. Aplicársele pueden aquellos versos que el gran Corneille pone en boca del Cid, en el acto V de la famosa tragedia:

Sans qu'on l'ose accuser d'avoir manqué de coeur;
Sans passer pour vaincu, sans souffrir un vainqueur.

## VIII

# ¡TRISTE LEY!

*Abril de 1869.*

¿No se engalana la feraz pradera?
¿No veis del campo el dulce sonreir?
Del reino de la luz la primavera
¿No trae dichas y placeres mil?

Quiere del mundo los pasados males
El Cielo bondadoso reparar;
Del invierno los raudos vendabales
Refunfuñando en retirada van.

Mas no todo sonríe en nuestra tierra:
Gózase el mar, el monte, el claro sol;
Mas el nefando Genio de la guerra
Viene á turbar del hombre la mansion.

Miradle al feroz Genio, transformado
En *Ley de quintas,* que llamando va
Del labrador en el umbral cuitado,
Del marinero en el medroso umbral.

No creáis huelle los soberbios lares,
Do el magnate se abriga sin temor;
Ni los ricos espléndidos bazares,
Que el oro del comercio levantó.

Del artesano á la vivienda fría
La suerte de *soldado* llevará
Para el jóven, en quien sin duda fía
Su sola dicha el infelice hogar.

Este jóven, del padre es la fortuna;
Acaso de la industria es el honor;
Mas ¿qué importa? La *Ley* sobre la cuna
Ya su fatal sentencia le dictó.

¿Qué importa si, al partir, tras de sí deja
Una doliente madre en la vejez,
Que para siempre de la luz se aleja
El beso al dárle y el *¡adios!* postrer?

¿Qué importa si una vírgen desolada
Llora de los amores la horfandad,
Porque era de él con reverencia amada
Y otra vez verle acaso no podrá?

¡Oh desgracia!... Esta *Ley* es de tristeza,
Es del pobre exclusiva esclavitud.
¿Por qué, con rasgos de sin par crudeza,
La escribís en los códigos aún?

Proclaman que es amarga desventura,
Y atentatoria al fuero de igualdad;
Mas temen que, borrándola, insegura
La patria sin defensa vivirá.

¿Pero no hay una tierra venturosa,
Más allá de los mares, do el valor
No es hijo de la suerte, sino honrosa
Del ciudadano bella obligacion?

¿Acaso un tiempo su feliz cabaña
Sin *Ley de quintas* no dejó el zagal;
Y, á la voz de *¡Santiago, cierra España!*,
No estremeció las huestes del Islam?

¿Eran *quintos*, por Dios, los que á la azada
Decían, y á su amor, brioso abur,
Y en los muros de Córdoba y Granada
Plantar supieron vencedora cruz?

Catalanes, ¿tal vez vuestra bandera
Del Oriente los mares no cubrió?
¿No atajó el almogávar la carrera
Del fiero Turco, en Asia vencedor?

¿Eran quintos los bravos migueletes
Que osaron, el año ocho, combatir,
Empuñando sus míseros machetes,
Á los héroes de Egipto y de Austerlitz?

¡No, vive Dios! Modestos ciudadanos
Sólo eran, que, al impulso del honor,
Su patria defendían, sus hermanos,
Su rey, su honra, su ley, su Religion...

¡Oh si las armas fueran ciudadanas,
De todos fuera su placer y afan;
Y vieran hoy las flámulas hispanas
Ricos y pobres á la lid marchar!

Hora es, oh pueblo, que el país acudas
Á defender tú mismo con ardor;
Que en un esfuerzo varonil sacudas
El yugo de las quintas con tu voz.

Acuartelado ejército no quieren
Del pueblo la riqueza y dignidad;
Si en sus casas los jóvenes vivieren
Hijos del Cid tambien los llamarán.

Si alguna vez en nuestra patria brilla
Del extranjero el hórrido fusil,
Evocando la sombra de Padilla
Vencer sabrán los pueblos, ó morir.

Y vencerán; que el pueblo es invencible
Que defiende sus leyes y su hogar...
¡Derribemos la quinta aborrecible!
¡Proclamemos la dulce caridad!

## COMENTARIO.

H *si las armas fueran ciudadanas!*—César Cantú, al concluir su tratado *Sobre la Guerra,* dice: «La guerra no es un mero juego del acaso, un triunfo de la fuerza bruta; eslo, sí, de la fuerza hábilmente preparada, sabiamente conducida, sostenida por la abnegacion y por el valor. En consecuencia, importa estudiarla, y proporcionar buen ejército... y buen ejército no es el que, en instantes dados, sabe lanzarse con valeroso ímpetu, sino aquel que sabe soportar con firmeza los oscuros peligros, la rígida disciplina, la continua subordinacion, y resistir constante las pruebas del infortunio. Entre tanto, todos convienen en que los ejércitos son exorbitantes, aunque igualmente convienen en que los gastos de la paz armada, gravosísimos á los Estados, no perjudican á los particulares tanto como una guerra batallada. Recuérdenlo aquellos que invocan como correctivo de los males presentes la guerra, es decir, un mal nuevo, que no remedia ninguno de los otros, ántes al contrario los envenena todos. Los que dirigen la vista á lo porvenir es preciso no olviden que el ejército federal de los Estados-Unidos, esto es, de un país tan vasto como la Europa Occidental, no sobrepuja en número á la guarnicion en tiempo de paz de la ciudad secundaria, mediterránea y fortificada, donde estoy escribiendo. El momento en que las armas se vuelvan ciudadanas, será quizá el de mayor progreso que la civilizacion pueda, en las presentes condiciones, prometerse; pero antes de llegar á él ¡cuántos pasos le queda que dar á la política, cuántos á la moral!» (Tomo VIII de la *Historia Universal.* Edicion de Gaspar y Roig.)

# IX

## CONTRA LA ESCLAVITUD.

### IMPRECACION.

Somos el Vicario de Jesucristo... y declaramos que los Indios como todas las demás gentes, aunque no hayan recibido el agua del Bautismo, deben gozar de la libertad natural y del dominio de sus bienes; que ninguno tiene derecho para turbarlos é inquietarlos en la posesion de cuanto han recibido de la liberal mano de Dios, Señor y Padre de todos los hombres; y todo lo que se haga en sentido contrario está condenado por las leyes divina y natural.

(PAULO III: Epístola al arzobispo de Toledo, 29 de Mayo de 1537.)

Se va tu imperio, esclavitud atea;
Se va, se va tu imperio, para jamas volver;
Y, al resplandor de la cristiana idea,
Tus tronos derrumbarse descubro por do quier.

No más, no más esclavos América proclama;
La voz augusta se oye crecer y retumbar.
¡Qué gloria para el siglo, que, unánime, reclama
La libertad del hombre, del uno al otro mar!

La plenitud se acerca del tiempo bendecido
Por todos los que sienten arder su corazon.
*No más mercados de hombres,* repite estremecido
El mundo, y lo repite la santa Religion.

¡Hermanos, los de América lejana,
Los que del Yumurí por las riberas
Os arrastráis como una sombra humana;
Y vosotros, los de África infelice,
Á quienes del desierto en las fronteras
El torbellino del Simoun maldice,
Ya oimos vuestras voces lastimeras!
¡Raza de Cam, proscripta y degradada,
Tenida cual escoria por el mundo,
Ya de la Europa la piedad sagrada
Quiere endulzar tu vida marchitada,
Quiere acabar tu padecer profundo!

Se va tu imperio, esclavitud infame,
Se va al tartáreo abismo do reinas sin temor;
Dios de la libertad, tu acento dame
Para lanzar contra ella las iras del dolor.

¿Cómo pudiste pasear gozosa
Miles de años, del uno al otro polo;
Y, agitando los hierros bochornosa,
Venganzas infundir y negro dolo?

¿Cómo pudiste atravesar los mares
Y recorrer las fértiles llanuras,
Sembrando las pasiones á millares
Y el gérmen de las grandes desventuras?

Tu primer trono envenenó al Oriente;
Las tiendas del patriarca recorrías,
Y en los oásis de la Arabia ardiente
Al pobre negro envilecer solías.

Á la sombra feliz de las palmeras
Recostados los sátrapas señores,
Oro vían coger en las riberas
Del Tigri á cien esclavos pescadores.

Las multitudes medas y persianas
Á tu infernal impulso despertaron,
Y sobre las llanuras espartanas
Como bandas de buitres se lanzaron.

Grecia armóse; valiente y poderosa
Envió sus hijos á la atroz pelea;
Y, vertiendo su sangre generosa,
La libertad se conquistó en Platea.

¡Oh! tú eres cruel, como serpiente, astuta,
Y en Grecia misma, do humillada fuiste,
Al Ilota cadenas en su gruta
Por manos de los griegos le ceñiste.

Tú alentabas de Roma las legiones;
Tú azuzabas al águila dormida;
Y en los circos romanos cien naciones
Doblegaban la frente envilecida.

¡Qué tiempos tan aciagos, Dios del Cielo!
Las naciones vendidas, flageladas;
La dignidad del hombre por el suelo;
La justicia irrision de las espadas.

El mártir de los siglos, el esclavo,
Á las matronas de escabel servía;
Y, marcada la frente con vil clavo,
Ó al gladiador ó al tigre divertía.

Mas vino un Día nuevo... En el Calvario
Al fin brilló la Libertad sagrada.
—¡Gloria al Señor!—Tu lecho funerario
Abrióse al fin, oh esclavitud malvada.

Los cristianos lucharon como buenos,
Derramaron su sangre sin mancilla,
Y, preparando el porvenir, serenos,
De Libertad sembraban la semilla.

El Padre de los hombres poderoso
hizo fructificar en nuestra Europa;
nó la semilla árbol frondoso
nos guarece so la antigua copa.

Pero, ¡ay!, que bochornosas ambiciones
Dieron al *latrocinio* nueva vida;
Y América, la vírgen sin pasiones,
Vió en su seno á la bestia fratricida.

¡Oh tradicion odiosa del viejo paganismo,
Sellada ley, perenne, del código infernal,
Esclavitud, primera leccion del ateísmo,
Amor de los tiranos, orgullo de Belial!...

Tú vulneraste la española gente,
La gloria de Cortés tú mancillabas,
Y de Otumba y de Méjico esplendente
Los ufanos laureles marchitabas.

En el suelo de América fecundo,
Bajo aquel sol de rayos seductores,
Saboreó el capataz inmundo
De las tribus esclavas los dolores.

Cien velas el Atlántico cruzaban,
El horror difundiendo por los mares,
Y á las playas de América llevaban
Miles hombres robados á sus lares.

¡Ay tristes! ¡En la choza, en el desierto,
En los campos de azúcar, en el río,
Sujetos al furor cual tronco yerto,
Ni hijos haber, ni esposa, ni albedrío!...

¿Iba con esto á triunfar del Hombre
La asquerosa y nefanda tiranía?
¡No!, que contra ella del Amor en nombre
Armóse guerra con tenaz porfía.

Guerra santa, ¡por Dios!, hermosa guerra,
Honor de los valientes que murieron
Lidiando por los fueros de la Tierra,
Y de Lincoln sostenedores fueron.

¡LINCOLN!, sublime nombre. Dadme rosas,
Dadme laureles vírgenes, que cubran
La estatua del grande hombre; generosas
Dadme palabras que su fe descubran.

Era un agreste leñador de Ohío;
Firmó del negro *libertad entera;*
Hiriόle por detras puñal impío;
Y murió, enarbolando su bandera.

Desde entónces del látigo esclavista
No se percibe el criminal chasquido;
Y el negro pudo alzar á Dios su vista,
Y dar gracias de haberle redimido...

Se va tu reino, esclavitud atea,
Se va, se va tu reino de la tiniebla en pos;
Y, al resplandor magnífico de la cristiana idea,
Tus tronos se derrumban. ¡Loado sea Dios!

Yo siento en mis entrañas el odio acrecentarse
Que siempre te he tenido, tus hechos al oír.
¿Y habrá quién te perdone, quién deje de alegrarse
De tu caída, y no ose tus leyes combatir?

¿Qué importan al espíritu mezquinas tradiciones?
¿No somos los soldados del reino de la Luz?
¡Abajo para siempre bastardas ambiciones!
¡El que esclavista sea no es hijo de la Cruz!

Setiembre de 1872.

## COMENTARIO.

DEMAS del texto de Paulo III, citado como lema al principio de esta composicion, pueden aducirse una multitud de cartas, breves y declaraciones de los Romanos Pontífices y personajes célebres del Catolicismo, para probar que éste siempre ha combatido la esclavitud; es más, ha condenado en absoluto á los que la defendían desde ciertos puntos de vista. El Catolicismo, que empezó con la gran palabra *Omnes estis fratres,* pronunciada por su divino Fundador, no podía ménos de seguir la generosa conducta que siempre ha seguido con los infelices, víctimas de la opresion. Desde San Pablo hasta Pío IX, así en medio del paganismo como entre los ilustrados hijos del siglo XIX, el Catolicismo ha levantado muy alta la bandera de la fraternidad humana, y ha tronado contra los que por vil interes, ó por otras razones, violaron la ley natural y la dignidad de nuestra raza.

En la antigüedad la Iglesia naciente se encontró con la esclavitud, *derecho* comun de todas las naciones; y empleó para abolirla no sólo un sistema de doctrinas sino tambien un conjunto de medios prácticos, que regularizaron las relaciones entre esclavos y señores, y suavizaron el trato cruel que se daba á aquéllos. La Iglesia defendió con celo el estado civil de los manumitidos, y los manumitidos de las iglesias pudieron esperar mejores tiempos; la Iglesia protegió los derechos de los ingenuos, concedió completa reparacion á los esclavos que ingresaban en los monasterios ó en el sacerdocio, y predicó cual *obra de*

*misericordia* la redencion de cautivos; esto había de preparar el advenimiento de la libertad.

Al terminar la Edad media, la esclavitud había desaparecido por completo.

En América se cometió el nefando crímen de restaurarla. El Catolicismo combatió este atentado. Los dominicos en América tenían órden formal de su superior jerárquico, de *no absolver,* en el tribunal de la penitencia, al que se atreviese á tener esclavos. Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, hizo *catorce veces* el viaje desde Méjico á la corte de España, para obtener la libertad de los indios. El tráfico de negros y la esclavitud moderna fueron anatematizados por los papas Pio II, Paulo III, Urbano VIII, Benito XIV, Pío VII, Gregorio XVI, y últimamente por Pio IX.—(Véase sobre este asunto á Bálmes: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*—Cap. 17, 18 y 19 del tomo primero.)

¡Tanta es la perversidad de las instituciones esclavistas!

Cuando escribimos esta poesía, se estaba discutiendo en el Congreso español la cuestion de la esclavitud americana. No la publicamos entónces, por razones especiales. Conste que somos partidarios de la abolicion de la esclavitud, sin declararnos afiliados por eso á tál ó cuál partido político. Los intereses de la humanidad están muy por encima de toda cuestion de bandería política ó de secta filosófica. La esclavitud no debió ser admitida por los que vivieron bajo la Ley natural; y debe ser desechada, condenada y totalmente abolida por los que viven bajo la Ley del Amor, que Jesucristo, derramando su Sangre, vino á establecer sobre la tierra.

X

# ORILLAS DEL SENA.

## LAMENTACION SOBRE LAS RUINAS DE PARIS.

*(Mayo de 1871.)*

Cécidit Babylon illa magna...
—Cayó aquella gran Babilonia...
Apocalípsis.—Cap. XIV.

OBRE las ruinas de Paris sentado,
Los males vi de la nacion caída;
Mi espíritu sintióse arrebatado,
Voz de dolor oyó jamas oída.

Voz de dolor é inspiracion de celo,
Que del ardiente corazon brotaba;
Voz de dolor que al irritado cielo
En lastimeros ayes se elevaba.

El Sena entre palacios torvamente
Á la luz de las llamas relucía;
«Cayó, cayó la reina de Occidente,»
Con ruidos vagos sin cesar decía.

Babilonia cayó; su lengua impura
Las iras del Señor enardeciera;
La mano del Señor vino segura
El ímpetu á parar de su carrera.....

¡Paris, fecunda madre del genio y de la gloria!
¡Paris, rico venero de bella inspiracion!
¡Estrella de las artes, lumbrera de la historia!
¡Paris, perenne foco de toda ilustracion!

Tiendo la vista, veo tus templos derrumbados,
Tus nobles galerías y alcázares caer,
Hundirse tus trofeos al orbe conquistados,
De tu presente el fausto, las glorias de tu ayer.

Tiendo la vista, veo las furias criminales,
Antorchas agitando, frenéticas venir,
Estremecerse al viento banderas infernales,
Negruzcas humaredas la luz del sol cubrir.

¿Qué has hecho, reina triste, ciudad desventurada?
¿Qué has hecho que así pruebas el cáliz del Señor?
¿Qué has hecho que hora cubre tu frente coronada
Un manto de cenizas, un sello de dolor?

¡Ah! que guardas marchita de vírgen la corona,
¡Ah! que de ciencia falsa quisiste blasonar;
Tu vanidad las iras del justo Cielo abona,
Á quien del mundo osabas el cetro disputar.

Léjos de Dios ponías tus fines seductores,
Léjos de Dios pensabas omnipotente ser;
En viles bacanales cifrando tus amores,
Alegre frecuentabas los templos del placer.

La libertad del hombre, la gloria de la ciencia,
La idea del derecho tu labio profanó.
¡La libertad del hombre! No supo tu conciencia
Guardarla pura, hermosa, como Jesus la dió.

Y Jeovah desde el trono de eternos resplandores,
Jeovah ante quien impuro parece el serafin,
Miró tu faz..... y tiemblas, y ciñente dolores,
Y al canceroso cuerpo llegado le es su fin.

Tus locas saturnales, tus férvidas orgías,
Tus goces, tus teatros, albergue de Satan,
Pensiles deliciosos, emblemas de otros días,
Arrebatados fueron por rápido huracan.

Jeovah tres veces santo miró tu espúrea tierra,
É hinchóse de amarguras el labio del Señor;
Surcaron tus montañas los rayos de la guerra,
Cayeron tus ciudades al pié del vencedor.

¿Qué has hecho, reina triste, matrona escarnecida?
¿Qué ha sido de tus galas? ¿Tu imperio dó se fué?
¿Por qué te desamparan los hálitos de vida?
¿Por qué tus bravos hijos perdieron lustre y fe?

Los que en Italia fieros batallones,
Los que en Crimea vítores cantaban,
Hora al pié de sus ínclitos pendones
Prision y muerte por do quier hallaban.

¡Ah! que Dios abatió tu encumbramiento;
Ya no hay Francia imperial; como la encina
Tronchada por el ímpetu del viento,
Así el valor quedóse vieja ruina.

¿Y éstos son por ventura el pueblo fuerte
Que al orbe dió la ley con arrogancia?
¿Éstos los más osados que la muerte?
¿Éstos la gloria y el poder de Francia?

¿Éstos que un día de Alejandro y Ciro
Las épicas hazañas eclipsaron?
¿Los que de Ménfis, Ecbatana y Tiro
Las dudosas grandezas realizaron?

¡Oh nueva Babilonia! Tu carrera
Paró de golpe la potente saña;
Bálsamo para ti no lo hay siquiera;
¡Arde, arderás como desnuda caña!

¿Qué ha sido de tus galas, de Europa rico lazo?
¿Tu imperio dó se fué?
¿Dó se fueron tus hijos de valeroso brazo,
De entendimiento y fe?

¿Dó estáis, augustos héroes, iman de la victoria,
Dó estáis que no venís?
¿Roldan y Carlomagno, laureles de la gloria;
Guerreros de San Luis?

La sombra de Turena recorre estremecida
Los campos de Forbach;
Repiten por la noche suspiros del druída
Los bosques de Karnach.

Alzad los estandartes, cumplidos caballeros,
Por la Galia, venid;
Nunca mejor resuenan los límpidos aceros
Que en la patriota lid.

¿No fuisteis cuando vivos la popular defensa,
La espuma del valor?
¡Venid, que vuestra patria con desventura inmensa
Fallece de dolor!

¡Ah! no podéis valerla; maldícela el pecado;
De Dios al renegar,
De vuestro patrocinio tambien ha renegado.
Podéis sólo llorar.

¡Noble tierra de Francia, hija primera
Del Cristianismo y de la Fe divina,
Vírgen ilustre de los siglos de oro!
Sentado de Paris sobre la ruina,
Aunque nacido en extranjera playa
Derramo por tu bien amargo lloro.
¡Vuelve á tu Dios, á tus virtudes vuelve;
Tu liviandad, cual Magdalena, llora;
Sacude el polvo que tu rostro envuelve;
Del santo Cielo tu perdon implora!

## XI

# Á LA MUERTE DE NAPOLEON III.

ELEGÍA.

En las costas de Albion suena un gemido;
Tristes ecos de Europa lo repiten:
Bonaparte ha gustado de la muerte
La amarga hiel; Napoleon ha muerto.
¡Napoleon! ¡qué escucho!... Apénas puede
El alma consentir en la tal nueva.

Un lecho de dolor en tierra extraña
Hora descubro; una doliente esposa,
Un sacerdote, unos vasallos fieles,
Que circundan el lecho donde espira
Presa del sufrimiento el noble César.

Ni mariscales, ni prefectos vienen;
No se conmueve el pueblo, ni las voces
De las campanas de Paris retumban
Como un *adios* al regio moribundo.

¿Por qué esa soledad, ese silencio,
Ese cruel abandono? Ilustre vástago
Del capitan más grande, ¿por qué mueres,
Como tu tío, solo y olvidado
En extranjera playa?—Todavía
No ha recorrido su órbita la Tierra
Seis veces, desde que te viera Europa,
Entre los esplendores del Imperio,
Reunir al pié del Louvre, tu morada,
Al són de palpitantes armonías,
Cuanto de bello, de agradable y útil
Ha imaginado el hombre en nuestro siglo.
Entónces tus rivales eran reyes,
Tu nacion la primera, tus ejércitos
Paseaban el águila de Francia
Por ambos hemisferios victoriosa...

¿Dónde está ese poder? ¿Dónde ha volado
La gloria de tu nombre? ¿Qué se hicieron
El brillo de las pompas cortesanas,
La majestad y espléndida cultura
De tu trono imperial?—¡Oh ejemplo vivo
De vanidad y desconsuelo humanos!
¡Todo despareció! Como una sombra
Que se desliza al rayo de la luna;
Como el sueño del pobre, cuando sueña
Poseer la dicha de un tesoro inmenso.

Ciegos mortales, no fiéis del hado;
Despreciad las riquezas y la gloria,
Desatended su lustre y poderío.
Sólo hay un Bien que eternamente dura,
Sólo hay un astro que jamas se eclipsa;
Los creyentes le llaman ¡EL ETERNO!

Enero de 1873.

## XII

# LA GUERRA CIVIL.

Quivi sospiri, pianti ed alti guai
Risonavan per l' aer senza stelle,
Perch' io al cominciar ne lagrimai.
Diverse lingue, orribili favelle,
Parole di dolore, accenti d' ira,
Voci alte e fioche, e suon di man con elle.

(L' INFERNO.—Canto I.)

CUANDO en las ruinas de Belen sagradas,
Para la dicha espiritual del mundo,
El Redentor dió su primer vagido,
Entre los brazos de su pura Madre,
Los serafines de la paz bajaron,
Y en el silencio de la noche amena,
PAZ Á LOS HOMBRES, con amor cantaron.

Cuando el divino Redentor la tierra
Recorrió de la vieja Palestina,
Para dictar palabras de dulzura
Y de ciencia infinita á los humanos,
Con la bondad que de su Sér manaba,
La buena nueva al mundo prometiendo,
FELICES LOS PACÍFICOS, clamaba.

Y del Señor los fieles enviados,
Los Apóstoles santos, mensajeros
De la causa de Dios y su justicia
Por los ángulos todos de la tierra,
Con voz robusta y corazon potente
El Reino de la paz anunciaron,
LA PAZ DE CRISTO y su poder ingente.

Mas... ¡oh tristeza cruel, oh desvarío
De las razas de Adan enloquecidas!
Dios concedió la paz á las naciones,
Y éstas la paz de Dios han rechazado.
Las naciones blasonan de guerreras,
Y, desoyendo la bondad cristiana,
Enarbolan de Marte las banderas.

Enarbolan banderas de egoísmo,
Sólo el derecho de la fuerza adoran,
Desconocen la fuerza del derecho,
Y se entregan á estúpidas batallas.
Dios bendice las guerras generosas
Que por su libertad sostiene un pueblo;
Dios maldice las luchas ambiciosas.

¿Dónde está la Razon, dó la Justicia,
Que rigen el espíritu del hombre;
Dó la alma luz que la Razon destella,
Para del hombre iluminar los pasos?
¿Las naciones tal vez habrán perdido
La fe en la Inteligencia, pues confían
En el poder del hierro aborrecido?

España, patria nuestra exclarecida,
Hija del Cristianismo predilecta;
España, tú que siempre has tributado
Al Cristo Dios la adoracion del alma;
Presa tambien de tétrico delirio,
Tambien las vías de la paz dejaste,
Y de discordia sufres el martirio.

Brama la tempestad; los vendabales
De la intestina guerra desatados,
Desfloran nuestros valles y llanuras,
Y avivan el incendio y lo propagan.
En el pecho de hermanos, las pasiones
Rugen como las fieras; sacïarse
De sangre anhelan duros corazones.

Las montañas, los páramos de Iberia,
Que un día presenciaran de los Galos
La invasion, y la muerte que el heróico
Soldado nacional desafiaba,
Hoy contemplan, de horror estremecidos,
Cuál se derrama la española sangre
Por españoles de furor nutridos.

El labrador, de los paternos lares
Huye, y se tornan yermas las campiñas;
La poblacion del campo temerosa,
Cual nido de palomas espantadas
Se refugia en el Norte en las ciudades;
No dora el sol las rubicundas mieses,
Ni el racimo en las vastas heredades.

Las naves que en Callao combatieran
Contra los enemigos de la patria,
Izan traidora enseña, y sus cañones
Vomitan la metralla contra hispanos.
Como terribles mónstrüos, salidos
Del fondo de la mar, la costa acechan,
Lanzando rencorosos alaridos.

Ved las atroces huestes de la guerra
En Cartagena, en Alicante, en Málaga;
El fértil litoral de Andalucía
Llora infeliz los bélicos estragos.
El comercio sus barcos encadena,
Y se cruza de brazos el marino,
Y á la inaccion el puerto se condena.

Éstos la libertad apellidando,
Vengativos puñales acarician;
Otros, en nombre de la Fe del cielo,
Ruinas y sangre con furor amasan.
¿Quién contará los duelos catalanes;
Quién las asolaciones de Cantabria;
Quién del pueblo los míseros afanes?

La unidad de la patria, quebrantada;
La libertad del bien escarnecida;
La Religion ultrajes recibiendo,
Y velando su rostro conmovido.
¿Qué vemos en España, Dios augusto?
¡Desde Pirene á la lejana Cádiz,
Domina el fuero de la guerra injusto!...

Cuán diferente reina entre los hombres
La santa paz, emanacion del Cielo.
Al soplo suave de la paz, renacen
Los amores que el fuego de la guerra
Dejó marchitos. El feliz reinado
De la paz las ciencias y las artes
Hace brillar, en gloria del Estado.

En el reinado de la paz divina,
Vese la esposa fiel junto al esposo;
La solícita madre alegremente
Lacta al hijo, y los niños juguetean;
Se coronan de flores los altares,
Y, al rededor del templo centenario,
Se levantan seguros los hogares.

Numerosos rebaños apacientan
Al rayo de la luna los pastores;
Suena en la selva el dulce caramillo,
Junto á la fuente que ruidosa mana.
Pero, ¡suerte fatal!, la patria mía
No ama ya tales goces; el estruendo,
Sólo el estruendo de la lucha impía.....

¡Señor, Señor, Tú que la paz nos diste,
Tú que la envías con la luz del alba,
Mira que blanden sanguinoso acero
Tus hijos en combates fratricidas!
¿Cuándo será que en un eterno abrazo
Unirás á los hijos de la patria?
¿Cuándo, Señor, desarmarás su brazo?

Octubre 1873.

## XIII

### EN LA PROCLAMACION
### DEL REY DON ALFONSO.

*(Leida en el Teatro principal de Palma en la noche del 6 de Enero de 1875.)*

Tu magnanimo Alfonso, il qual ritogli
Al furor di fortuna, e guidi in porto...
(TASSO.—Canto I.)

ALBOREA la paz; en lontananza
Se descubren los plácidos colores
Del íris celestial de la esperanza,
Que envía á nuestra patria sus fulgores.
En medio los horrores
De la fiebre crüel que nos devora,
Alégrese la patria de Pelayo,
Viendo brillar la suspirada aurora.

Ayer, desde Pirene á las llanuras
Que fecundiza el Guadalete undoso,
Sumida en las más fieras desventuras,
España un ¡ay! lanzaba doloroso.
Con ímpetu sañoso
Sus hijos desgarrábanle su pecho;
Y amenazaban para siempre hundirse
Religion, patria, libertad, derecho.

Mas hoy... ¡oh jóven príncipe!, tú vienes
Para cicatrizar la inmensa herida;
¡Salud, vástago real!, los dulces bienes
De paz has de traër con tu venida.
La horrible sacudida
Has de calmar con poderoso brío;
Y han de ver las naciones extranjeras
Como España recobra el poderío.

Tu nombre es nombre ilustre; las historias
Te contarán que, en siglo ya lejano,
Relampagueaban las hispanas glorias
En el azul del firmamento hispano.
Un nombre soberano
Repetían los campos y ciudades;
Y casi siempre Alfonso se llamaba
El héroe bienhechor de esas edades.

Recuérdalo y verás: infunde miedo,
Y domina do quier la raza mora;
Viene un Alfonso, y se liberta Oviedo;
Viene otro Alfonso, y gánase Zamora.
Los muros de Toledo
Alfonso sexto humilla, y en las Navas
Su heróico esfuerzo y su valor ostentan
De Alfonso octavo las legiones bravas.

Recuérdalo y verás: la ciencia un día
Orlaba de un Alfonso la cabeza,
Y la fe de la bella poesía
Daba á su rostro artística nobleza.
La viril entereza
De Aragon otro Alfonso concentraba;
Y otro Alfonso en las aguas del Salado
El poder de los Árabes ahogaba.

De esa gran tradicion la áurea cadena
Á reanudar, oh príncipe, tú vienes;
Tu noble pecho de bravura llena;
Levanta el estandarte que sostienes;
Ciñan tus regias sienes
La corona que un tiempo despedía
Rayos de luz; y en ambos hemisferios
Renazca la española bizarría.

¡Oh! ¡bienvenido seas, bienvenido,
Nieto de San Fernando! El pueblo ibero,
Pues vienes para bien, en ti un lucero
Vea de paz y bienandanza henchido.
Piérdase del bramido
De civiles contiendas la memoria;
¡Y Dios nos dé con tu feliz reinado
Órden, progreso, libertad y gloria!!

## XIV

## LA UNIDAD DE LA PATRIA.

Á DON FRANCISCO M.ª TUBINO,

*despues de leida la obra en que se lamenta de ciertas tendencias separatistas, manifestadas por escritores catalanes.*

Soy español; en la dorada roca
Do el baleárico mar lanza un suspiro,
Y el sol con rayos eternales toca,
Vi por la vez primera
La luz, al asomar la primavera.

Soy español; el alto Pirineo,
Las cumbres de Cantabria, y de Castilla
Los anchos llanos cual mi casa veo;
Y la Bética ingente
Me dice *hermano*, con palabra ardiente.

Soy español; la sangre celtibéra
Hierve en mis venas con osado brío,
Con ardimiento de pasion guerrera;
En mi cuerpo pequeño,
De mi enérgica raza hay el diseño.

Si de Lulio mi madre me enseñara
La dulce lengua que aprendí en la cuna,
Y apasionados versos yo cantara,
En fabla lemosina,
De Mallorca á la gloria peregrina;

Tambien la culta lengua de Cervántes
Aprendí desde niño á llamar mía,
Y á ser amigo fiel de sus amantes;
La tierra castellana
Dió su gran lengua á la nacion hispana.

La lengua digna del hablar divino,
La del largo y rotundo clausulado,
Hija heredera del saber latino;
Que en antípodas playas
Encontrarás, viajero, por do vayas...

Soy español; la Fe de Recaredo,
De Leándros, Fulgencios é Isidoros,
Que relumbrara en la imperial Toledo,
Es la llama segura
Que me dirige en esta noche oscura.

La Fe, que el corazon de los hispanos
Encendió, de la Cruz en cien batallas;
Y de vascos, astures, laletanos
Unió la gran familia,
Que con San Jorge Santiago auxilia.

Miradlos: Don Pelayo en Covadonga,
San Fernando en Sevilla, el gran Don Jaime
En la tierra do el Ebro se prolonga;
Y todos en Granada,
Donde áun chispea su fulmínea espada.

Esta tierra española, patria mía,
Con la sangre amasada de los padres,
Cuna y sepulcro, albor y mediodía;
¿Desgarrarla osaremos
Los que áun el llanto maternal honremos?

Una es la patria como el sol es uno;
Una es la patria como el Dios del cielo;
¿Qué malvado será tan importuno,
Que separar pretenda
Lo que Natura en unidad comprenda?

No temas, no, Tubino generoso;
No el Laletano ni el Balear activos
Abrigan sentimiento bochornoso.
¡Abominado sea
De Dios el siglo que tal cosa vea!

Ancho, airoso, lëal, fiero estandarte
Bicolor, que sombreas nuestro suelo,
Irguete altivo cual Minerva y Marte;
Y, fulgente aureola,
Corones la Península española.

Soy español; mi patria no daría
Por las que el Sena ó Támesis fecundan;
No, ni un giron de mínima valía...
Llanto de amor me baña
Al exclamar contino: ¡VIVA ESPAÑA!

Marzo de 1882.

## XV

## INVOCACION Á SANTIAGO.

Hijo del trueno, que en el alta gloria
Junto al Señor resplandeciendo estás,
Y el cántico sonoro de victoria,
De gozo eterno salmodiando vas;
La lumbre de los cielos te circunda,
Sin extinguirse su fulgor jamas;
Y, en medio la alegria que te inunda,
Tristes miradas á tu Iberia das.

Cuando en los siglos de la edad cristiana
La libertad de Europa peligró,
Pidió tu esfuerzo la nacion hispana,
Y la Cruz en Europa se salvó.

España entónces con afan prolijo
En Compostela su plegaria alzó;
Y en el Deva, en las Navas y en Clavijo
La luna de los Árabes se hundió.

Hora sumida en el dolor Iberia
Yace cual roca en el inmenso mar:
De universal, fatídica miseria
No hay quien la pueda con valor salvar.
¡Santiago! ¡Ven! ¡Relumbre tu estandarte,
Tu albo corcel oigamos relinchar!
Nuestros padres supieron invocarte,
¡Quieras tú nuestra patria libertar!

Julio 1875.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

# ÍNDICE.


PÁGINAS.

Portada. . . . . III
Licencia del Ordinario. . . . . V
Prólogo . . . . . VII

LIBRO PRIMERO.—*Voz de la Naturaleza.*

I.—La eterna Musa. . . . . 3
II.—Naturaleza. . . . . 9
III.—El eclipse de luna.—Elevacion. . . . . 15
IV.—En la bahía de Palma.—Crepúsculo de la noche . 21
V.—En la vega de Palma.—Crepúsculo de la noche . 25
VI.—Á la estrella del alba. . . . . 29
VII.—El amanecer . . . . . 35
VIII.—Mallorca . . . . . 41
IX.—En las cuevas de Artá.—Elevacion. . . . . 45
X.—El Mediterráneo . . . . . 49
XI.—Otra vez en Palma.—Noches de estío. . . . 55
XII.—El ruiseñor de la Alhambra. . . . . 57

PÁGINAS.

XIII.—Día de Mayo . . . . . 61
XIV.—Xolaír.—(La sierra Nevada) . . . . . 63
XV.—Á Daifóntes . . . . . 65

LIBRO SEGUNDO.—*Notas del Salterio.*

I.—Unus et Trinus . . . . . 71
II.—El Cristo . . . . . 77
III.—Á la Iglesia.—Canto de libertad . . . . . 87
IV.—Á los Cristianos en tiempo de prueba . . . . . 93
V.—Plegaria de un sacerdote . . . . . 97

*María.* (Segunda parte del libro segundo.)

VI.—Amor mío . . . . . 103
VII.—Á la inmaculada Concepcion . . . . . 107
VIII.—Las Angustias . . . . . 113
IX.—Á la Vírgen de las Mercedes . . . . . 119
Comentario . . . . . 124
X.—Angelus Dómini . . . . . 127

*La Vida Católica.* (Tercera parte del libro segundo.)

XI.—Las tres doncellas . . . . . 133
XII.—El río de la Gracia . . . . . 135
XIII.—Camino de perfeccion . . . . . 141
XIV.—Una mirada al cielo . . . . . 145
XV.—Confianza en Dios . . . . . 149

LIBRO TERCERO.—*Pensamientos morales.*

I.—La juventud . . . . . 153
II.—El zagal . . . . . 155

PÁGINAS.

III.—Qué es amor. . . . . 157
IV.—Himno del niño al despertarse.—(Original de Lamartine). . . . . 161
Comentario. . . . . 165
V.—Absalom.—(Historia hebrea). . . . . 167
I.—El consejo. . . . . 170
II.—El paso del Jordan. . . . . 175
III.—La batalla. . . . . 177
VI.—Templanza y desprendimiento.—(Original de Horacio). . . . . 183
VII.—Á la memoria de Lamartine. . . . . 185
VIII.—Á Zorrilla. . . . . 189
IX.—La locomotora. . . . . 193
X.—Las almas nobles. . . . . 197
I.—La madre . . . . . 197
II.—El hermano. . . . . 199
III.—El amante. . . . . 200
IV.—El militar.. . . . . 201
V.—El misionero.. . . . . 202
XI.—El cetro del espíritu. . . . . 205
XII.—¿Sueño de sueños? . . . . . 207
XIII.—La oracion. . . . . 209
XIV.—Recompensa. . . . . 211
XV.—¡Más allá! . . . . . 213

LIBRO CUARTO.—*Voz de la Historia.*

I.—La caída de los imperios.—Meditacion. . . . 219
II.—Las ruinas feudales. . . . . 225
Comentario. . . . . 231
III.—Amor y Gentileza. . . . . 233
I.—El castillo. . . . . 233
II.—El caballero. . . . . 235

PÁGINAS.

III.—La cacería . . . . . 236
IV.—Julieta . . . . . 237
V.—Los ermitaños . . . . . 239
IV.—El rey Don Jaime . . . . . 241
V.—Glorias cristianas . . . . . 247
I.—Pureza del ángel de Aquino . . . . . 247
II.—La toma de Granada . . . . . 248
III.—Á Calderon, en el segundo centenario de su muerte . . . . . 249
VI.—Las cabezas del Serrallo.—(Original de Víctor Hugo) . . . . . 251
VII.—Á Méndez Núñez . . . . . 263
Comentario . . . . . 264
VIII.—¡Triste ley! . . . . . 265
Comentario . . . . . 270
IX.—Contra la esclavitud . . . . . 271
Comentario . . . . . 278
X.—Orillas del Sena . . . . . 281
XI.—Á la muerte de Napoleon III . . . . . 287
XII.—La guerra civil . . . . . 291
XIII.—En la proclamacion del rey Don Alfonso . . . . 297
XIV.—La unidad de la patria . . . . . 301
XV.—Invocacion á Santiago . . . . . 305

FIN DE LA OBRA.

## DEL MISMO AUTOR.

Algo sobre el Estado religioso y social de la Isla de Mallorca.—*Polémica contra las preocupaciones de clase. Capítulos para la historia del pueblo balear.*—Un elegante volúmen de 340 páginas, en 4.° menor. Palma; 1877.—Precio: 5 pesetas.

Dissertationes latinæ *de Sanctissima Trinitate et de Sacratissima Eucharistia.*—44 páginas en fóleo menor. Granada; 1881.

## EN PUBLICACION.

El Trovador mallorquin.—*Poesias escritas en mallorquin literario, acompañadas de version castellana.*—Formará un tomo de unas 600 páginas en 4.° menor. Palma.